Colección Literatura Española

Benito Pérez Galdós



# Madrid

# Madrid

Benito Pérez Galdós

Colección
Literatura española

www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de Tapa: Patricio Olivera
Armado de Interiores: Federico de Giacomi

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2004
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

# Índice

I. Primeras impresiones (1865)

Carnaval 6
La cuaresma 10
Semana Santa 11
Mayo: el 2 y el 3 16
San Isidro 17
El manzanares 19
Desmonte de una parte del Retiro 21
Partida de la Corte 23
Las Verbenas de San Juan y San Pedro 24
Un día en Madrid 26
Paseo por Madrid 28
Rincones de Madrid 31
La feria 35
La fiesta de San Eugenio 40
Baile en Capellanes 44
Navidad 47
Madrid desde la veleta 51
Las siete plagas del año 65 53

II. El mismo Madrid de la juventud,
recordado cincuenta años después (1915)

Madrid 61

III. El primer cuento desarrollado en Madrid (1865)

Una industria que vive de la muerte: episodio musical del cólera 73

IV. Al comenzar la producción novelística (1870)

Observaciones sobre la novela contemporánea en España 85

La novela de impresiones y la novela de salón 88

La novela de costumbres populares.
Dificultades de la novela madrileña 89

La novela de costumbres campesinas 90

La clase media, gran modelo de la novela moderna 91

Los cuadros de costumbres como precedente.
Los "proverbios", de Ruiz de Aguilera 92

Los tipos, los vicios y las virtudes de la sociedad moderna
en los "proverbios" 94

Acerca del Autor 98

Editorial LibrosEnRed 99

# I. Primeras impresiones (1865)

## Carnaval

Desaparecieron de los escaparates de las tiendas las coronas fúnebres, las elegantes ofrendas de crespón y de terciopelo; desapareció el lujo de las manifestaciones dolorosas, las siemprevivas, las cintas con nombres dorados, signos de admiración, y las antorchitas sepulcrales; pasó la manufactura fúnebre. Después se vio en el mismo sitio el nacimiento; donde estaba la pomposa inscripción "A mi querida esposa" apareció Jesús sobre la paja sagrada; al cenotafio sucedió la mula y el buey, y en vez de siemprevivas, vimos a los tres pacientísimos sabios Reyes de Oriente, caballeros en sus dromedarios, camino de Bethlem.

Pasó el 2 de noviembre.

Pasó el 25 de diciembre.

Pasó el besugo, la culebra de dulce y la pasta-turrón.

Y en el escaparate de Scropp vimos una multitud estática. Chicos, viejos, mujeres y hombres barbados detenían el paso para admirar unos deformes mascarones. ¡Cuánto ha progresado el arte de hacer caretas! Antiguamente eran muy insignificantes esos segundos rostros que tantas caras sencillas y dobles ocultan; eran modelados sobre la cómica fisonomía de Arlequín, y causaban con sus abigarrados colores, sus anteojos verdes, sus cuernos y sus narices hiperbólicas, el horror de los chicos y la admiración de los concurrentes al Prado. Hoy es muy distinto: hoy una careta no tiene nada de vulgar; hay caretas que son remedo fiel de la cara de un filósofo, de un ministro, de un cura, de un esbirro, de un afeminado, de un ente feliz; hemos visto unas que son un vivo retrato de Napoleón III, otras que son la caricatura de Cavour y no pocas que se confundirían con el rostro apocalíptico de Ferrer del Río. ¡Qué arte tienen nuestros vecinos! Nos proporcionan el placer de disfrazarnos de emperador, de diplomático, de académico; nos proporcionan el placer de hacer el oso bajo la nariz, bajo la calva, bajo la verruga de un grande hombre o de un hombre monstruoso.

Pues bien, pongámonos nuestra careta; cubramos la parte más descarada y pública de nuestro cuerpo con ese símil de cartón, con ese segundo yo, que



LibrosEnRed

hace durante algunos momentos las veces del yo principal. Presentémonos al mundo dentro de otro ser. Que nuestra alma se reconcentre doblemente encerrada en un doble cuerpo, que no se asome a los ojos de nuestra careta, que no nos vea, porque no conocería su habitáculo, creería que nos hemos vuelto locos, que se ha efectuado el prodigio de la metempsicosis. ¡Qué extraña transformación! En lugar de mi nariz encuentro una deforme zanahoria, una protuberancia escabrosa, puntiaguda; paso la mano por mi barba y me la encuentro cubierta de pelos, ¡ella que siempre pecó de implume y barbilampiña! Toco mi frente, y me encuentro en ella dos excrecencias agudas en mi venerable cabeza, que siempre dijo no en cuestiones de himeneo. Palpo mi cuerpo y tropiezo a lo mejor con una protuberancia caudal, ¡yo que siempre aborrecí a los judíos! En una palabra, estoy transformado; yo no soy yo; me turbo, me confundo; comienzo a preocuparme dando vueltas en mi imaginación a las turbias fórmulas de la metafísica alemana: estos cuernos que toco, estas narices que acaricio, este rabo que sacudo airosamente ¡son sujeto u objeto? ¿Estoy fuera de mí? ¿Soy concreto, abstracto, ente de razón o qué soy?

De aquí me voy al dogma indio. ¿Me he convertido en animal irracional? ¿Soy cancerbero, bucéfalo, incitatus, o qué soy? No; yo pienso, luego existo. Descartes viene en mi ayuda para sacarme del atolladero. Sí; yo pienso, yo existo, yo ando, yo estoy en la Puerta del Sol. Si el Ministerio de la Gobernación fuera el templo de Delfos, tendría en su pórtico una inscripción que aumentaría mis dudas: Nosce te ipsum. Eso es lo que me falta. Me desconozco; no sé quién soy; me acuerdo de mí como de otro, y me confundo con el que va a mi lado.

He dicho que estoy en la Puerta del Sol; la multitud me arrastra sin que yo (o quien sea) pueda evitarlo. Me dejo llevar por la gran oleada que baja por la calle de Alcalá, llego al Prado; veo una cara conocida, veo a un amigo, ¡oh felicidad! Ahora saldré de dudas. Me acerco a él, y el tal me mira, se sonríe maliciosamente y pasa sin dar muestras de conocerme. Diviso otro más lejos; me acerco para ver si conociéndome él me conozco yo, y ocurre lo mismo.

Después otro pasa junto a mí de la misma manera y después otro y otro..., ¿qué es esto?, ¿quién soy yo? ¿He sufrido una metamorfosis, me he duplicado, me he evaporado, soy por ventura la hipótesis de mí mismo? ¿Qué es de mi cuerpo? ¿Son mías estas formas, o de quién? Pasa un bárbaro junto a mí y me da un pisotón; el dolor me revela mi personalidad. Pasa un mamarracho y me disloca un pie; el dolor me hace ver, al par que las estrellas, la identidad de mi persona. Pasa un simón y me atropella; la contusión me manifiesta de nuevo esa misma identidad, me hace comprender, digá-



LibrosEnRed

moslo así, la consecuencia de mi individuo, porque recuerdo otro estropicio simoniano, y otro, y otro, y de simón a simón, de auriga en auriga, voy recorriendo una escala de fenómenos mnemotécnicos hasta llegar al conocimiento de que existo. ¡He aquí al automedonte convertido en sistema!

La multitud, los empellones, me hacen recorrer el Prado, donde veo una infinidad de entes que no se conocen ni conocen a los demás (exactamente lo mismo que yo); los veo agitarse, hablar, reír, sin que sus fisonomías deformes expresen nada; los veo subir a los coches, rodar, danzar y hacer gestos estrambóticos. ¡Magnífico mundo es éste! Mundo fantástico habitado por seres tan impersonales como yo, por seres alieni sibi, por seres estáticos, de fisonomía inmóvil, donde parecen petrificados los rayos de sentimientos y pasiones; por seres que parecen hablar por boca de ganso, reir por boca de ganso; que gesticulan como autómatas y andan como autómatas; mundo de sombras, de maniquíes; mundo con caras, pero sin fisonomías; mundo de muertos que hablan sin expresión, ríen sin despegar los labios, y conservan la serenidad en medio de la broma, la risa en medio del insulto, la expresión estúpida en medio de la conversación humorística. Esos son como yo, se encuentran como yo, extraños dentro de sí mismos; se desconocen, o no son unos ni idénticos aunque sí activos.

Sigamos la corriente; subamos la carrera de San Jerónimo; volvamos a la Puerta del Sol; demos vueltas en ella; quiero divertirme, ya que no puedo saber quién soy, ni quién fui..., ¿pero qué es esto?..., ¡llueve a cántaros!, ¡el cielo se viene abajo convertido en agua!, ¡las canales se abren en canal para dar paso al líquido importuno!; un río corre por las calles; Madrid nada sin poder hacer pie en el asfalto de sus calles. ¡Magnífico chaparrón!, digo, y me llevo las manos a la cabeza; ¿pero cuál es mi asombro cuando advierto que mis cuernos se han reblandecido? Agarro mi nariz y se me queda en la mano; es raro esto: mi cabeza se cae a pedazos; pongo el dedo en mis carrillos, en mis cejas, en mi barba y lo reparo pintado de verde, de encarnado, de amarillo; por un lado cae una sien, por otro el ócciput, por otro la protuberancia del amor conyugal, ¿qué esto? ¿Es de cartón mi cabeza, para que el agua la ablande y la rompa de esta manera?... ¡Pues me he lucido!... ¿Dónde está mi cabeza?... ¿Cómo podré formular ahora el axioma de Descartes? ¿Cómo podré leer la inscripción del templo de Delfos?

Pero exploremos. ¡Oh estupor! Aquí hay otra cabeza, y una nariz, ni grande ni chica, y un rostro sin pelos, y unas orejas no pequeñas, y unos ojos no grandes, y unos dientes nada iguales. Soy yo; yo mismo el que se acuerda de un ayer, el que espera en un mañana; veo al amigo que hace un rato no me conoció y ahora me saluda; encuentro a otro y me habla; tropiezo con un tercero y me abraza... ¡Demonio de equivocación!... Lo que creí que



LibrosEnRed

era yo era otro... Mi primera cara era de cartón, era una cara deforme, un mamarracho. Era un disfraz...

¡No acordarme que me vestí de máscara!

¡Demonio de "champagne"!

Todo esto me hubiera pasado, lector carnavalesco; si desmintiendo mi proverbial formalidad me hubiera ocurrido dirigirme a uno de esos establecimientos donde alquilan disfraces, y hubiera alquilado uno y me lo hubiera puesto, cuidando de animar el espíritu con una oportuna libación; pero no; aborrezco el Carnaval y aborrezco las máscaras; una careta me sulfura y una estudiantina me pone díscolo, atrabiliario, feroz.

¡Qué bella se presenta la Cuaresma! Una mano devota arranca de todas las tiendas de la calle de la Montera las infinitas variaciones de la fisonomía humana; un inmenso apagador de sacristán mata todas las luces que ardían en los templos de Capellanes, y el culto que allá se rendía al buey gordo desaparece tras las vírgenes que mantenían también allí encendido el sacro fuego de las pasiones matritenses.

¡Salud a la Cuaresma, a la calma, a la abstinencia; cesó el imperio de la carne!

Mirándola de cerca, no es tan siniestra la Cuaresma como a primera vista parece. A pesar de sus tocas, hace bastantes travesuras y se vale de su rosario, más para contar lances chistosos y chismografías caseras, que para apuntar Paternóster. La Cuaresma tiene su bula para la comida y su bula para el amor. La Cuaresma peca también, no hay que dudarlo. Desconfiemos de la pícara carne.

Entre tanto, penetremos en este santo período del año, en este lazareto espiritual donde vamos a purgar nuestros pecados. No nos asustemos de ver mucho beato, mucho novenario, mucho septenario, mucho triduo. Todo esto es bueno para contrarrestar las tendencias depravadas de la carne. No más beefsteack, no más chuletas, no más ojos negros, no más talles elegantes; en una palabra, no más carne. Comamos al habitante de los mares, penetremos en las iglesias.

Reverenciemos este santo período del año; un templo nos abre sus puertas; pero antes de entrar en él, contemplemos el lema que en su pórtico está grabado, y confesemos no haber visto jamás epigrama más espantoso.

Dice así:

Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris.



LibrosEnRed

# La cuaresma

Todavía resuenan en el oído las destempladas notas de la última bacanal; aún se resiente el espinazo de la última habanera honestamente bailada el domingo de Piñata y en más de una esquina se ven todavía los jirones de aquellos carteles que atraían las miradas de la multitud con estas palabras, escritas en letras muy gordas: Bailes de máscaras. El recuerdo de la alegría pasada permanece indeleble en las imaginaciones de veinte años, y aún saborea la modistilla los últimos dulces pescados en el proceloso mar de Capellanes.

Todos los salones improvisados han vuelto a recobrar su antigua forma. En el Teatro Real ha resonado de nuevo la música italiana y alemana; en lugar del extenso entarimado donde la loreta arrastraba sus faldamentas de seda, se eleva el palacio de los Borgias, donde la terrible Lucrecia arrastra majestuosamente su traje de terciopelo. M. Scoczdopole recogió sus millones de corcheas perniquebradas a fuerza de marcar el vals y la redowa, y encajonado en el sillón de su orquesta como un mayoral en el pescante de su diligencia ha vuelto a lanzarlas, azotadas por su batuta en persecución del pensamiento de Rossini; Mefistófeles ha vuelto a hacer cabriolas y el doctor Fausto a perseguir a Margarita a través de las flores.

La caja de cartón que se construyó para la Exposición de Bellas Artes vació sus centenares de parejas en la calle de Alcalá para dar abrigo a un monstruoso cetáceo y está dispuesta a espachurrar a su dignísimo huésped al primer aluvión que descargue el cielo sobre su frágil techumbre. Los almacenes de trajes de máscara se han cerrado hasta el año próximo y henos aquí en plena Cuaresma, en ese lazareto de la vida destinado a que las almas entren en ella para desembarcar sin mancha en el puerto de la Semana Santa.

Pero, o yo veo mal, o esta señora cuaresma es una insigne mojigata que esconde sonrisas almibaradas tras sus blancas tocas de lienzo y tañe las castañuelas con la misma mano con que repasa las cuentas de su luengo rosario.

Mucho me engaño o en esta época de todo se ocupan los pecadores menos de disciplinarse las costillas y comer hierbas cocidas. Todo el ascetismo se reduce a trocar la chuleta de ternera por el salmón y postergar al venerable cerdo por rendir culto a la traviesa sardina. Mientras en vez de herir el estómago no se hiera el amor propio no habrá penitencia posible. Prohíbase al elegante pasearse en la Castellana exhibiendo el acertado corte de su pantalón, obra maestra de Caracuel; prohíbase al ministro hacer proyectos de ley, y al tribuno decir desvergüenzas en el Congreso; prohíbase a



LibrosEnRed

los autorzuelos poner en escena engendros absurdos y a los malos actores contonearse y vociferar en las tablas; prohíbase la satisfacción de todos los caprichos de la vanidad y de la moda y déjese al estómago que desempeñe sus altas funciones con toda la amplitud posible; que los gastrónomos olfateen con avidez las viandas expuestas en casa de Lardhy, en el Armiño y en los demás refectorios públicos.

Sin embargo de que la Cuaresma no altera en nada la holgada vida madrileña y que la gula, la lujuria, la pereza, la avaricia y las demás amigas y compañeras del infortunado mortal se pasean por las calles sin que haya un esbirro que las tome del brazo y las ponga de patitas fuera de la Puerta de Alcalá o les eche una de esas sabrosas morcillas con que terminan su feliz existencia los hijos de la raza canina; sin embargo de que los negocios públicos marchan como siempre derechos al bienestar de la nación y que los hombres públicos no pierden ripio para conseguir este interesante fin, no ha ocurrido ningún acontecimiento en la presente semana, más flaca y estéril que el Tesoro público.

## Semana Santa

Llega el Carnaval; la multitud se apresura a salir a las calles vestida con abigarrados disfraces; prepara la coqueta sus sonrisas, el pollo sus corbatas, el libertino sus sentencias depravadas, el pisaverde sus caballos, el tabernero ambulante sus cristianísimos licores, y cuando esta caterva de gente, que quiere divertirse o especular, pone el pie en el umbral, las nubes dicen agua va, y Madrid se convierte en un charco; remójanse las máscaras y reniegan de la extravagante atmósfera; recoge el vendedor ambulante sus bártulos, arremángase el disfrazado las enaguas y toma a buen paso las de Villadiego; guarécese el libertino en una iglesia, en la primera iglesia con que tropieza, y allí obligado por el chaparrón, escucha un sermón anticarnavalesco. Madrid es un charco, el Prado es un lodazal aristocrático, las calles de Peligros y Alcalá son boulevards que parecen pocilgas. La gente alegre que antes paseaba por ellos, ¿dónde está? Azotada por la lluvia se ha visto en la necesidad de entrar por la primera puerta que ha encontrado abierta, por la puerta de los cafés o de las iglesias; ¿dónde está el alegre gentío? En el Suizo, en el Universal, en el Oriental o en San Ginés, en Montserrat, en Loreto, en San José, en San Isidro.

Llega la Semana Santa; la multitud disciplinada se apresura a visitar los templos, resuenan las cuentas del rosario, produciendo en las orejas del devoto de oficio la misma fruición sensual que el retintín del oro en las orejas del avaro; enciéndense tristes cirios en los altares; prepárase la peni-



LibrosEnRed

tente a lavar sus culpas con la sangre de sus rodillas; Tartuffe saca de su cofre el levitón más raído, el sombrero más grasiento, las calzas más agujereadas; Marta la Piadosa saca de su cómoda la saya más llena de remiendos, la toca más plegada, cuélgase a la cintura el ridículo y el rosario, y asidos del brazo, Tartuffe y Marta la Piadosa caminan a paso largo hacia la sacristía; por otro lado, el devoto de corazón se prepara también a penetrar en los santuarios; llevado por su verdadero amor y su entusiasmo hacia las cosas divinas, se prepara a contemplar en éxtasis místico los tormentos del Hijo de Dios, los dolores de María, y todos hacen para sus adentros votos de humildad y mansedumbre; mas cuando toda la turba de devotos falsos y devotos verdaderos, de Tartuffes con aureola y santos con levita, de vírgenes sabías y vírgenes necias, de llamados y elegidos, de santas con ridículo y beatas ridículas, pone el pie en el umbral del templo, he aquí que aparece la primavera, despéjase el firmamento, resplandece el sol, sécanse las calles, y el cielo y la tierra, iluminados con rayos de benéfica luz, presentan un aspecto risueño que aleja del pecho todo propósito de triste ascetismo, distrae el alma de la contemplación mística, y, reanimando el aterido cuerpo, le pone inepto para las severas prácticas religiosas.

¡Primavera! El sol templado, la tierra seca, la atmósfera pura; la escueta armazón de los árboles comienza a cubrirse de verdes retoños; el embrión se convierte en rama, el capullo en flor; retozan los chicos, juegan los perros y hasta el caballo del simón se reanima. ¡Primavera! La falaz estación se reviste de sus mil formas encantadoras para pervertir al cristiano. La Naturaleza presenta ante el compungido devoto sus frescos brotes, sus claras aguas, sus cielos serenos, sus céspedes amorosos y el cristiano no puede resistir tanto hechizo; abandona la lóbrega cripta y fascinado por tanta belleza se dirige con paso de libertino hacia los alegres paseos de la capital. En tanto, el capellán bosteza un sermón; resuena el fagot con fúnebre lamento; óyense las siete palabras, el stabat y el réquiem; pero el auditorio ha disminuido visiblemente. ¿Dónde está la cristiandad? En el Prado, en la Castellana, en el Retiro, en Atocha, en la Montaña, en los Campos Elíseos.

¡Oh contradicciones de las contradicciones! Queremos divertirnos y las nubes nos obligan a recogernos; queremos rezar y la nube, el sol, el árbol, la flor, el aire nos llaman, nos fascinan, nos pervierten, nos distraen de la flagelación, del ayuno: ¡Bellas tentaciones! ¡Ardides de Satanás! ¡Fórmulas de pecado! ¡Fatal pugna de la Naturaleza y la sociedad!

Pero es preciso vencer esta tentación; seamos católicos esta semana, ya que hemos sido indiferentes un año entero. ¿Quién tiene la culpa de esta indiferencia? Madrid, que es más temible que cuantos individuos tiene la familia múltiple de Lucifer; Madrid, que encierra tentaciones más temi-



LibrosEnRed

bles que las que en lejanos días pusieron en un aprieto la templanza de San Antonio Abad. El Madrid Mundo nos distrae de nuestras oraciones, el Madrid Demonio nos inspira malas obras y peores dichos, el Madrid Carne nos conduce al pecado.

Doscientas mil personas viven junto a nosotros; doscientos mil alientos se cruzan junto a nosotros; doscientas mil bocas hablan a nuestros oídos. Aquí escuchamos la disertación política, allá un trozo de himno erótico; por un lado nos sorprende la verbosidad declamatoria del libertino, por otro el monólogo sentencioso del excéntrico; encima escuchamos la risotada del escéptico, debajo la sorda queja del mendigo; delante el discurso antiapologético del charlatán, detrás el diálogo harto incisivo del Gobierno y la oposición; a un extremo el frasear del académico y a otro la tontería del poetastro. Aquí leemos la diatriba política, allá las endechas elegíacas impresas por Rivadeneira o Galiano; a un lado las cuentas embrolladas del presupuesto general, a otro las verdades sospechosas de La Correspondencia; hoy el folleto, mañana el cuento fantástico; tan pronto el epigrama como el discurso académico, él periódico vergonzante, el almanaque, la revista, el folletín de toros, la gacetilla de modas, la alza de la Bolsa, la quintilla de las cajas de fósforos, la Guía de forasteros o los misterios de El Diario Español; oímos cien voces que expresan el odio, el escarnio, la alegría, la desesperación; leemos cien páginas laudatorias, picantes, demoledoras, inocentes, punzantes o simples.

¿Cómo hemos de ser santos, ni aun religiosos, ni aun devotos oyendo incesantemente esas cien voces que piden turrón o dinero; que vomitan improperios o dicen verdades; que recorren el inmenso diapasón del bombo o la escala cromática de la adulación? ¿Cómo hemos de ser santos leyendo sucesivamente páginas diversas, páginas bellas o detestables, sentenciosas o infecundas, sabias o insustanciales? Un ruido creciente nos atolondra, y no pensamos en la oración, ni en la vigilia, ni en la vida perdurable, ni en la resurrección de la carne. Nuestro espíritu vaga aturdido, gira en esta Babel, revolotea agitado por contrarios vientos, cae, se levanta y vuelve a caer aleteando incesantemente, viviendo de su propio movimiento, de su propia confusión, de su propio vértigo. He aquí el Madrid Mundo.

El qué dirán es un enemigo implacable. La murmuración es la más temible de las sirenas; la chismografía es una música que fascina. ¿Quién resiste a sus tentadores deleites? Cuando esta música resuena en nuestros oídos, sentimos, fuerza es confesarlo, una especie de inocente regocijo, como si tuviéramos un órgano maligno extremadamente susceptible, dispuesto siempre a convertir en agradables todas las sensaciones que en nuestro individuo producen las melodías sonoras de la chismografía.



LibrosEnRed

No os hagáis los impecables, y si tal os ocurre, que el que no tenga sobre si mancha de murmuración tire la primera piedra. ¿Quién resiste al halago voluptuoso de la murmuración inocente? ¿Quién puede asegurar que no ha incurrido en el más venial de los pecados? ¿Quién no ha arrojado maquinalmente siquiera un monosílabo en medio de la disertación chismográfica? ¿Quién no ha añadido una nota a esa sinfonía brillantísima que se llama la tijera? Un comentario feliz, un dicho agudo, un apodo epigramático, son cosas que tientan al más virtuoso. No hay cara tan sumamente rígida y austera que no contribuya con una sonrisa al cuadro luminoso de la maledicencia inofensiva.

Por otra parte, la ambición es un demonio terrible. ¿Quién no desea ser algo en este país donde todos son todo? ¿Quién no ha sentido alguna vez el cosquilleo o escozor con que esta pasioncilla pone en excitación nuestra personalidad? Oye uno hablar de destinos lucrativos, de fortunas rápidas, de títulos pomposos, y nuestra flaqueza es tal, que aspiramos a ese destino, a esa fortuna, a ese título. ¿Y por qué no, si este beatísimo país está hecho para que medren todos los que han tenido la dicha de nacer en él? Medremos, pues; no nos importa el obstáculo que otros han salvado con éxito feliz; no nos importa el que se ponga en duda nuestra moralidad; con los ojos fijos en el norte hacia que caminamos, sigamos el áspero camino. Seamos todo lo que se puede ser en este país. Seamos algo. Ambicionemos cuantos honores existen, desde la cartera del ministro, hasta la encomienda del parásito. Si esto no puede ser, conquistemos a la fama un hombre, pidamos a la gacetilla un laurel y seamos algo.

Ahora bien: ¿cómo hemos de ser santos continuamente incitados por el diablillo de la chismografía, fascinados a todas horas por los encantos de esa arpía disfrazada de sirena que se llama Ambición? La melodía agradable que produce la sonante tijera en su corte destructor y los no menos agradables sonidos con que habla a nuestra imaginación la sirena falaz que nos muestra la cartera, el diploma, la credencial, la cruz, la nómina, el talón, tienen un atractivo tan irresistible, que en vano trataría de hacerle frente la virtud más severa. ¿Cómo hemos de ser santos en este país? Mentirillas, inocentes, apodos non sanctos, epigramas picantes, cortes de vestidos, apologías irónicas por un lado; mirada escrutadora hacia altos puestos, ejemplos de encumbramientos atrevidos, de fortunas locas, de títulos siniestramente adquiridos por otro. He aquí el Madrid Demonio.

«La mujer es el horno del diablo», dice San Bernardino.

«La mujer tiene el veneno del áspid y la malicia del dragón», dice San Gregorio.



LibrosEnRed

«La mujer es el jefe del pecado, el instrumento del diablo, el destierro del Paraíso y la corrupción de la primera ley que el cielo dio al hombre», dice Orígenes.

«Entre mil hombres hay uno bueno; pero entre todas las mujeres no hay una buena», dice Salomón.

«La mujer es un enemigo de la amistad, una pena lamentable, un mal necesario, una tentación natural, una calamidad deleitable, un peligro doméstico, un daño deseable», dice San Juan Crisóstomo.

¡Cuántos anatemas se han fulminado contra el bello sexo! Sin duda los Gregorios, Crisóstomos, Agustines y Ambrosios no fueron muy favorecidos del bello sexo. Estos venerables se horripilaban a la vista de unas faldas, y tal vez por esto fueron santos; los madrileños por no horripilarse tienen quizá tan poco de santos.

Salimos a la calle con el laudable propósito de distraernos (el día está despejado), y comienza uno a tropezar con esas penas lamentables que tanto horror inspiran al del pico de oro. Va uno al teatro, y en todos los palcos hay dos o tres de esos males necesarios. ¡Qué variado y rico es el repertorio de la hermosura femenina! ¿Quién podrá resistir a una de tantas calamidades morenas, de talle flexible, de miradas más intencionadas que un discurso de Ríos Rosas? ¿Quién podrá permanecer insensible ante uno de esos peligros domésticos que tienen pelo rubio, garganta marmórea, boca sonrosada, y sonrisa más temible que un apóstrofe de Nocedal? ¿Cómo hemos de ser santos asediados a todas horas por tantos ojos malignamente seductores? ¿Cómo hemos de ser Gregorios, Agustines o Ambrosios, cuando sentimos que nos vivifica el divino calor de esos hornos del diablo? Ojos, manos que agitan convulsivamente lindos abanicos, escotes hiperbólicos, breves pies, males necesarios, peligros domésticos, daños deseables, hornos de Satanás. He aquí el Madrid Carne.

¡Tentaciones, tentaciones, tentaciones! Al llegar la Semana Santa, ¿todo esto desaparece? ¡Quia! Brilla más que nunca. ¿Recordáis el cuadro de Teniers que representa las tentaciones de San Antonio Abad? No se ha pintado nada más terriblemente cómico; lo grotesco existe en la naturaleza, y la sociedad está en pugna siempre con lo serio. Lo más grave tiene siempre algo de cómico; el cuadro de Teniers encierra la cómica grandeza del ascetismo; si no temiéramos hacer paradojas que siempre son peligrosas, llamaríamos a aquello sublime caricatura de la prudencia, de la fortaleza, de la templanza.

Pues bien: exponed en lugar de San Antón a los madrileños, y en lugar de aquellos extraños animales al Madrid Mundo, al Madrid Demonio, al



LibrosEnRed

Madrid Carne, y tendréis una idea de lo que es la Semana Santa en la ciudad del Madroño. Mucha devoción, pero mucha tentación. Por un lado, golpes de pecho, caras de Dios, septenarios, monumentos, estaciones; por otro, chismografía de historia, ambición que fascina y hornos del diablo que achicharran.

Durante la semana que acaba de pasar, ¿se convierte Madrid en una Thebaida? ¡Quia! ¿Es Madrid un anacoreta, un eremita, un cartujo? No. Se parece más bien a aquel personaje lujosamente vestido y con rabo que ocupa el primer término en el cuadro de David Teniers. La tentación vestida con extraordinario lujo y asomando la protuberancia caudal bajo las faldamentas de terciopelo y de raso. Delante de esta figura está otra arrodillada, implorando el auxilio de la gracia divina, inalterable en su amor divino, en su éxtasis sublime. Esta figura es el MADRID FE.

## Mayo: el 2 y el 3

Al fin llegó el mes de mayo con su corona de flores, su tirso y su cayado. Risueña y alegre está la villa, verdes y frescos los paseos, juguetones los chicos, sonrosadas las amas de cría y las niñeras. Si el azar o el deseo de hacer ejercicio nos lleva a los paseos de Recoletos, veremos en las inmediaciones del solar de San Pascual una multitud de jóvenes de uno y otro sexo que rinden en tan ameno sitio un culto algo ferviente, aunque honesto, al amor. Si se dirige la vista a cualquiera de aquellos bancos, se verá la siguiente trilogía: cabo de artillería, niñera y niño; es decir, la fuerza, la hermosura y la inocencia. De este consorcio, ¿qué puede resultar que no sea bueno? Hay soldados cuya prudencia envidiaría Ulises, y existen amas de cría, que poseen una virtud a prueba de coracero. Y cuando así no fuera, a dos pasos de la enamorada pareja está la inocencia jugueteando sin sombra de malicia ni recelo, sin sentir el influjo de la irradiación eléctrica que a tan corta distancia convierte a los dos amantes en un par de pilas de Bunsen.

Bendito sea mil veces el mes de mayo, que hace reverdecer los árboles del Retiro y extiende bajo los seis pies de la trilogía susodicha una blanda y fresca alfombra, magnífico palenque de amor, teatro de las églogas dialogadas en que representan su papel la fuerza, la hermosura y la inocencia.

Pero es una excentricidad que nos fijemos en el triunvirato feliz, olvidando que esta clase de grupos es lo que menos representa el advenimiento del florido mayo. Todo el vastísimo museo de tipos madrileños se manifiesta en estos días más brillante que nunca. Estos tipos se pintan sobre un fondo



LibrosEnRed

de verdura, en floridas calles de árboles, entre manojos de lilas, y bastaría la supresión del frac y levita, del sombrero o mantilla, de la americana y del surtout para que la sociedad madrileña ofreciera el risueño aspecto de una escena campestre de Watteau.

Pero mayo, el mes de las flores y del amor, tiene días tristes como el dos y días fastidiosos como el tres.

Mientras exista la Villa del Madroño se reunirá sobre el Campo de la Lealtad esa multitud de españoles, que, amante de las glorias nacionales, rinde un noble tributo de veneración a las cenizas de las ilustres víctimas de 1808. Allí vemos reunidos hombres de todas clases, mujeres y niños. Todas las imaginaciones recuerdan aquellos horribles días en que los ciudadanos indefensos eran inmolados por los bárbaros soldados de Napoleón. Esta fiesta, sufragio, o lo que sea, no es una mera fórmula.

Lo oficial tiene aquí muy poca parte; verifícase la reunión en virtud de un sentimiento espontáneo en que obran el patriotismo y la tradición.

Es de todas las solemnidades populares la que no tiene nada de grotesco. No se ven escándalos, ni atropellos. La fisonomía moral de la gran villa toma un aire de gravedad que no está muy acorde con su proverbial socarronería.

En cambio, el día tres no tiene nada de solemne y es, en cambio, como arriba dijimos, uno de los días más fastidiosos que el año cuenta entre sus trescientos sesenta y cinco. Una multitud de niñas acosan al descuidado transeúnte, obligándole, bandeja en mano, a contribuir al ornamento de sus engalanadas cruces de Mayo, de que tan devoto es el bello sexo madrileño. Y no puede uno eximirse del sofocón: las tales niñas, cuya tierna edad frisa en los doce, le estrujan a uno, le crucifican con sus cruces de Mayo. Hay que resignarse al soponcio y depositar el óbolo en manos de la traviesa cohorte. Al que se hace el sueco e intenta evadirse, le arrojan a la cara la siguiente bomba de Orsini: "Tiene usted cara de generoso." Y el aludido, que más que de generoso la tiene de vinagre, cae herido por este requiebro de a ochenta, trasladando del bolsillo a la bandeja la retribución apetecida.

## San Isidro

El día de San Isidro llega, y es preciso divertirse; es costumbre, es obligación alegrarse en este día, lo mismo que es obligación tener calor y caminar a Biarritz desde el mes de junio. Es necesario que nos situemos en la Puerta del Sol, esperando el paso de un ómnibus, y que nos empaquetemos en él entre una niña de quince primaveras y una señora de sesenta inviernos,



LibrosEnRed

cuando menos. En este ambulante cajón encontraremos todos los tipos de la sociedad madrileña. El señor obeso y rechoncho, personificación del genio español, amante de los espárragos, del gazpacho y de los platos de callos, que ha presenciado cuarenta o cincuenta fiestas de San Isidro, se ocupa en contar a su vecina las habilidades de Isidoro Máiquez. Una señora, embutida en su mantón, acaricia a su inocente falderillo, y hace relación de las interesantes peripecias de sus partos. Una polla, de esas que se ven en todas partes almibaradas, presuntuosas, coquetas, listas, niñas con faldas o mujeres niñas, de esas que hablan por los codos y generalmente más de lo necesario, ocupa un rincón, escuchando las palabras insulsas de un atlátere extravagante y anómalo, quid pro quo de la naturaleza, que lleva patillas a lo Nicolini, pantalón de campana, guantes color naranja o rábano, y boquilla piramidal; ella contesta con monosílabos incendiarios, capaces de poner en combustión a una esquina o a un pisaverde, que es lo mismo.

No falta el estudiante, ni el repartidor de periódicos, ni el dilettante a quien la batuta o látigo del mayoral inspira un ritmo popular o una reminiscencia oportuna. No falta nada; sólo el devoto se queda sin fiesta.

La Cuesta de la Vega, el Puente de Segovia y todo el camino presentan un aspecto risueño; los coches vienen y van entre dos hileras de gentes felices, al menos en apariencia, entre curiosos que escudriñan y desocupados que no tienen por conveniente asaltar el ómnibus, y prefieren obsequiar al Santo con una pedestre peregrinación.

Por fin, el ómnibus da fondo en San Isidro y henos aquí entre una numerosa multitud de romeros de todas clases y condiciones: unos husmean los puestos de dulces, confituras y torrados; otros se pasean buscando las caras bonitas, mercancía abundante, y de no muy barato precio, y otros, el menor número, toman el camino de la iglesia y visitan al Santo en su propia casa, después de echarse al cuerpo un par de jarros del agua santa que cura toda clase de enfermedades, con grave perjuicio de la ciencia médica, que en estos días anda sin ocupación y sin honorarios, gracias al agua-panacea más eficaz que todas las combinaciones químicas del doctor Simón.

Para que nada falte en la fiesta, el monstruo insaciable de la gula tiene allí su templo, construido con endebles columnas de madera y cortinas de un lienzo demasiado transparente; aunque impida el paso de la luz, no se ocupa de interceptar la entrada de la lluvia, convirtiendo aquel hotel improvisado en mansión de fríos perpetuos, porque después que ha llovido, las mal urdidas hebras de la techumbre se entretienen en destilar el agua del cielo y arrojarla en forma de baño ruso sobre el sofocado consumidor. Sin embargo, allí se come bien, se bebe mejor, y todo el mundo concluye por divertirse, olvidando la excesiva transparencia del local.



LibrosEnRed

El salón de baile, arreglado ad hoc, es de lo más original que se encuentra en tan popular y divertida fiesta; es una inmensa barraca o tienda de campaña, algo más sólida que la memorable de las Vallecas, iluminada de noche por arañas sacadas de las más elegantes prenderías de la Corte, y llena de una multitud de parejas que saltan y brincan, imitando en lo posible la desenvoltura de las Terpsícores capellanescas, al compás de una de esas brillantísimas orquestas que embelesan nuestros oídos durante las noches de verano y a quienes el vulgo ingrato ha dado el injurioso nombre de murgas. Los suaves acordes del bombo y del trombón, sabiamente pulsados por los mejores profesores de este género de música, halagan el oído de los bailaores y de los que renuncian a tomar parte en el jaleo, y son mudos espectadores de tan deliciosa soirée.

Lo verdaderamente extraño y contradictorio es que durante los días de la romería están abiertos al público, a guisa de exhibición, los cementerios que circundan la iglesia; los curiosos se agolpan alrededor de las tumbas, cubiertas aún con el oropel de las vanidades de ultratumba. Es cosa extraña y desagradable sentir desde las bóvedas y los patios cubiertos de nichos el estrépito del baile y la algazara de los felices alumnos de Baco. Produce cierta mortal angustia el ver la alegría, la disolución, la zahúrda acampada a las puertas del asilo donde duermen la siesta de la eternidad tantos y tantos que fueron allí felices y bailaron, tantos que fueron varones ilustres y tribunos elocuentes.

La muerte los ha confundido a todos.

Separados por una puerta, que nunca se atraviesa sin morirse, o sin acordarse de las personas queridas, objeto todavía de nuestro respeto y de nuestro cariño, los que fueron y los que son se identifican en ese día memorable; pues, a lo menos a nosotros, nos sucede que nunca, en medio del bullicio y de las ajenas alegrías, podemos olvidar los objetos amados de nuestro corazón, en el cual les conservamos una ternísima memoria.

Empezamos por los vivos y hemos terminado por los muertos. Este es el orden regular de las cosas, de tejas abajo.

## El Manzanares

Según noticias fidedignas, Madrid será puerto dentro de poco tiempo. Una empresa se ocupa en desarrollar un proyecto de canalización, mediante el cual ese río vergonzante que se llama Manzanares engrosará de tal manera, que dejará muy atrás al Támesis y al Elba. Ignoramos el procedimiento que se empleará para hacer entrar en carnes a este modesto colaborador del



LibrosEnRed

Tajo, corriente personificación del llanto, líquida manifestación de la indigencia de nuestra Península en materia de ríos. Madrid le mira con desprecio, dignándose apenas lavar en él sus trapos; postergándole sin compasión al Lozoya, refrescador cotidiano de nuestras calles y paseos. El Tajo recibe con desdén sus aguas, que entran en él, como el ochavo del pobre en el repleto cepillo de la iglesia.

El Lozoya le desprecia, Madrid le insulta por la boca de gacetilleros y bañistas hasta el punto de hacer enrojecer de rubor sus aguas turbias a las cuales cada inmundicia lleva un matiz, cada alcantarilla un color. Él devora en silencio el ultraje y pasa silencioso, exclamando en ese sordo lenguaje de los ricos, que hablan el italiano lo mismo que los ministros de Hacienda:

Non ragioniam di lor, ma guarda e passa.

Generoso y humilde él, paga los ultrajes limpiando a Madrid. Con la solicitud que distingue a todos los ríos, recoge en silencio los objetos que las alcantarillas, arterias de la inmundicia madrileña, amontonan a sus puertas, esperando el paso de esa líquida escoba, perpetua fregatriz de la Villa del Madroño.

Todo lo que ésta desecha como inútil, lo recibe él para impelerlo hacia el Océano. Haraposo mediador entre las alturas de la tierra y las profundidades del mar, es una de tantas vías de repulsión por las cuales aquélla arroja a éste lo que no necesita. Él arrastra en sus aguas espesas el cadáver del suicida, miembro que se amputa por sí mismo al gran cuerpo de la sociedad humana, y el cadáver del perro, podrido despojo que la estricnina municipal arranca al cuerpo de la gran sociedad canina. Con gran disimulo apaña los desgarrados jirones que esta coqueta villa arranca a sus lujosos vestidos; los harapos que la joven doncella, nacida hermosa en la miseria, abandona para ceñir vergonzosas faldas de seda; las heces de hediondo perfume que quedan en los tocadores de esa ambulante prostitución que pasea las calles de Alcalá y de Sevilla; la mata de grasiento pelo pisoteada por los celos; la flor marchita por la efervescencia del cerebro y la ebullición de las corrientes amorosas; los paños mortuorios que la caridad da a los hospitales y los hospitales a la alcantarilla; las chuletas de carne humana, páginas palpitantes donde estudia Anatomía la juventud de los anfiteatros; el pelo que la navaja barberil arrebata al rostro del madrileño; la muela carcomida del que padece dolores de ídem; la cinta que sujetó una sangría y el parche que cubrió una pequeña travesura de la epidermis; despojos de todas clases, vergüenzas de seda, raso, percal o terciopelo que la vanidad o el libertinaje, el pudor o la prostitución arrojan de sí como un estorbo; todas esas menudencias que se arrancan a la Naturaleza, especie de corpulento árbol, que para vivir necesita que una mano solícita le arranque las excrecencias, y líquenes que impiden su lento y grandioso desarrollo.



LibrosEnRed

El pobre Manzanares no da nada, pero quita todo esto, todo lo inútil, todo lo parásito, todo lo podrido, para engrosar su inmenso vientre, hambriento de inmundicia. Viviendo en un muladar, este sucio y pacientísimo Job pasa perennemente su teja por los muros de Madrid para limpiarlos. Inflamado de la más evangélica caridad, él carga con toda la lepra ajena, arranca toda la cizaña, para dejar crecer libre la buena planta. Atiende a todo, escarba, barre, amontona en su mugriento morral todo aquello que Madrid arroja a sus pies, desde el lodo de las calles hasta el último alfiler que prendió el vestido de la cortesana en el postrero día de virtud; desde el guante apenas manchado de la aristocracia hasta el zapato acribillado de la plebe; desde el manjar comido a medias del rico hasta el hueso roído por el pobre.

Y esto no se le agradece al humilde Manzanares. Al paso que se adula al Lozoya, haciéndole bailar en las calles y en la fuente de la Puerta del Sol, y se construye para él un costoso lecho en el Campo de Guardias, se ultraja al río verdaderamente útil, imitador de esas aves caritativas que limpian de gusanos los plantíos.

Pero ya cambiará tu suerte, pobre desheredado de la corte, avergonzado apéndice del dorado Tajo. No tendrás el triste consuelo de compasiones lavanderiles, no; la suerte te destina a grandes empresas y a ser digno émulo del Támesis, del Elba y del Sena. Pronto tu reducido cauce será ensanchado, y los buques más corpulentos penetrarán en tus aguas hasta ponerse mano a mano con el Puente de Segovia y la Puerta de San Vicente. Pronto los convoyes de todos los países anclarán en tu fangoso seno para descargar el azúcar, el carbón de piedra, el cacao, el oro, las maderas preciosas y los ricos objetos de la India. Adiós Liverpool, Havre, Hamburgo, Marsella y Barcelona; seréis los niños de teta del comercio, mientras Madrid, la ciudad de las alturas, se abrirá en canal hasta dejar entrar en su seno las mercancías que monopolizáis.

¡Quién verá al Leviathan amarradito como una lancha a la veleta de la Virgen del Puerto! ¡Qué magníficas regatas, rivales de las de Venecia, presenciaremos reclinados en el pretil del Campo del Moro!

## Desmonte de una parte del Retiro

Hace tiempo que se viene hablando de embellecer el paseo del Buen Retiro con fuentes, estatuas, obeliscos, cascadas, invernaderos y demás adornos; se ha hablado de invertir sumas crecidas en traer las aguas, no sé de dónde,



LibrosEnRed

con el objeto de que aquel delicioso jardín, que no tiene más que los encantos naturales, sea como el Bois de Boulogne, una especie de museo donde la mano del arte reúna todas las extravagancias de la Naturaleza.

Pero el Patrimonio no ha tenido por conveniente hacer grandes desembolsos y después de entregarse a una profunda meditación y dar mil vueltas y revueltas en su cerebro a tal idea, vino en conocimiento de que lo mejor sería hacer un oportuno desmonte en la parte más antigua y frondosa, trocar el lápiz del artista por el hacha del leñador y hacer una exacta imitación de las amenas llanuras del Sáhara, ya que los franceses han parodiado en su célebre Bosque la catarata del Niágara y la gruta de Posilipo.

No se puede negar la gran originalidad del Patrimonio, que sin duda al convertir aquella oscura selva, aquel enmarañado matorral en un fresco páramo, lleva también la moral idea de evitar las escandalosas escenas de amor que durante los días de julio y agosto preside el dios Príapo bajo aquellos castaños de Indias, guarida de mil alimañas ofensivas.

En cambio disfrutaremos de la plaza Mayor; será un vergel dentro de poco, y allí podrán los enamorados tenderse sobre el césped, dispuestos a que los refresque la copiosa manga dirigida por un asturiano regador.

Pero ¿con qué objeto, preguntan desconsolados los paseantes, se ha hecho esa tala inhumana en el paseo del Retiro? La contestación es muy sencilla. En Madrid dicen que no existen ya sitios susceptibles de mejora ni ornato.

Es preciso fabricar en aquel terreno, porque toda la población está embellecida por la habilidosa mano concejil. La que en su tiempo fue calle de Gitanos, es decir, lupanar público, zahúrda a la intemperie, es hoy un boulevard elegante adornado de vistosas tiendas; la calle de Sevilla, vía crucis de la castidad madrileña, se ha ensanchado considerablemente; en la calle de Peligros no hay ya peligro de ser aporreado por un aguador, o aplastado por un carromato; en la calle de Preciados, han desaparecido aquellas ruinas nauseabundas; las tapias de la plazuela de Isabel II y de la calle de Fuencarral, y las elegantes cocheras de la calle de Cedaceros han sucumbido al fin ante los clamores de la gacetilla. Toda la corte está reedificada y es preciso llevar las mejoras a extramuros para que este monstruo que se llama Madrid tenga espacio donde ensanchar su voluminoso abdomen.

Dicen los facultativos que las casas que se edifiquen en el Retiro tendrán un ligero inconveniente, y es que la proximidad de las aguas quietas del estanque grande producirán unas confortables tercianas en los que allí habiten; lo cual no es muy grave atendiendo a que el hospital está cerca, y que los atacados no tendrán que andar mucho para ponerse en cura. También aseguran los arquitectos que la humedad del terreno dará poca consistencia



LibrosEnRed

a los cimientos, y que las casas harán pinitos, concluyendo por venirse al suelo cuando más descuidados estén sus habitantes. Esto ya es más grave, si bien la cuestión será resuelta con quitar las casas y volver a plantar los árboles, que se darán prisa a crecer si se les impone una buena multa por su morosidad vegetal y por andar a gatas más tiempo del necesario.

## Partida de la Corte

La Corte ha partido para La Granja. Si estuviéramos en el siglo XVII, Madrid estaría a estas horas como jaula sin pájaros. Trasladada a los Sitios Reales la alta sociedad, la capital quedaría reducida a un inmenso villorrio donde habitaría solamente la gente de poco más o menos; sería Madrid como era en los veranos de hace dos siglos; una inmensa sartén donde el comerciante, el soldado, el aguador, el esbirro, pasaban los días calurosos, mientras el noble, el general, el político, el artista, el poeta, seguían los pasos de las reales comitivas camino del Escorial o de Aranjuez.

Pero como estamos en el siglo XIX, aunque muchos, cuyos nombres callo, viven o quieren vivir en aquellos felicísimos tiempos, sucede que la Corte se marcha y Madrid se queda lo mismo que estaba, con su buena sociedad, sus artistas, sus literatos, su insaciable sed de espectáculos, su desordenado apetito de diversiones y su inalterable chismografía.

Esto consiste en que en torno a la Corte, propiamente dicha, se han levantado poco a poco otras cortes y otros tronos; junto a la rancia y apergaminada aristocracia se han levantado otras aristocracias. Si la nobleza de la sangre sigue a la Corte, la nobleza del dinero permanece en Madrid; las lujosas tiendas continúan abiertas ofreciendo al público sus variados adminículos; el lujo y la moda, que no abdican ni son destronados jamás, reciben diariamente sus cortesanos, oyen continuamente la adulación de sus palaciegos en esa halagüeña armonía que forma el oro cuando pasa del bolsillo del consumidor al cajón del comerciante. En tanto, la aristocracia del agio espía en las antesalas de la Bolsa una sonrisa del rey Mercurio, que vale más que la sonrisa de un Felipe IV, una alza oportuna, que vale más que un empleo de oidor en Indias, o ser nombrado capitán de los ejércitos de Flandes.

Si la aristocracia de la sangre sigue a la Corte en sus expediciones veraniegas, la aristocracia del arte permanece en Madrid. Los discípulos de Velázquez no se cargan el pesado caballete y la caja de colores para situarla en un pasillo del palacio de Aranjuez, con objeto de estereotipar la trompa nariz de Olivares o la tísica fisonomía de Carlos II. Los pintores de hoy, aunque



LibrosEnRed

inferiores a los de ayer, permanecen en la capital dedicados a fomentar un glorioso renacimiento y a producir obras que igualen o aventajen a las de los extranjeros.

Si la aristocracia de la nobleza sigue, arrimada a las colas reales, el camino de La Granja, la aristocracia de las letras no fabrica allá en los palacios de verano improvisados teatros para representar autos sacramentales e ingeniosas comedias de capa y espada. Dedicada al estudio, emprende una gran lucha con lo antiguo para crear la escuela, reflejo de nuestro siglo, y dar esplendor a la literatura moderna.

Si la aristocracia de la política, los ministros, siguen a los reyes, la aristocracia de la opinión, la Prensa, queda en Madrid para juzgar sus actos, para sostener la terrible lucha con lo convencional y lo reaccionario.

Si una Corte se va otras se quedan; deidades que el tiempo ha coronado, tienen sus tronos, sus altares, su sacerdote y su pueblo en la capital de España, y estas deidades no emigran nunca. Consolémonos de la partida de la Corte, porque ahora no pasa aquello de Madrid se queda sin gente.

No importa que un noble encopetado haga por costumbre, por moda o por hacer algo, un viaje a París, a Baden o a Suiza. Madrid es muy grande para que se note esa falta, aunque el personaje sea tan importante, de tanto peso en el ánimo del público, que su salida restablezca el alterado equilibrio, como sucedió con González Brabo, que hace tanto tiempo pesaba sobre esta pobre gente como un mal recuerdo, como un terrible remordimiento; que estorbaba como un enorme fardo cuando ocupa inútilmente el espacio y entorpece la marcha.

## Las Verbenas de San Juan y San Pedro

Las verbenas de San Juan y San Pedro han estado muy animadas, gracias al tiempo que por dos o tres días entró en caja, volviendo a reinar el verano en toda su combustible gravedad. Las serenas noches del 23 y del 28 han favorecido el tradicional jolgorio de los habitantes de esta villa, y las alegres turbas, protegidas por la mirada tranquila y la luz amarillenta de la señora Diana, se han entregado a todos los placeres, rindiendo culto al tradicional buñuelo, presentando en grupos graciosos y académicas figuras toda la desenvoltura de las Terpsícores madrileñas.

Y, sin embargo, a pesar de la afluencia de gente que se reúne en el Prado, a pesar de la animación que reina en los bailes campestres del Tívoli, estas fiestas memorables no tienen ya aquella clásica originalidad de los tiem-

pos pasados; estas manifestaciones de nuestra característica nacionalidad se van perdiendo a medida que adelanta la invasión de las costumbres europeas, a medida que se desarrolla el espíritu de las modas parisienses, especie da civilizado vandalismo que nos llevará a la unidad de costumbres, a un cosmopolitismo que proclame la igualdad de la forma, ya que la igualdad del fondo está proclamada y sostenida por los altos principios de la civilización moderna.

En la verbena de San Juan no se ven aquellas embrolladas aventuras de capa y espada, que principiaban porque alguna dama arrebujada en su manto siguiera los pasos de algún caballero ensartado en su tizona, por la intervención de un tercero e importuno personaje, concluyendo por las necesarias cuchilladas y la aparición de los corchetes con su indispensar ble alcalde de casa y corte. Estas peripecias, que servían de elemento al teatro de los dramaturgos del siglo XVII, han pasado a la historia y están sepultadas en compañía de los podridos y sagrados huesos de Calderón y Tirso de Molina.

También han pasado a mejor vida los modelos que inspiraron el fácil pincel de Goya; aquellas mujeres medio manolas, medio duquesas, aristocráticas entidades injertas en la mantilla de terciopelo, la basquiña y el guardapiés, que colgadas al brazo de un marqués disfrazado de chulo o de un torero en traje de gran señor, presentaban grupos confusos, escenas en que la gracia igualaba al buen tono y el desenfado popular corría parejas con la galantería cortesana, sin que nadie se admirase de aquella extraña fusión de categorías, de aquella mezcla de caracteres verificada por un principio de nacionalidad que hoy no tenemos.

El pueblo de pan y toros lucía allí su abigarrado traje característico, su sombrero de tres picos, su media de punto y su zapato corto; el estudiante sacaba de su violín hambrientos sonidos, la naranjera pregonaba su comestible, el titiritero enseñaba a los chicos por un ochavo las aventuras de Gaiferos, el ciego cantaba coplas incendiarias, y todas estas figuras que ya pasaron, estos personajes ya borrados del cuadro de nuestra nacionalidad, giraban en confusión desde la fuente de Neptuno a la Cibeles, sin que de su existencia nos quede otro recuerdo que el que consignó en su popular teatro el inimitable don Ramón de la Cruz.

De todo esto no queda más que un imperecedero y característico monumento, el buñuelo, comestible de inexplicable sabor que no morirá mientras haya españoles sobre la tierra. El buñuelo es una masa de harina, que zambullida en una caldera de aceite hirviendo, y sabiamente meneada con un gracioso movimiento, se convierte en rosquete frito, manjar insustancial que todo el mundo come con verdadera fruición, sin necesidad de apetito, junto a una mugrienta mesa al aire libre, y sólo por espíritu de novedad,



LibrosEnRed

por satisfacer cierto instinto de patriótica gula, cierto nacional regodeo, única causa de todas estas fiestas que caracterizan a un pueblo.

El buñuelo no morirá nunca en España; a pesar de su insípido sabor, de su aceite hirviente, no será destronado por el elegante Savary, ni por el Chantilly, ni por todas esas almibaradas especies de la familia repostera que ostenta en su escaparate la Pastelería Suiza.

Si las verbenas de este siglo han perdido en originalidad, hay, sin embargo, una circunstancia que las hace notables; ésta es el agrupamiento de las turbas embriagadas de placer y de vino en torno al monumento del Dos de Mayo, donde descansan los campeones de 1808. No es un sacrilegio trasladar la orgía popular y la desenfrenada crápula al sitio sagrado donde corrió la sangre de los héroes de la Independencia española; no tiene nada de bárbaro el que los vivos bailen y se entreguen a inocentes travesuras sobre el teatro de tan sangrientos y gloriosos sucesos. Un pueblo que hace sus fiestas en torno a las tumbas de sus héroes, presenta un aspecto de imponente grandiosidad, un cuadro sublime en que se ven hermanadas las costumbres con la historia, el pasado con el presente, la gloria con la libertad.

## Un día en Madrid

Llegó por fin el 20 de agosto, el dies irae que las sibilas reaccionarias designaron como término de los males que afligen a nuestra patria, el día de la justicia y del castigo, con que los impíos han provocado la cólera divina. La venganza nea pendía como la espada de Damocles sobre la cabeza de este infortunado país, y próxima a caer, amenazaba destruir de un solo golpe hombres, sistemas e instituciones; pero el día llegó, y la espada de Damocles continúa en el aire sin descargar su mole destructora.

La aurora apareció el último domingo por las puertas y balcones del madrileño horizonte. La Villa del Madroño sacudió el sueño con toda la prosa que caracteriza el despertar de las grandes poblaciones donde no existen ni gotas de rocío, ni preludios de alondra, ni murmurios sonorosos, ni rayos perdidos, ni rubicundas cabelleras. Entre montones de basura, Madrid da un enorme bostezo, y se levanta de su lecho de adoquines como un gallego que abandona el sabroso letargo de la borrachera, se contrae, se retuerce y comienza su vida de brutal y estúpida actividad.

Madrid ha despertado; algunos jugadores cruzan con rostro enfermizo las calles; modestas tiendas improvisadas en las esquinas surten los estómagos de los trabajadores de un licor negruzco que tiene todas las pre-



LibrosEnRed

tensiones del café; los buñuelos esperan calientes aún, arrinconados en el extremo de una tabla, el diente voraz del asturiano; algunos mozos de tiendas se ocupan en colgar en las paredes las muestras de la fotografía, los prodigios de sabiduría caligráfica, los dibujos de heráldica, las oficiosas esquelas del memorialista y todas las demás exhibiciones de la habilidad madrileña, que durante el día admiramos colgadas en las paredes de la Puerta del Sol como otras tantas bocas abiertas que ofrecen un servicio al transeúnte. El Cascabel suena por esas calles ofreciendo sus chistes al melancólico por la exigua suma de 25 céntimos, y comienza el bullicio y el movimiento que preceden al estentóreo ruido y al vértigo del mediodía.

Madrid ha despertado y no se ven los menores síntomas de revolución; en lugar del movimiento precipitado de las masas, se observa el lento y tranquilo andar de los trabajadores que van a su tarea, de la vieja que va a misa y del jugador que abandona su garito. En vez del estrépito marcial que acompaña la formación de una barricada, no se oye sino el discordante rodar del primer simón que sale a la calle, la melancólica sonata del último saboyanito que se retira a su tugurio, o la monótona, impertinente y eterna charla del surtidor de la Puerta del Sol, que pasa las horas, los días y los años en contar las aventuras del afortunado Lozoya, del insolente río cortesano.

Madrid ha despertado; ya compuesto y acicalado brilla en todo su esplendor de corte y capital de España. Mudando completamente de decoración arrincona las desvencijadas tiendas portátiles, los puestos de leche y buñuelos, los carros de inmundicia, el gancho del trapero; esconde, no sé en qué recóndita cloaca, los despojos inmundos que la escoba nocturna apila en todas las puertas y en todas las esquinas, y entra en ese período de brillantez, de lujo, animación y alegría que principia a las nueve de la mañana y concluye a las doce de la noche; abre las tiendas, arroja a los empedrados las berlinas y las carretelas, derrama por las aceras su pléyade de hombres notables y publicistas, disemina los miles de escarapelas y de libreas, ambulantes pregones de un capital o de un título, distribuye entre sus calles veinte mil peinados de distinta tessitura, veinte mil cintas de diverso color, veinte mil sonrisas de diferente filosofía, estampa en sus esquinas un centenar de carteles en que el empresario pide público, el editor lectores y el agio capitales; pone en movimiento sus multiplicados miembros, anda, come, sonríe, murmura, habla, aplaude, vocifera, gesticula, se agita entre sus miles de figuras ese genio de las capitales que personifica una nación. Madrid está en pleno día. El sol del día de San Joaquín está en el cénit, y sin embargo, la revolución continúa escondida en lo más oscuro de las sacristías.



LibrosEnRed

Madrid avanza hacia la noche, se contrae, se apaga, calla y duerme. El día 20 muere en brazos del 21 y la revolución no viene. San Bernardo y San Joaquín abdican en manos de Santa Juana, y la revolución profetizada pasa a la categoría de las filfas, digna leyenda de la mitología reaccionaria. Todo el furor neo se convirtió en humo, no sofocante como el de los cañones, sino inocente como el de los incensarios. El partido que profetizó esta catástrofe y se escondió después en la covacha de la cobardía, es el ridiculus mus de la política española.

En medio de la paz octaviana que disfrutamos, ni se siente la menor agitación, ni el ciudadano feliz se ocupa en otra cosa que en digerir su pitanza, en pasear tranquilamente, permitiéndose sólo algún desahogo de bilis en esos momentos de mal humor en que la atmósfera política y la atmósfera cálida reunidas apurarían la paciencia del mismo Job.

## Paseo por Madrid

El que en la hermosa noche del último domingo hubiera dejado su hogar y recorrido las calles de la heroica villa, hubiera contemplado con admiración ciertas modestas lucecitas que brillaban con timidez en las ventanas y balcones de algunos edificios públicos. Estas humildes luces, débiles como exhalaciones, indecisas como chispas fosfóricas, brillaban, merced a una escasa dosis de aceite, de una manera tan miserable y raquítica, que parecían verdaderas lágrimas de fuego encendidas en signo de luto, y como manifestación de acontecimiento deplorable o de una catástrofe espantosa.

Prestando al gas del Ayuntamiento una oscura colaboración, lucían vergonzantes, moviendo a impulsos del aire una tísica llama que hacía esfuerzos para apagarse y luchaba por concluir una vida de irrisoria indigencia. Las pobrecitas no querían ni alumbrarse a sí mismas y procuraban confundirse en el caos de la oscuridad, viviendo de su propia vergüenza, porque el rubor las encendía.

En cada ventana no había más que una, asomada tímidamente como una criada curiosa, encerrada en un descalabrado farolillo de empañados cristales, que apenas dejaban entrever su pálida fisonomía; miraban la calle asustadas de la mortuoria claridad que reflejaban sobre los adoquines, y semejaban los sucios candiles que alumbran los lugareños, o las tristes hachas, que derraman resplandor sepulcral sobre un féretro. Jamás el aceite oficial ha sido tan vergonzosamente escatimado. Su indigencia corría pareja con la del gas que hoy arde en los faroles de la villa y en los



LibrosEnRed

mecheros de cafés y teatros, con deplorable economía; verdadero cómplice de la oscuridad, parece que la noche lo ha sobornado para sostener sobre la Villa del Oso el imperio de las tinieblas.

Haré tan sólo una honrosa excepción en favor de la antigua Casa de Correos, en cuyas ventanas y balcones se veía una iluminación un poco decorosa, consistente en un hermoso escudo tallado, digámoslo así, en luz, que lanzaba sobre la Puerta del Sol un resplandor suficiente para que el transeúnte viera un poco más allá de sus narices.

Pero ¿cuál es la causa de esta repentina iluminación?, preguntaban todos los que de buenas a primeras se encontraron con semejante prodigalidad de luces oscuras, con tan extraños dibujos de fuego.

Unos aseguraban que se había ganado una gran batalla; otros que se celebraba un santo olvidado en las líneas del almanaque. Todos daban una interpretación distinta a la idea que encerraba el frontispicio del Ministerio de la Gobernación, adornado a la manera de retablo de iglesia en días de patrono.

Cuando los farolillos se mecían más holgadamente, pendientes de una alcayata, cuando los mecheros de gas arrojaban con más ardor su llama en forma de media luna, cuando los pabilos remojados en aceite despedían con más languidez y soñolencia sus harapos de luz, como diría Víctor Hugo, he aquí que se presenta en Madrid un provinciano bonachón, muy aficionado a la política, lector asiduo de diarios y folletos, elector revoltoso, cacique de no poco empuje en materia de urnas. Es más unionista que la espada de Vicálvaro, y posee todo el arranque y el entusiasmo del tan cacareado elemento joven.

Cuentan que al pasar junto al Ministerio de Hacienda, exclamó, al ver los hachones que en las ventanas del tal edificio arrojaban cera derretida sobre el pacífico transeúnte:

«¡Albricias! Ya la Hacienda ha salido de apuros. Estas luces son la celebración de tan fausto acontecimiento, llevado a cabo por la mano de Alonso Martínez.»

Al pasar por la calle de la Salud, sus ojos se fijaron en los candiles de la Deuda.

«¡Bravo!, exclamó; la palabra más horrorosa del diccionario, la palabra que pesa sobre los destinos de España como una anatema, la tremenda palabra Deuda va a ser borrada del catálogo de nuestros presupuestos y este edificio deshonroso será arrasado hasta los cimientos. Esta oportuna, aunque modesta iluminación quiere decir que ya España ha tapado la boca a todos sus ingleses.»



LibrosEnRed

La casualidad, el destino, o el exceso de luz, le condujeron insensiblemente a la calle Ancha de San Bernardo, y vio los balcones de la Universidad adornados con todas las lámparas y quinqués que los bedeles encontraron al paso.

«¡Loor a Vega Armijo y a Silvela!, dijo el admirador de la Unión. Cátate a la Instrucción Pública, sacada de su atolladero, arreglada según los adelantos de la época, libre de las trabas con que quiere entorpecer el pensamiento de la juventud la clerecía moderna.»

Y andando, andando como Don Quijote, sin camino ni dirección fija, llegó aquel entusiasta miembro de la familia feliz, después de atravesar calles y más calles, a las inmediaciones del Banco de España, ante el cual se paró atónito, y después de contemplar las lucecitas que en su fachada brillaban, dijo:

«Aquí también están de enhorabuena, y a lo que parece, el Banco ha escapado de su naufragio. Ya concluyó aquella cola que le envolvía; ya el metálico rueda por escaleras y pavimentos con más abundancia que el lodo y la basura en las calles de la población.»

Y el aspecto del Ministerio de Fomento, vestido también de gala, le hizo creer que allí se celebraba la inauguración de magníficas obras, el descubrimiento de grandes máquinas, o la explotación de riquísimas minas. Y la vista del teatro del Príncipe, decorado o giorno, le hizo pensar que el arte dramático español había encontrado al fin el día de su renacimiento. Y el palacio de doña María de Molina le indujo a creer que la marina española navegaba ya viento en popa a conquistar la gloria de otros días. Y en dondequiera que vio un farol, hallaba una señal de regocijo, y donde ponía el ojo ponía la bala de su admiración y de su ciego entusiasmo hacia esa desunida unión, verde retoño nacido en el frondoso árbol de la política española.

Pero llamó más su atención ver que la gente se ocupaba de todo menos de las luminarias y que ninguno daba muestras de saber que la Deuda estaba pagada, la Hacienda en caja, el Banco descolado y el teatro rejuvenecido, y que parecía más bien que celebración de tan ilusorios acontecimientos, una almoneda de luces claras y oscuras, chispeantes y lánguidas, brillantes y trémulas exhibidas en los balcones como los juguetes en un escaparate, o un inmenso fuego fatuo encendido por la podredumbre física y moral de la ciudad de Carlos III.

El vicalvarista se devanaba los sesos por saber cuál era la causa de aquella iluminación, que aunque abundante y pretenciosa, era tan oscura que no se veía a sí propia, y ya le picaba vivamente la curiosidad, cuando vino a explicárselo quien todo lo sabe, ese husmeador perpetuo de rincones burocráticos y escondrijos políticos, incansable narrador de cuantas mentiras dulces y verdades amargas dan pasto a las bocas de chismosos y charlatanes.



LibrosEnRed

Quiero decir que la Divina Providencia ha puesto siempre el remedio junto al mal, el alimento junto al hambre; que así como encuentra un ajo el que es herido por la araña, y tropieza con la mora verde el que es manchado por la madura; que así como no falta un poco de agua fresca para Ismael, ni un hígado de pez para Tobías; y así como hay siempre un roto para un descosido y un diputado para un cesante, hay siempre un ejemplar de La Correspondencia para un curioso.

El vicalvarista encontró la solución de su duda en un suelto, donde el señor marqués de San Gregorio anunciaba la futura existencia de un español o española más. Este era el motivo de la iluminación y con esto el vicalvarista logró caer de su burro. ¡Cuándo será el día en que la Unión entera caiga de su burro!

Al criticar la iluminación nos mueve principalmente la manera indecorosa con que la suelen presentar.

Parecía que se encendían las tristes luces de unos funerales.

## Rincones de Madrid

Si te ha ocurrido, desocupado lector, dar una vuelta por los paseos de Recoletos, habrás encontrado ocasión de sacudir tu mal humor, contemplando las hermosas construcciones que a un lado y a otro de la gran vía se levantan. En aquel delicioso sitio, que se convierte, al decir de la gente, en uno de los más pintorescos de Europa, encontrarás palacios elegantes, perfectamente concluidos desde los cimientos hasta el pararrayos, casas medio construidas, que prometen ser magníficas; otras en embrión, que apenas se elevan sobre la tierra, y ruinas que atestiguan las pasadas glorias de una deforme cochera y de una destartalada venta. En esta reunión de edificios que se elevan y casucas que se caen; en esta demolición de envejecidas soberbias arquitectónicas, que se abaten para dejar sitio a las modernas vanidades de piedra; en esta mortandad de todas las entidades de cal y canto incluidas en las listas de proscripción del excelentísimo Ayuntamiento de esta Villa y Corte, encontrarás un gran adelanto material, un renacimiento notabilísimo en la parte monumental de la ciudad de los cuatro Felipes, que está, si no me engaño, en camino de igualar a las más hermosas ciudades de Europa.

A este paso, ¿por qué envidiamos a París, Milán, Nápoles y San Petersburgo? Ahí están los paseos que circundan la Casa de la Moneda, los esbeltos palacios que rodean la casa de Mercurio, colocada, por una coincidencia providencial, en medio de las fabricaciones del mundo moderno.



LibrosEnRed

Y esa soberbia catedral, que dicen lenguas neas va a construirse en el salón del Prado, ¿no nos resarcirá del desconsuelo que nos inspira el Duomo, de Milán, o la Magdalena del vecino Imperio? Aún no sabemos si será gótica o bizantina; pero lo más probable es que se le dé la forma de los modernos palacios de cristal, empleando esa arquitectura de alambre y talco, hija legítima del siglo XIX, que ha perdido por lo visto la afición a levantar grandes masas de piedra como El Escorial; esa arquitectura de un día que tan bien retrata el espíritu de actividad de nuestra época. Sustituyendo la ojiva gótica, la columna salomónica y el capitel corintio por la escueta pilastra de hierro fundida en los talleres de Liverpool; sustituyendo las bóvedas de piedra por tinglados más o menos transparentes y armazones más o menos ligeros, los madrileños dan pruebas claras de comprender el espíritu de una generación que tiene el privilegio de haber realizado y dado formas plásticas a los castillos en el aire de la arquitectura.

Durante los siglos de fe, cuando no había más dios que Dios, se construían para darle culto las catedrales de Sevilla y de Toledo; hoy que andan por el mundo algunos divinos huéspedes del viejo Olimpo y hay diocesillos como Mercurio que disputan al Creador del mundo el imperio del culto, justo parece que se construya una catedral de hierro y cristal, especie de dock bendito, medio templo y medio almacén, donde se adore a esta Divinidad confusa, mitad Dios, mitad interés, que algunos hombres del día reconocen y alaban.

Si en punto a catedral no tenemos nada que envidiar a las ciudades europeas, en punto a monumentos pasará casi lo mismo el día en que se coloque la vera stampa de Colón frente a la Casa de la Moneda, aunque es seguro que la estatua viene en la tal plaza menos de molde que la de la Comedia en la plazuela de Isabel II; cuando se pongan frente al Museo las figuras de Murillo y de Velázquez, y cuando se quite de la plaza de las Cortes el maniquí del autor del Quijote.

Por lo demás todo se embellece, todo se ensancha y se pone como nuevo. Ahí tenéis esa calle que parte de la Castellana hasta el Observatorio Astronómico; la Puerta de Alcalá quedará en el centro de una gran plaza circular; la calle de Fuencarral, cansada de que la Puerta de Bilbao detuviera con toda la pertinacia de un centinela su marcha hacia la carretera de Francia, ha dado en los hocicos a su guardián de piedra, extendiéndose por la llanura con todo el desahogo del que recobra la libertad.

El Congreso, avergonzado de su antiguo sombrero de yeso, donde mil aves de mal agüero hacían nidos sucios, se ha despojado de él, después de encargar otro más sólido y reluciente; ha vaciado en bronce los dos cancerberos de su puerta, consolándose con estos pasatiempos de toilette arquitectó-



LibrosEnRed

nica de las turbulencias intestinas que con tanta frecuencia suelen apurar la paciencia de sus gruesas columnas y sus formidables paredones.

Pero al mismo tiempo que contempláis extasiados estas calles improvisadas, las hileras de casas que brotan de la tierra al golpe de no sé qué misteriosa vara, dad un paseo, si vuestros ojos y vuestro estómago os lo permiten, por algunos rincones de la capital, sin que sea necesario que os alejéis mucho del centro, porque en éste precisamente es donde se encuentran las cloacas más hediondas y los sitios más nauseabundos. No os hablaré de la calle de los Gitanos, cruzada durante las horas de la noche por toda clase de aves agoreras y sirenas que poseen mayor o menor grado de atracción; guarida de aves de rapiña que en cada bolsillo ajeno toman una pluma para fabricar sus nidos inmundos, y que adornadas con extraños colores y harapos lujosos salen de aquel foco de infección moral, diseminándose por los alrededores como una plaga. No hablo de las ruinas de la calle de Preciados, que llaman la atención del viajero por su aspecto antiguo y venerable y por la perspectiva de escombros pintorescos que ofrecen solaz al arqueólogo y guarida a todos los perros parásitos del vecindario. No hablo de otros sitios céntricos, como los rincones de la plazuela de las Descalzas, las covachas del Carmen y las cocheras de la calle de Cedaceros; hay sitios que llaman aún más la atención por su miserable aspecto, indigno de la primera población de España.

Las puertas de ciertas iglesias, por ejemplo, exceden en desaseo a los portales más sucios y presentan algunas tan pobre apariencia, que se cree entrar en una venta de la Mancha y no en el templo de Dios.

En cuanto al desaseo que se nota en estos vestíbulos, quizá sea la cosa más evangélica del mundo; tal vez sea esto un símbolo de que debemos dirigirnos a la gloria por el camino de la humildad y la pobreza y que es necesario entrar en la Ciudad Santa por el muladar de Job.

Si las puertas de las iglesias presentan el aspecto de un mercado, éstos son verdaderas cloacas. Si aquéllas ofenden el decoro de la religión, éstos ofenden la salud pública e inspiran repugnancia al que tiene la desgracia de poner los pies en ellos. La plazuela del Carmen, por ejemplo, llega al último grado de incuria y desaseo. Junto a la destartalada iglesia de San Luis se ven agrupadas unas barracas sucias, donde los vendedores expenden, con la



LibrosEnRed

mayor confusión y atropello posibles, la carne, el pescado, las legumbres, las verduras y demás artículos. Las frutas más delicadas se ven junto al pescado de tres días; las naranjas, las camuesas y las uvas hacen la corte a un enorme cerdo que, abierto en canal, pende de una espetera; allí está el nabo, oriundo de Galicia, junto al melocotón aragonés; la escarola, cuyas hojas retorcidas llevan el cólera a nuestro Cuerpo, junto al pepino, colaborador sempiterno de esos gazpachos refrescantes que alborotan las regiones estomacales. El atún de Laredo, zambullido en un agua negruzca que no es la del mar Cantábrico, está mano a mano con las inocentes perdices, ensartadas en un largo rosario. Las tajadas de merluza destilan las últimas gotas de una sangre sucia sobre las peras de piel apergaminada y sabrosa carne.

Todo está confundido: la sardina, el conejo, el cerdo, la vaca, la uva, el melocotón, el cordero, la ciruela, la trucha, el higo, el salmón, la rana, el riñón, los sesos, y hasta las florea se encuentran hacinadas en un desvencijado anfiteatro en que lo mismo que los colores, se mezclan los distintos aromas de carnes y frutas, de pescados y flores, apareciendo un conjunto extraño, semejante al sueño del gastrónomo; un espectáculo mitad de carnicería, mitad de cocina, que tiene lo repugnante del matadero y lo inmundo del figón; donde el olfato del transeúnte recibe sensaciones tan diversas como la producida por los ramos de claveles y el hígado de carnero; cuadros revueltos de lo bello y lo asqueroso, de lo apetitoso y lo podrido, del perfume y la sangre; cuadro que bien puede llamarse prosaico porque está despojado de esa poesía culinaria que se llama aseo.

Vale más no hablar de aquellos ensangrentados pesos que cercenan un cuarto al comprador, ni de los sucios cajones donde el carnicero guarda el dinero mermado por la criada, ni de los enormes cestos que reciben huevos, espinas, plumas, cortezas; ni de las corrientes de agua sucia que arrastran sangre, lodo y todos los despojos líquidos que inundan el piso del mercado; ni de las escenas cómicas a que dan animación suspiros de cocinera y requiebros de maragato; ni de la calle de San Fermín, que es una sentina; ni de la de los Negros, que es un vertedero de inmundicias.

Parece el tal mercado más bien un rincón donde se depositan desperdicios, que un sitio donde se abastece a un pueblo. La capital de España pudiera compararse a una hermosa mujer que lujosamente vestida comiera manjares exquisitos en una artesa a manera de puerco espín. Estos rincones de basura colocados en el centro de una población, que aparece cada vez más engalanada, recuerdan las materias no muy delicadas que depositó el escarabajo en el seno de Júpiter. Madrid se adorna con coquetería elevando estatuas, construyendo palacios, plantando árboles, sin saber que tiene dentro de sí lugares nauseabundos que es necesario arrasar. Atendiendo a



LibrosEnRed

lo superfluo, quiere tener lujo antes de tener aseo, se cubre de mantos de oro y coronas de diamantes sin mudar de camisa.

Pero un día vendrá en que mirándose a sí misma en vez de mirar a su alrededor, conozca la necesidad de destruir esos focos de infección que perjudican su salud inundando la atmósfera de miasmas deletéreos; conozca que en estas fétidas guaridas hallan su emponzoñado alimento el tifus, las gástricas, las biliosas, las viruelas, y todos esos monstruos asoladores, que viven, como el escarabajo, de inmundicia y podredumbre; que en estos rincones, laboratorios perpetuos de descomposición, toma sus armas mortíferas la más exterminadora de las plagas: el cólera morbo.

## La feria

Si nos lo permiten los lodazales que las primeras aguas del invierno han formado en la calle de los Trajineros de acuerdo con la incuria municipal, bueno será que inauguremos nuestras oficiosas excursiones semanales, visitando el paseo de Atocha, convertido hoy en bazar al aire libre, en exposición divertida o festividad comercial, que la tradición ha bautizado con el nombre de feria.

La feria, colocada en el almanaque entre los últimos días del verano y los primeros del invierno, tan pronto azotada por la lluvia como herida por los rayos del sol, vive en ese interregno del año en que una estación indecisa y mal determinada maneja con mano insegura la complicada maquinaria meteorológica. La feria es la despedida del verano y el saludo del invierno; aquél deposita en ella despojos inútiles; éste trae a ella sus principales adminículos.

La feria es una venta precipitada de efectos nuevos y una almoneda de objetos viejos, utilizados a veces por muchas generaciones. Las frutas más exquisitas se ven a un lado, y a otro muebles caducos que en su mutilada contextura demuestran las huellas de ese monstruo destructor que se llama uso.

Todo se expende; desde la máquina sin ruedas hasta la manta de abrigo, a la cual no falta ni un hilo; desde la obra incompleta hasta el melocotón completo en su oronda y suculenta unidad. Todos los puestos, barracas o secciones son igualmente favorecidos, porque a pesar de la diversidad de efectos que en ellos se presentan, hay una circunstancia que hace sean codiciados de la misma manera. La palabra baratura viene a la imaginación de todos los que, bolsillo en mano, se dirigen al vendedor, y la idea de una



LibrosEnRed

buena compra preocupa al consumidor, que de seguro reventaría si no diera desahogo a su afán, realizando uno de esos afortunados negocios que el vulgo ha bautizado con el nombre de gangas.

Y ya que este estrambótico vocablo ha venido a enredarse en el hilo de nuestra conversación, bueno será detenernos un poco en él, porque su sentido no es del todo extraño al sentido de la palabra feria.

En la feria se busca la ganga, y no es otra cosa que la más agradable manifestación de lo barato La ganga es la constante aspiración de los hombres, porque en el mercado de la vida humana se arrojan los más, bolsillo en mano, a adquirir a poco precio una herencia, un destino u otra ganga cualquiera. Muchas veces estas cosas se adquieren con poco dinero; pero otras queda el bolsillo tan mal parado, que en vano se pretendería explotar con él un nuevo filón. Lo mismo sucede en las ferias vulgares, extendidas, no por el alto mundo, sino por el paseo de Atocha. Muchas veces se compran por una miserable cantidad objetos de valor; pero otras la ganga es para el expendedor, que se embolsa sumas no mezquinas por baratijas que no valen lo que se gasta en componerlas. A pesar de todo, aunque nos engañen como chinos, es necesario ir a la feria y traer para casa alguna cosa; porque es imposible evitar la influencia de la moda y luchar con esa corriente que nos arrastra insensiblemente por el paseo del Botánico, hasta llegar a la fuente de Atocha.

La primera exposición que se presenta a nuestros ojos es la de cuadros viejos. Una barraca semejante en la solidez a la memorable de Vallecas, pero más pequeña, ostenta en sus débiles paredes una porción considerable de lienzos emborronados, que representan generalmente santos, vírgenes, bodegones y algún retrato de familia, vestido de casaquín, chorrera y peluca si es hombre, y cofia, corpiño bordado y guantes hasta el codo, si es mujer. La mayor parte de los santos, son parodias ridículas del género de Ribera, abundan los rostros apergaminados, las señales de la maceración y la inseparable calavera. Allí está la piedra de San Jerónimo golpeando un pecho ensangrentado, y la espina de Santa Rita horadando continuamente una frente lívida. Pinceles educados en el arte de pintar puertas y balcones han trazado las imágenes de los santos más populares, aglomerando sendos brochazos de bermellón y ocre; han dibujado a María con una abundante dosis de azul de Prusia, albayalde y rojo, dando al cuadro el aspecto de un magnífico pabellón francés.

Pero estos mal embadurnados lienzos merecen, por otra parte, atraer nuestra atención. Vosotros, deformes retratos de varones ilustres, abigarrados símbolos de la virginidad inmaculada, de la piedad, del ascetismo, habéis vivido en muchos hogares, desde la casa del rico al tugurio del pobre; habéis



LibrosEnRed

quizá recogido las lágrimas del, arrepentimiento y la desgracia. ¡Cuántas oraciones habréis oído inspiradas por la fe! ¡Cuántas bocas contraídas por el dolor os habrán besado! ¡Cuántos rostros divinizados por el éxtasis habréis contemplado a la luz de una de esas lámparas amortiguadas que arden ante vosotros, llamas tristes que como la esperanza, parece que van a extinguirse y no se extinguen nunca! Vosotros, que habéis vivido con la pobreza bajo el techo del humilde, que habéis vivido con la caridad, en los hospitales; vosotros, testigos mudos de todos los dolores, de todas las amarguras, que tal vez con las miradas de vuestros ojos (mal pintados), habéis calmado muchas agonías, sois, a pesar de vuestra inferioridad artística, mucho más grandes que los envanecidos originales del Museo, condenados a oír incesantemente las disertaciones fastidiosas del touriste, y a ver fijo en sus líneas y en sus colores el lente inmóvil de algún descreído alumno de Apeles.

Pero no nos detengamos demasiado en contemplaciones pictóricas, que en el barracón inmediato nos aguarda una gentil moza, mostrándonos con mucho donaire unos cuantos juguetes de chicos, género fatal para los papás; pero como nosotros no tenemos aún este interesante título, ni hay en nuestra casa ningún bebé que salga a recibirnos a la escalera registrando nuestros bolsillos a ver si contienen juguetes, pasaremos más que de largo junto a estos mostradores donde se adula a la inocencia, para sacarle los cuartos, y dejaremos que hagan el gasto esa multitud de padrazos que están allí regateando la felicidad de sus hermosos chicuelos.

No hagamos alto en los puestos de frutas, por temor a que sólo la vista de estas rollizas hijas de la Naturaleza, comuniquen el cólera a nuestro estómago, donde la imaginación suele armar borrascas lo mismo que el pimiento, el melón y la uva.

Inclinémonos en una posición digna del trapero ante estos escombros de libros, que parecen ruinas de una biblioteca, y allí revolviendo empolvados tomos, procuremos desentrañar de tan revuelto montón de obras una joya literaria, arrojada en este mare mágnum por la mano profana de un revendedor; porque en estos océanos es donde suelen encontrarse las mejores perlas, y es la cosa más común encontrar más de una hermosa esmeralda en estos muladares tipográficos.

Pero en vano nuestra mano huronea en aquel totum revolutum. La Guía de forasteros es lo que más abunda en este piélago. Se ven a un lado y a otro tomos sueltos de distintas obras; aquí un volumen de una gran enciclopedia, solo y triste, agobiado por la nostalgia, miembro errante de una familia que mora no se sabe dónde, tal vez allá en los carcomidos escaparates de la calle de Atocha, o quizá hecha trizas, envolviendo suculentas sustancias ultramarinas; más allá la comedia representada tres



LibrosEnRed

o cuatro noches, impresa después y arrastrada al fin por esa corriente de cambalaches y trampas que toca en todos los puestos de libros de la capital; obreja vendida y comprada entre otras tan insignificantes como ella, abierta siempre a los ojos del transeúnte y rechazada por todos, ofreciendo sus redondillas, que nadie lee, triste, despreciada, viviendo en un rincón con los almanaques viejos, los artes de cocina, los tratados de cría caballar, los manuales del comadrón, los Rengifos y otros libros igualmente interesantes.

A otro lado se encuentran innumerables Guías de forasteros preñadas de nombres, y ostentando sendos escudos dorados en las dos tapas de cartón; se ve el discurso del académico, junto al tratado de logaritmos, el Fuero Juzgo junto al Robinsón; Bertoldo junto a Don Quijote, Faublás, Pamela, las Tardes de La Granja, los Amores de Napoleón, la Casandra, todos revueltos, mezclados en un múltiple abrazo de fraternidad como si la desgracia que los arrastra por el suelo hubiera extinguido en ellos las clases y categorías.

Se nota que hay algunos que sobresalen en el montón como si quisieran atraer las miradas, libros petulantes, novelas que ciertos autores españoles modernos han engendrado, sobrenadan en aquel mar de hojas, quizá por su demasiada vaciedad y ligereza. Revolviendo mucho, se encuentran debajo, oprimidas por el peso, algunas novelas también de autorcillos madrileños, depositadas en el fondo quizá por su excesiva pesadez.

Más allá están los muebles colocados lo mismo que en las elegantes prenderías de las calles de Tudescos y Jacometrezo. Abundan los roperos de espejo, las mesas con repisas de mármol, las estanterías sin libros, las consolas y los sofás de gutapercha. Al lado de estos muebles modernos se ven los de nuestros abuelos, adornados de incrustaciones caprichosas, venerandas reliquias de glorias pasadas. Estos van a las prenderías y de las prenderías a la feria, obedeciendo a esa ley de renovación que rechaza todo lo viejo y desusado para sustituirlo con lo moderno y elegante; pero los muebles de moda, esos tocadores lujosos, esos espejos inmensos, esas mesas esbeltas, doradas, construidas en el vecino imperio al estilo de Luis XV, están allí obedeciendo a otra ley que no sabemos calificar; ley que las más veces encierra una historia que no contaremos, indicando tan sólo algunos rasgos de exterioridad, conocidos de todo el mundo.

Un joven de fortuna encuentra en el medio mundo de esta Villa y Corte a un ser (llamémoslo mujer) que le inspira una de esas pasiones a lo Armando Duval, adornada de arrepentimientos, regeneraciones, heroísmos y demás resortes de la moral simbolizada en camelias rojas y camelias blancas. Este joven pone en circulación sus escudos y afilando su gancho a manera de



LibrosEnRed

trapero, saca sutilmente de los montones de inmundicia social su trapo, es decir, su mujer.

He aquí que en el magnífico principal de una casa recién fabricada se quitan los papeles que pedían alquiler, y el tapicero toma medida, dispone los atavíos, cuelga los portiers y las colgaduras, adorna las chimeneas, ordena los espejos, las mesas, las sillas y se marcha. Al ruido infernal del martillo del tapicero sucede el crujido suave de un vestido de seda que resbala en las alfombras; al olor del engrudo sustituyen todos los perfumes de Fortis y de Clemens.

Allí viven los dos tórtolos.

Si pasado un mes, tú, querido lector, fueras portero de la tal casa, lo cual no deseo, sentirías en el principal un ruido de sillas que se rompen, mezclado de voces que profieren imprecaciones de color rojo subido, y en tu curiosidad porteril, pondrías tu oído delicado junto a la puerta, y bajarías después muy quedito explicando todo a tu compañero de la casa vecina con esta significativa frase: "Han tronado."

Al día siguiente, aquella sociedad tutelar se disuelve, perdido el crédito; él se marcha a su casa solariega de provincias, o a las oficinas de su Empresa de ferrocarriles. Ella (esto es lo más duro de decir) abandona con lágrimas en los ojos el principal tan lujosamente adornado. El juicio vuelve a la cabeza del joven, y el gancho, vulgo dinero, al bolsillo. La mujer vuelve al garito. El trapo vuelve al muladar.

Un prendero asalta la casa y por poco dinero se hace dueño de todos los muebles. Llega el 21 de septiembre y los muebles pasan a la feria.

Aquellos hermosos espejos que no han conseguido grabar en su superficie los cuadros que tantas veces se bosquejaron confusamente en ella, suelen contar al transeúnte que los mira estas interesantes historias.

Sigamos nuestra excursión, porque el cielo amenaza lluvia, y tal vez no tengamos tiempo de admirar las mantas, las cacerolas, los pedazos de hierro viejo, las ruedas arrancadas a lo que fue un reloj, la ropa hecha en los talleres del Rastro, los zapatos mal remendados y los demás objetos rejuvenecidos por el cincel de los artífices que en la bajada de Curtidores ejercen su arte y sus malas artes. Pero es imposible seguir, la lluvia se nos viene encima y el cielo descarga sobre nosotros unas gotas del tamaño de garbanzos. De las nubes se puede decir lo mismo que de aquellos amantes de un día: "Han tronado", y una fumigación atmosférica muy oportuna viene a ayudar a la que hace el azufre en las viviendas de los madrileños.



LibrosEnRed

# La fiesta de San Eugenio

¿Ha ido usted a comer bellotas? El que en cualquier país civilizado dirila esta pregunta a un semejante escuchará una réplica poco suave y tal vez recibirá una brusca sacudida en la parte posterior del cuerpo, o una no menos dolorosa caricia en mitad del rostro. Pues en Madrid sucede todo lo contrario, si se tiene cuidado de hacer esta pregunta en cierto día memorable, el día de San Eugenio, patrono de este arzobispado. Desde que la iglesia canta las vísperas de este santo, ya se puede impunemente lanzar a la cara de cualquiera esa epigramática pregunta, lo mismo que al aparecer el Día de los Inocentes podemos engañar impunemente al prójimo dándole gato por liebre, amargo por dulce, falso por verdadero.

¿Y en qué consiste que los madrileños consientan en oír el día 15 de noviembre esa sarcástica interpelación que no deja muy bien parado el decoro y la dignidad del ser más perfecto de la creación? Consiste en que los madrileños han establecido una costumbre degradante y ridícula, que en nada se parece a los cultos engaños e inocentes supercherías del 28 de diciembre; una costumbre grosera, que en nada se parece al inolvidable entierro de la sardina ni a la reina de todas las fiestas, la fiesta de San Isidro. El día de San Eugenio no se trata de formar alegres grupos a las orillas del viejo canal, refugio de todos los suicidas de antaño, desdoblar una servilleta y regalarse con un mal aderezado cordero, un plato de callos, un par de chuletas y sendos tragos del amable Valdepeñas; ni de invadir la pradera de San Isidro, rindiendo a los torrados, a los bollos, a los requesones, al Cariñena y al agua santa el tributo que merecen; el día de San Eugenio, el comestible que satisface la voracidad de los madrileños es más grosero y a animales menos espirituales que el hombre destinado; es la suculenta bellota que pende en los ramajes de El Pardo, son las migajas que sobran en el festín de los cerdos de la casa real, y este pueblo gastrónomo y caprichoso se precipita bajo las encinas y revolcándose sobre la tierra con todo el desenfado de los despreocupados cuadrúpedos protegidos de San Antón, se da a comer bellotas a mandíbulas batientes, por más que el fruto de aquel precioso árbol tenga un sabor más que acre y su sustancia sea por demás indigesta.

Llega el mes de noviembre, y los cerdos que alegremente sestean en el Real Sitio, ven acercarse su hora postrera; sus enormes panzas no les permiten dar un paso ni entregarse a todas las travesuras de su edad infantil; sus anchos mofletes, sus cuellos enormemente desarrollados quitan a su fisonomía toda la gracia peculiar de la raza, y sus negros y pequeños ojos, que desaparecen casi totalmente entre una órbita de carne, pierden toda la chispeante y picaresca malignidad que revela la fina inteligencia del animal extremeño; su



LibrosEnRed

cuerpo se ha convertido en una bola cubierta de cerdas; todas las partes de su cuerpo han adquirido un espantoso desarrollo, excepto las patas y el rabo, que siempre se conserva sutil, elegante, flexible, enroscado con coquetería formando un regio anillo semejante a los que, confeccionados con femeniles guedejas, se ostentan en ciertos escaparates de esta Corte; sus anchas orejas le caen sobre el rostro, dándole sombra como esos gorros extraños que llevan los anamitas, o como las tocas de las mojigatas. En tal estado el pesado animal excita las miradas del mayordomo de la Real Casa, nuevo Herodes que decreta la extinción de la cerdosa familia; y la piara entera es impíamente sacrificada y sus carnes suculentas transportadas a las regias cocinas, donde manos diestras en el oficio aderezan sendas chuletas, orondas morcillas, chorizos, jamones y toda la demás transformación que sufre la crasa personalidad del animal de San Antón.

Pero, ¡oh dolor! ¿Qué haremos de tanta bellota?, exclaman los mayordomos de palacio; ¿no es una lástima que se seque en la rama y se malogre ese bendito fruto? Permitamos al pueblo de Madrid regalarse con este manjar suculento, que tantas muestras da de ser aptísimo para la nutrición del hombre, pues el cerdo con él se infla y el hombre con el cerdo engorda. Ofrezcámosle este sabroso manjar para que mate su hambre y se sacie ese pueblo humilde, digno de penetrar en las reales pocilgas; arrojemos a esas gentes estas nutritivas bellotas que desarrollarán sus barrigas, henchirán sus carrillos y les pondrán tan rollizos como los pacientes animales que acaban de ser inmolados por el cuchillo de nuestros carniceros.

Y acto continuo los guardabosques, que armados de escopeta y enormes bandas de cuero adornan los portales de los Reales Sitios, abrieron de par en par las puertas de hierro, y el pueblo madrileño, llevado de un noble instinto de gula, se precipitó en las arboledas, y asiendo un garrote, comenzó a apalear las encinas, que, amorosas y en extremo galantes, dejaron caer sobre las faldas de las mujeres y sobre los sombreros de los hombres lo que antes fue pasto de paquidermos, germen de gordura y regodeo de lechones. El pueblo de Madrid comió y se sació saliendo satisfecho y cebado para tomar el camino de la Villa, donde hace la digestión si puede, y si no, le sobreviene un cólico del que mediante los galenos sale para tener el placer de comer carne de cerdo durante esta temporada del chorizo y de la salchicha.

A esto se reduce la fiesta del día de San Eugenio. En este día es de cajón comer bellotas y cosa indispensable el hacer la pregunta con que hemos encabezado esta revista. En El Pardo se ven en este día escenas en extremo cómicas, como en todas las fiestas populares. No traeremos a cuenta, porque ya lo hemos dicho hablando de San Isidro, el continuo rasguear de una vetusta guitarra, los percances del ómnibus, los coloquios grotescos en el camino,



LibrosEnRed

los bailes picarescos en la pradera, los desembolsos en los ventorrillos y las estafas en todas partes. Sólo aquí, como la merienda es tan rústica, el sitio tan ameno, y como no faltará un requesón que en lo blando se parezca a la argamasa, no faltará tampoco un hidalgo del siglo XIX que, tomando en la palma de la mano unas cuantas de aquellas dulces frutas, exclame como aquel otro celebrado hidalgo de hace tres siglos: ¡Oh dichosa edad y siglos dichosos en que las hermosas zagalejas, etc., etc...!, y no faltarán tampoco hermosas zagalejas que a imitación de las Galateas, de las Amarilis, de las Silvias de aquel tiempo, se den a triscar sobre los céspedes, huyendo los pasos de algún zagalejo un tanto atrevido y desvergonzado.

No hemos podido averiguar el origen de esta fiesta, ni el rey que concedió el primero esta real gracia a los españoles; el origen de esta costumbre es completamente desconocido, pero podemos muy bien inducirlo; es muy de creer que haya mediado aquí la munificencia de un soberano, y que la ofrenda de la bellota principiara con un rasgo de generosidad hacia un pueblo que por lo visto era en aquel tiempo descarnado y enjuto hasta el punto de aceptar el maná de la eterna gordura.

Sí; no nos queda duda alguna; en pechos reales germinó un sentimiento de humanidad que dio origen a un decreto mandando abrir una puerta, cuyo umbral no es dado pisar a todos los españoles. Desde luego, nos atrevemos a suponer un diálogo entre un rey cualquiera, austríaco o Borbón, y el intendente de la Real Casa.

El diálogo sería, poco más o menos, de la manera siguiente:

—Poderoso Señor —diría el intendente—, vengo lleno de dolor a anunciaros una triste nueva.

—¿Qué pasa? Cuéntame: ¿se ha perdido la Invencible, nos han vencido en Rocroy, perdemos el Portugal, se ha concluido el oro de las Indias, nos excomulga el Santo Padre? —contestaría el Rey, presagiando cualquiera de estas desdichas, según el rey que fuera.

—No es nada de eso, poderoso Señor; no se trata de armadas perdidas, ni de batallas, ni de excomuniones. El asunto es de otro linaje. Ha de saber Vuestra Majestad que las bellotas del Pardo se pudren en las ramas por falta de quien las coma, hoy que han sido inmolados los regios cerdos, regalo y manjar de vuestra casa.

—Eso es muy grave, mi querido Haro, Bazán, Alburquerque, Oñate (según cual sea el palaciego). ¿Dónde encontraremos quien se coma esos desperdicios?

—Ahí está el quid, alto y poderoso Señor.

—¿Te parece que las regalemos a los cerdos de la comarca?



LibrosEnRed

—Señor, ¡la comida de los cerdos reales en boca de esos cerdos de baja ralea! Mire Vuestra Majestad por el decoro de su casa, brillante sol que ilumina hasta el abyecto animal que pasta el fruto de las encinas.

—Mis vasallos me sacarán de este apuro; ellos no permitirán que se pierda ese manjar sabroso que la Divina Providencia cuelga en mis encinas para saciar al hambriento y satisfacer al necesitado.

—Creo que habéis puesto el dedo en la llaga y sacádome del atolladero en que yo, vuestro más leal servidor, me encontraba. ¿Quién es digno de digerir los regios y al par cerdosos comestibles sino ese pueblo leal que tantas veces se ha mostrado amador de sus reyes y acatador de sus mandatos?

—Pues da órdenes de que se le permita la entrada en las arboledas del Pardo, que mi mayor regocijo es que ellos sean hartos, como conviene a su felicidad y al afianzamiento de mi trono.

—Así lo haré, poderoso rey, mi Señor.

Al día siguiente el pueblo de Madrid comía bellota muellemente tendido sobre el césped del Real Sitio.

Después de este día, la merienda anual se ha repetido sin interrupción, y hoy es ya una fiesta popular de las que más caracterizan las costumbres del pueblo de Madrid.

Mas no se crea que este pueblo sufre una humillación al penetrar en El Pardo con el intento de merendar tan groseramente. Los madrileños siguen esta tradicional costumbre y comen bellota porque la comieron sus padres y la comieron sus abuelos; no ven en esto más que un pretexto de organizar alegres comparsas, de estrechar en una expedición festiva los dulces lazos de la amistad y del amor, y continúa arraigándose la costumbre para que nuestros descendientes disfruten también de tan extraño festín. A pesar de la tenacidad con que todos los años se repite, no encontramos en esa costumbre más que un poco de extravagancia y de ninguna manera la degradación que algunos suponen, por el solo hecho de comer las sobras de los marranos y de las marranas de la Casa Real. No; esto es una suposición aventurada. Este noble pueblo no es capaz de envilecerse. Si las bellotas se le ofrecieran para humillarle, él las rechazaría; pero en esto no hay más que una sencillísima oferta; que de ningún modo debe interpretarse como degradante, al ver que el pueblo de Madrid la ha aceptado. Aquí no hay más que una diversión popular, una expedición de festejos, galanteos, digestiones más o menos fáciles y alguna inofensiva borrachera.

Los que bajo los frondosos árboles druídicos se tienden, no se entretienen en averiguar de dónde viene aquel fruto, ni exploran las intenciones que



LibrosEnRed

precedieron a su ofrecimiento; saben muy bien que el rey que degrada a su pueblo se degrada ante todo a sí mismo, y comen sin bendecir la mano que les da aquel fruto. Bendicen a Dios que lo ha creado; y miran con religioso respeto a la encina, que le guarda entre sus ramas sagradas.

## Baile en Capellanes

También en el interior de Madrid tienen lugar otras reuniones de gente alegre, no precisamente el día del patrono del arzobispado, sino todos los días de fiesta, desde las cuatro de la tarde a las siete de la noche. Nos referimos a Capellanes, cuyos festivos bailes vespertinos atraen multitud de parejas felices que se consuelan de los asiduos trabajos de la semana con estas tres horas de expansión coreográfica y tosco galanteo.

Esto prueba hasta qué punto ha llegado la cultura de nuestra época. El baile de salón ha absorbido al baile nacional, y la voluptuosa y perfumada atmósfera de la soirée ha concluido por envolver hasta a las clases que en otro tiempo se diseminaban por las alturas de Chamartín y las afueras de la Puerta de Toledo, bailando malagueñas y gallegadas al son de las castañetas. Esto es ya muy antiguo. Hoy el vals y la redowa se han apoderado de los pies de toda la humanidad; las murgas y las orquestas han desbancado al tamboril y al pífano.

Vamos, pues, a Capellanes. Aunque es de día aún, el salón está profusamente encendido. Las parejas se agitan sin descanso. La inercia pedestre de una semana de servicio doméstico da a sus extremidades una actividad portentosa, comunica a todos sus miembros una agilidad tal, que el compás de la orquesta les parece lento y quisieran desencadenarse en un galope frenético que satisficiera su desordenado apetito coreográfico. Aquello es lo más extraño que puede presentar el arte de la traviesa Euterpe. Hay una mezcla de rusticidad e inocencia, de grotesca elegancia e interesante descuido que encanta. Jamás se ha visto una parodia más exacta de las graves y al par cultas formalidades de los salones y al mismo tiempo un modelo más completo de las inocentes intenciones y las francas alegrías que en aquéllos no se encuentran. ¡Elegancia, buen tono, galantería, delicadeza! No busquéis eso aquí, pero en cambio, ¡qué buena gente!

Mirad con qué gallego candor se deja abrazar la fregatriz por el cochero, sin que un mal pensamiento cruce por su mente, a culinarias tareas dedicada. ¡Con cuánta inocencia reclina su cabeza groseramente peinada aquella espiritual niñera sobre el hombro de aquel lacayo del señorito, sin



LibrosEnRed

que entre sus rostros se crucen alientos eléctricos y vapores de esos que tantas travesuras hacen cometer a personas de más cultura! ¡Qué candor, qué naturalidad! Aquí, el disimulo no extiende sobre los rostros sus falaces velos, ni la torpe ironía hiela las palabras en toscos labios, ni sé conoce la mentira, ni la seducción, ni el engaño; aquí se baila, se ríe alegremente, se habla con el corazón, se asoma el alma a los ojos, sin que la malicia venga a bastardear los sentimientos, ni la superchería destruya el mágico efecto de las palabras. Benditas mil veces vosotras, felices parejas, que al trocar la malagueña por el vals y el verde campo por el salón alfombrado, no habéis perdido vuestra encantadora sencillez. Habéis abdicado la nacionalidad poética, pero en cambio lleváis a ese recinto la paz de los campos, la inocencia, la verdad y la lozana frescura de la Naturaleza, que valen más que todos los encantos de tocador y todas las elegancias del mundo.

Vemos, sin embargo, un pisaverde almidonado que desde un rincón se burla con sonrisa estúpida del poco pulimento que reina en esas rústicas parejas que un cándido lazo estrecha amorosamente. Si; allí están los acartonados mozalbetes, los tontos, los faltos de meollo, los superficiales secuaces de cuantas ridículas modas nos regala la veleidosa capital de Francia; los Narcisos admiradores de sí, mismos, o mejor admiradores de sus cuellos, de sus corbatas, de sus pantalones; sabios hasta el punto de conocer y apreciar los detalles múltiples de las vestiduras mujeriles y las transformaciones a que está sujeta en la sucesión de inviernos y veranos la teoría del frac o la utopía del pantalón a la rodilla, sueño de todos los currutacos de la época; ignorantes hasta el punto de no saber en qué país viven, ni qué lengua hablan, ni que ha habido en el mundo hombres grandes y empresas sublimes; allí están los jóvenes imbéciles, bajo cuyos chalecos elegantes puede dudarse si late un corazón; los hombres cortados por un sastre y por la misma tijera, planchados por un sombrerero y cosidos por un alumno de San Crispín; los hombres hechos a imagen y semejanza del figurín, con paño, satín, raso, doublé, pomada y bandolina; que tienen por Dios a Caracuel y por Evangelio La Moda Elegante; ésos son los que se burlan del candor, de la inocencia, de la verdad, porque no tienen todo el sello de prostituida elegancia que ellos quisieran dar a todas las criaturas; porque no tienen ese aire de buen tono que ellos prestarían al mismo sol, al firmamento y a la naturaleza toda.

No les hagáis caso, amables parejas del baile vespertino de Capellanes, ni queráis pareceros a ellos trocando por su acartonada figura la encantadora rusticidad de vuestras nada artísticas personas. Es preciso confesar (y nosotros convenimos con ellos en este punto) que vuestros trajes, vuestros peinados y vuestros adornos no tienen nada de bellos; son parodias



LibrosEnRed

infelices (permitidme que os lo confiese) de lo que habéis visto al acaso en las sesiones nocturnas de estos mismos sitios. Esos cinturones descomunales mal adaptados a un talle nada esbelto, esos cintarajos de mil colores que os dividen la voluminosa cabeza en hemisferios donde colocáis flores de todos matices; esos collares abigarrados que estrechan vuestra garganta más fresca y desarrollada que lo que exige la elegante demacración moderna; esas manos aprisionadas rígidamente en guantes, cuyas costuras parecen estallar de risa, provocadas por vuestra gravedad; el pesado movimiento de vuestros pies dolorosamente calzados; y sobre todo, los vaivenes de vuestro cuerpo que va marcando el compás con bruscas caídas, como un buque agitado por las olas; la seriedad cómica de vuestros galanes, vuestros requiebros, todo, en fin, lo que anima el enorme grupo que formáis se presta a la comidilla de los murmuradores, y suministra materia bastante para hacer reír a un muerto. Pero no os importe vuestra falta de tono, ni la grotesca forma de vuestros atavíos. Así valéis más que las que han de llenar esta sala cuando vosotras la abandonéis. ¿Qué importa que no encontremos en vuestras fiestas las lánguidas posturas, las amarillas e interesantes fisonomías del baile nocturno? ¿Qué importa que no se vean aquí rostros interesantes, la palidez del insomnio, los vapores cálidos y los rápidos giros de la voluptuosidad, del vicio elegante, del escepticismo poetizado? Esa prosaica gota de sudor que baja de vuestras frentes para charolar vuestras caras amoratadas, vale más que el afeite que a tantas embellece. Ese movimiento de brazos que en la enajenación del baile os hace traición revelando la costumbre de manejar el estropajo, vale más que el movimiento seductor de las mujeres de la noche. En vosotras vemos la naturaleza espléndida, franca, sincera, que se manifiesta en vuestro rostro para probarnos que en el trabajo habéis aprendido a sudar; en ellas vemos un arte inmundo, que se manifiesta en cuanto hacen, dicen y piensan, probándonos que en sus malas artes han aprendido a fingir.

No envidiéis su belleza diabólica, y conservad la pureza de vuestras costumbres inocentes. Bailad, bailad apoyadas en el hombro del lacayo del señorito; adornaos en buen hora con cintas estrambóticas; peinaos de la manera que os sea más cómoda; y dejadlas que estudien ante los espejos las miradas y los gestos que han de producir pasiones incendiarias e intrigas tenebrosas.

Ellas son bellas, elegantes; sus palabras fascinan, sus miradas queman; se tienden en lánguido mareo, se lanzan en un torbellino vertiginoso, ondean entre círculos de faldas vaporosas, formando un grupo confuso en que las miradas se pierden, las palabras se confunden, los cuerpos se chocan, la seda cruje y se estremece el pavimento. Esto es bello; pero no lo envidiéis,



LibrosEnRed

amables fregonas, niñeras compasivas; meditad sobre la conclusión del baile; ellas salen ojerosas, pálidas, perdido el afeite y se retiran soñolientas dejando atrás mil intrigas urdidas, mil engaños descubiertos después de haber desencantado un hombre y sumergídole tal vez en la desesperación. Ellas buscan el reposo a la salida del sol y van a soñar con su desgracia, con sus decepciones, con sus arteras e inmorales maquinaciones. Vosotras, en cambio, ¡qué contentas dejáis el baile! Bruñidas por vuestro saludable sudor os retiráis a la casa de vuestros amos, y después de hacer los servicios nocturnos os tendéis en vuestro catre y roncáis en paz sin malos recuerdos ni amargos desengaños. Vuestro amo es el amo de vuestro novio y en el hogar fraguan la felicidad y realizan vuestros modestos proyectos casándoos con el que habéis elegido, libres de penalidades y de deshonra.

Otro día nos ocuparemos exclusivamente de los bailes nocturnos de Capellanes; esperemos a la época de los antifaces.

## Navidad

Es inútil hacerse ilusiones; las Pascuas se nos vienen encima, o mejor nosotros tropezamos en ellas por más que nos empeñemos en dar un rodeo y entrar en el próximo año, sin pasar, por estos días fatales de turrones, pavos, aguinaldos, tambores, pitos y nacimientos. Es preciso que nos alegremos, que apretemos la mano a todo el mundo en señal de feliz enhorabuena; es preciso que tengamos apetito y hagamos prodigios de voracidad. Lo contrario nos haría parecer salvajes, incultos, paganos. Es de todo punto indispensable olvidar penalidades, tener buen humor, y sobre todo comer a mandíbulas batientes. Reunámonos, en un concurso gastronómico y rindamos culto al más espiritual de los pescados, el besugo; a la más simpática de las aves domésticas, el pavo; a la más ingeniosa de las argamasas azucaradas, el turrón. Un confuso ruido de mandíbulas resuena en todos los puntos de la tierra donde hay civilización. Un retintín sordo y continuado, como de platos que chocan con cucharas, y cucharas que tropiezan con dientes, resuena en todos los puntos donde hay cocinas. Diríase que sobre el ámbito de las grandes poblaciones se extiende el majestuoso y al par incitante aparato de las bodas de Camacho. Las especias, que son al condimento lo que el perfume a la hermosura, esparcen por la atmósfera deliciosos aromas, capaces de abrir el apetito al surtidor de la Puerta del Sol. Osténtanse en las tiendas todos los apetitosos detalles de la composición culinaria, que son puro lujo del paladar, y al par que recrean el estómago, adulan con dulces sabores los espirituales órganos de la deglución.



LibrosEnRed

La gula tiene su poesía.

El arte de cocina parece elevarse a la categoría de arte, en la genuina acepción de esta palabra. Todas las teorías de Savary parecen destinadas a realizar ideales hermosos, y las lucubraciones de todos los que a tan difícil arte se han dedicado, se nos presentan con formas estéticas que fascinan la vista y producen vértigo de entusiasmo artístico al estómago. Sí; toda esta poesía masticatoria y digestiva nace al calor de la inspiración que sopla en las tragaderas humanas la décima musa, el hambre. Muere el cerdo épicamente, y sobre la tabla fatal destinada a recoger sui despojos cadde come un nom che souno piglia; muere la falange de pavos, prorrumpiendo a coro en un himno de graznidos que enternecerían a todo el que no fuera aficionado a la carne del animal de Juno; exhíbense las frutas en toda su frescura, bellas, olorosas, orondas, como si el cuerno de Amaltea las derramara sobre la tierra. Todo es poesía; es bello el sacrificio de inocentes bichos domésticos; bello el rumor del agua que hierve; bello el voltear del asador; bello el humo que despide la marmita; delicioso el olor de las especias; encantadora la diligencia de la cocinera; hermosísimo el aspecto de una familia entregada a las delicias del besugo; sublime la abnegación del cerdo, el martirio del pavo.

Pero es el hombre el protagonista de este gran trozo de épica culinaria, el sujeto de este canto lírico inundado de todas las armonías de la masticación. El hombre es el que come; su inteligencia se reconcentra en el estómago; su sentimiento se localiza en el paladar; su voluntad reside en la mandíbula; el alma está ocupada en la percepción de los olores suculentos, en el temple de los sabores, en la acertada repartición de las concavidades del estómago. El hombre come y pudiera decir, parodiando a Descartes: Yo como, luego existo.

El apetito es la conciencia del cuerpo, ha dicho un escritor moderno. En estos días queremos aplacar esa conciencia rebelde, que tal vez nos acusa de algunos pecados de lesa nutrición, y comemos por inspiración, si así puede decirse, comemos por fe, por cumplir un deber espiritual impuesto por la conciencia de nuestras flaquezas alimenticias. En lugar del Confiteor domini entonamos un gaudeamus que nos han enseñado las crápulas de los refectorios; en vez de flagelaciones tontas, empleamos el regalo del cuerpo, y en vez de penitencias y lecturas pías nos imponemos un sabroso ayuno de glotonería. Bien: comamos y reunámonos en ruidoso festín que nos descargue de nuestras culpas pasadas y presentes; comamos para convencernos de que existimos; que nuestro ser se harte para que adquiera la noción de sí mismo. Resolvamos por la filosofía de Sancho Panza el conocido y vetusto lema nosce te ipsum. Pensar, querer, sentir; esta trinidad tiene su unidad misteriosa: digerir.



LibrosEnRed

Así se expresan los que rinden culto grosero a la deidad culinaria, los que se extasían ante los aparatos de repostería y de cocina que hoy presentan muchos escaparates de la Villa. Nosotros vemos en esta comilona universal un objeto que no es la simple satisfacción de un apetito: aquí hay, por más que lo nieguen, mucho de espiritual; un símbolo de nuestra religión viene a mezclarse aquí con la perspectiva del comedor, y algún destello de la aureola que ciñe la frente del Dios-Hombre viene a iluminar el fondo sombrío del bodegón animado, vivo, palpitante. Los cristianos celebramos con fruiciones estomacales la venida al mundo del Dios Redentor y el recuerdo de aquella fría noche de enero en que un ángel anunció a ciertos pastores el nacimiento del Hijo de María, parece que nos impone un deber de alegría imprescindible, de regalo suculento y de regocijo fraternal. Esta noche es la conmemoración de aquélla en que una luz divina iluminó el establo de Bethlem y en que un ángel cantó sobre el corroído frontón de aquel portal desvencijado la hoy manoseada estrofa Gloria in excelsis Deo. Hace mil ochocientos sesenta y cinco años descendió el Hijo de Dios a la tierra, y los potentados que en ella dominaban se aprestaban a ponerse en camino para adorarle, guiados por una discretísima estrella; pero dejemos a los señores Magos, de que nos ocuparemos pronto, y vengamos a la fiesta de Navidad.

Queremos que nos digan francamente nuestros lectores si conocen en el transcurso del año unos días más enojosos, más insoportables que estos decantados días de Navidad, que todo el mundo ensalza y que a nosotros nos parecen los más insípidos, tontos y fastidiosos después de los de Carnestolendas.

¿Cuáles de los trescientos sesenta y cinco consabidos se igualan en importuno bullicio, en impertinencia propinatoria a los que están comprendidos entre el veinticinco de diciembre y el dos de enero? Es horroroso esto de oír continuamente el rumor discordante de mil tambores golpeados por manos infantiles, esto de oír toda la sinfonía de instrumentos desagradables que remedan cacareos, gruñidos y cencerradas, esto de tener siempre en el oído el pito traidor, el falaz instrumento revolucionario. Es atroz esto de no poder salir a la callé sin tropezar con barricadas de turrón, no poder mirar un escaparate sin encontrar más que culebras enroscadas, dulces diestramente combinados, figuras que se comen y flores que se mascan. Es pavoroso esto de ser asaltado por un centenar de bocas que piden propina lisa y llanamente y recibir los disparos de multitud de elegantes tarjetas que nos felicitan en nombre del barbero, del acomodador, del camarero, del limpiabotas, del cartero y de cuanto bicho se sustenta con menudas ganancias. Es horrible, espeluznante, mortal, esto de ver reír a todo el mundo, de ver alegría en todos los semblantes, por la sencilla razón de que estamos en días de jol-



LibrosEnRed

gorio obligado y de alegría inevitable: porque hoy el divertirse es cosa de necesidad y el reir es de cajón. Sale uno a la calle y un torbellino de felicidades, mal o bien expresadas, le arrastra hacia la gran bacanal; la dicha ficticia sistemática de estos días concluye por amostazar al que no tiene humor de bromas y, finalmente, entrega al desdichado a un spleen horroroso, que no le abandona hasta el año venidero. ¡Maldita sea mil veces la fiesta de Navidad, que con sus crápulas y sus risas continuadas escarnece las melancolías de los que no nacieron, sin duda, para disfrutar tan inocentes placeres!

Así se expresa el misántropo, el hipocondriaco, ese individuo que se da el interesante nombre de "hastiado" y mira con desdén al vulgo de la felicidad y de la paz, encumbrado en el trono de sus melancolías; ese ser que es triste por naturaleza, por filosofía o por moda, y que hace de su tristeza un hábito y de su ceño adusto un arma.

Nosotros no encontramos en la fiesta de Navidad ese conjunto desagradable que el misántropo supone, ni nos molesta tanto la algarabía de pitos, tambores y cencerros, ni renegamos completamente de la turba propinada. ¿Quién podrá negarnos que es magnífico el espectáculo que presenta la plaza Mayor?

Llevemos allá a nuestros lectores.

Mas no intentemos hacer su descripción. Esto sería minucioso e importuno. Contentémonos con apuntar una coincidencia que se nos ocurre al contemplar el aspecto brillante, variado y alegre que hoy presenta esta plaza y recordar su historia.

La plaza Mayor, que hoy se encuentra adornada por bellísimos jardines, y tendrá bien pronto a sus costados dos elegantes fuentes, ha sido el sitio más pavoroso de la heroica Villa. Ese era el sitio destinado a las ejecuciones inquisitoriades; aquí se quemaba a los hombres, y en el balcón de la Casa de la Panadería presenciaba, en medio de su corte, la ceremonia el pobrecito de Carlos II; allí fue ajusticiado don Rodrigo Calderón el año de 1627; en el siglo actual ha sido teatro de revoluciones sangrientas y de luchas heroicas, tales como la del 7 de julio de 1822.

Hoy, salvo la intervención non sancta de algunos traviesos rateros, esta plaza presenta e] aspecto más risueño que pudiera imaginarse; si no fuera por el caballo, cuyos hinchados ijares oprime el Señor Don Felipe III, diríamos que era el sitio más bello de la Corte; pero basta con decir que es el más risueño, por la variedad de objetos que en él se encuentran hacinados, por la multitud de personas que la cruzan en todas direcciones, y por los diversos rumores de tenaces regateos, de ofertas de baraturas y carestías que le dan armonioso bullicio.



LibrosEnRed

Renunciemos a detenernos ante las colosales cestas de frutas, ante las flores, ante todo lo que ya conocen perfectamente nuestros lectores; sólo quisiéramos detenernos en los Nacimientos, porque nos agradan sobre manera, tal vez por reminiscencias de cuando fuimos angelitos, o tal vez porque el sacro misterio produce, aun toscamente expresado, inexplicable deleite en nuestro espíritu.

Notamos que la Sacra Familia es igual a la del año pasado; el arte, creador de aquellos grupos, no se ha atrevido a corregir lo perfecto ni a transformar lo inmutable; allí está el recién nacido tendido sobre las pajas, mirando con infantil candor a los pastores que vienen a verle; allí está la divina María orando, con la vista baja y el ademán modesto; allí está el mismo José de todos los años, enarbolando, como siempre, su vara de azucenas inmarcesibles y saludando con paternal sonrisa a los que le visitan, y no faltan tampoco la mula y el buey, que existen tras tantos años, rumiando siempre la santa paja que sirve de lecho al Hijo de Dios; allí está el mismo grupo feliz de siempre, petrificado a través de los siglos, vivo en la inacción del barro, del lienzo o del mármol, inmutable con la perenne estabilidad de la obra artística.

Así decía uno un tanto aficionado a hablar con alguno de las cosas santas, uno de esos que tienen placer en ocuparse en lenguaje irónico de las cosas más serias. Nosotros nos extasiamos ante los Nacimientos, porque amamos los recuerdos de nuestra juventud y reverenciamos los símbolos de nuestra religión. Entre los Nacimientos los hay de todas clases y para niños de todas condiciones. Entre el que atrae la multitud curiosa en el escaparate de Scropp y los de la plaza Mayor, hay una escala de pequeñas obras de arte destinadas a las explotaciones de todas las clases de bolsillos paternales.

Jesús recién nacido, María orando, San José satisfecho y los pastores confusos. He aquí el único espectáculo de esta noche. Los carteles de los teatros os anuncian otros; no los creáis; esta noche no hay más espectáculo que el del nacimiento de Jesús. Por eso renunciamos a entrar en los corrales públicos.

## Madrid desde la veleta

En tanto que las miradas no se apartan de las veletas que giran en los campanarios las interrupciones que había sufrido la vida orgánica y política de la Corte de España van desapareciendo, y pronto las funciones que caracterizan su existencia volverán a aparecer con los mismos determinados síntomas. Si las veletas, que son ahora el objeto que más atrae nuestra vista,



LibrosEnRed

pudieran contemplar desde su altura el aspecto de la población, y medir su imperturbable círculo el movimiento de la multitud, ¡con cuánto placer olvidarían su tarea de señalar el caprichoso correteo de Eolo para fijar en la tierra su aguja inflexible como un dedo acusador, para escudriñar con veleidosa atención las posiciones que el viento de tierra hace tomar a los individuos que andan por esas calles sometidos a su versátil influencia!

Es preciso confesar que el nido de la cigüeña es una magnífica tribuna, donde más de un orador pudiera anatematizar la corrupción de la Villa, y sería el más feliz de los mortales aquel que pudiera asirse a la campana, como el buen Quasimodo, y contemplar dando volteretas en el aire el inmenso panorama que se extiende bajo el horizonte que describe la veleta en su incesante movimiento. Imaginemos una excursión a vista de pájaro; y ya que no podemos, como el Diablo Cojuelo, levantar los tejados para registrar con nuestra mirada las interioridades de las habitaciones, ya encontraríamos asunto para divertirnos en la simple contemplación de las calles, y de los dramas, sainetes y comedias que desenvuelven su complicada acción en más de una esquina.

Qué magnífico sería abarcar en un solo momento toda la perspectiva de las calles de Madrid; ver el que entra, el que sale, el que ronda, el que aguarda, el que acecha; ver el camino de éste, el encuentro, la sorpresa del otro; seguir al simón que es bruscamente alquilado para dar cabida a una amable pareja; verle divagar como quien no va a ninguna parte; verle parar, depositando sus tórtolos allí donde un ojo celoso no se oculte entre el gentío; ver el carruaje del ministro, pedestal ambulante de dos escarapelas rojas, dirigirse a la oficina o a Palacio, procurando llegar antes que el coche del Nuncio; mirar hacia la Castellana y ver la vanidad arrastrada por elegantes cuadrúpedos, midiendo el reducido paseo, como si el premio de una regata se prometiera al que da más vueltas; sorprender las maquinaciones amorosas que en aquel laberinto de ruedas se fraguan durante el momentáneo encuentro de dos vehículos; ver al marido y a la mujer arrastrados en dirección contraria, rodando el uno hacia el naciente y la otra hacia el poniente, permitiéndose, si se encuentran, el cambio de un frío saludo; ver la gente pedestre en el paseo de la izquierda contemplando con envidia la suntuosidad del centro; seguir el paso incierto del tahúr que se encamina al garito; ver descender la noche sobre la Villa y proteger en su casta oscuridad la pesca nocturna que hacen en las calles más céntricas las estucadas ninfas de la calle de los Gitanos; oír la serenata que suena junto al balcón y contemplar la rendija de luz que indica la afición musical de la beldad que vela en aquella alcoba; esperar el día y ver la escuálida figura del jugador que, tiritando y soñoliento, entra en el café a confor-



LibrosEnRed

tarse con un trasnochado chocolate; ver los mercados abriendo al público sus pestíferos armarios; ver al sacristán moviendo el pesado cerrojo en la puerta santa, y contar las primeras mojigatas que suben las sucias escaleras del templo; ver de quién es el primer cuarto que recoge el ciego en su mano petrificada; ver salir de una puerta un ataúd gallegamente conducido, y saber dónde ha muerto un hombre; ver salir al comadrón, y saber dónde ha nacido un hombre; ver..., pero ¿adónde vamos a parar?

¡Cuántas cosas veríamos de una vez, si el natural aplomo y la gravedad de nuestra humanidad nos permitieran ensartarnos a manera de veleta en el campanario de Santa Cruz, que tiene fama de ser el más elevado de esta campanuda Villa del Oso! ¡Cuántas cómicas y lamentables escenas se desarrollarían bajo nosotros! ¡Qué magnífico punto de vista es una veleta para el que tome la perspectiva de la capital de España! Recomendamos a los novelistas que tan a sabor explotan la literatura moderna, el uso de este elevadísimo asiento desde donde podrían abarcar de un solo golpe lo que jamás pudieron ver ojos madrileños; donde sus plumas podrán tomar, oportunamente remojadas, la hiel que parece necesaria a sazonar el amargo condimento de la novela moderna. Suban a las torres, y allí colocados a horcajadas en el cuadrante, con un pie en el Ocaso y otro en el Oriente, podrán crear un género literario remontadísimo, que desde hoy nos atrevemos a bautizar con el nombre de literatura de veleta.

## Las siete plagas del año 65

Prometimos escribir una revista del año, sin considerar la dificultad de la tarea que echábamos sobre nuestros hombros; en el momento de emprenderla, vienen a nuestra imaginación los doce fecundos meses del año de gracia de 1865, y retrocedemos espantados ante la pasmosa abundancia de los acontecimientos de todas clases que han tenido lugar en nuestra patria; nos entra una cobardía grande al querer generalizar, dando a nuestros lectores una síntesis de cuanto aquí ha ocurrido, y vacilamos ante lo formidable de una empresa digna de mejores plumas.

Pues no es poca cosa que digamos. Política abundante, rica en cómicos detalles burocráticos, en ingeniosos episodios de presupuesto, adornada con todos los graciosos perfiles y galanos colores que puede darle la severidad olímpica de González Brabo y la despreocupación anacreóntica de Posada Herrera; iluminada por la luz que despiden figuras tan heroicas como la del vencedor de Arlabán y el héroe de Somosaguas, engalanada con sendas cruces y enormes encomiendas prodigadas con mano rota; ver-



LibrosEnRed

dadera política ministerial, que ha aparecido exuberante, múltiple, infinita en sus hombres, en sus proyectos de ley, en sus cábalas, en sus intrigas, en sus camarillas y en sus rencores.

Hemos tenido, además, oposiciones enérgicas y oposiciones neas, que calificaríamos de infecundas, si al fin del año esa buena gente no hubiera avanzado algunos pasos en su ataque, a pesar de todos los desagravios y de todas las palinodias imaginables.

Hemos tenido también literatura dramática; llueven las malas novelas y están de sobra los periódicos vergonzantes. La escena lírica nos ha presentado grandes novedades, y hemos sido visitados por artistas extranjeros de universal reputación. Las bellas artes han dado poco de sí, y la tipografía ha adelantado algo. De todo esto procuraremos hacer una reseña exacta, aunque breve.

Nuestra memoria es flaca, pero después de hacer esfuerzos de recordación, se nos presentan con bastante claridad algunos días notables que allá por los primeros meses de este año dieron mucho que hablar a todos los ocupados y desocupados de la Corte; recordamos el efecto terrorífico que produjo en los ánimos una cifra pavorosa, 6oo millones; y estos maravedises eran sin duda de condición siniestra y tenían algún objeto depravado, porque los madrileños los miraban del peor modo posible, fruncían el ceño, apretaban el puño y daban muestras y señales de descontento, hasta el punto de proferir duras amenazas y anatemas furibundos. También recordamos que un ministro de Hacienda fue sacrificado por estos millones y su sacrificio fue tan doloroso y tierno como el de Ifigenia o el de la hija de Jephté; pero la víctima se perdió en la oscuridad de las cesantías, y un hombre nuevo ocupó su plaza. Recordamos confusamente que este nuevo hombre conocía regularmente la lengua del Dante y que era bastante aficionado a los tercetos del Inferno parlamentario. Alguna reminiscencia de los condenados del gran poeta debió de iluminar la mente del Excelentísimo, porque en un rasgo de lirismo exclamó en toscano castizo: Non ragioniam di lor, ma guarda e passa. También recordamos que este endecasílabo tuvo tan buena fortuna que fue repetido por la Prensa y corrió de boca en boca hasta que ya gastado y tomado de orín por el uso excesivo, volvió al canto tercero de la Divina Comedia, donde reposa en santa paz, inmutable y eterno, esperando que otro orador, mejor o peor que el tal, le vuelva a sacar a la vergüenza pública para ser comento de diputados y comidilla de gacetilleros.

Recordamos también, no sin esfuerzo, que en la misma época del non ragionam, reinaba en Madrid una alarma espantosa. Formábanse corrillos de maledicientes, hablábase en todos los tonos imaginables del Ministerio que entonces se entronizaba en el Poder, y se temía entre otras cosas la presencia de un culto y bien educado individuo de la policía secreta, que a lo mejor



LibrosEnRed

de la discusión enseñara no sabemos qué bastón mágico y condujera bonitamente a los interlocutores a la prevención. Los cafés estaban plagados de esos individuos. Se recelaba de todo; más de una vez se sospechó que pertenecieran a esa ilustre congregación secreta muchos inocentes ciudadanos, que jamás habían cobrado un ochavo del Gobierno por servicios públicos ni clandestinos; bastaba que uno se presentara delante de personas que jamás le habían visto para ser mirado de reojo; todos callaban y señalaban con el dedo al supuesto espía. Esta fue la primera plaga del año.

También recordamos de que a cierta antigua e ilustre casa se le acusaba de que se le había desarrollado la extremidad de la espina dorsal, apareciendo con una al parecer cola que la rodeaba y que se movía oscilando como la del animal que pide de comer o amenaza atacarnos. El Banco era insultado, escarnecido en su protuberancia caudal; se le trataba como a un judío; se le hacía saltar de rabia, tirándole cruelmente de esa misma vergonzosa prolongación, y en todas partes no se hacia más que maldecir la cola, anatematizar la cola, condenar la cola. Era cosa de ver al pobre animal enredado en ella, embozado en su rabo, como cierto bicho de América; el desprecio general le importaba poco; llovían los improperios y él tan tranquilo, impávido como una esfinge del Nilo, inmóvil, sereno, olímpico.

Con esta deformidad del Banco de Madrid coincidió el descalabro del de Valladolid, y la conducta de éste fue imitada por otros particulares, tan cojos y perniquebrados que daba compasión. El papel-moneda andaba avergonzado y corrido; un billete de Banco era un libelo infamatorio; sacar un billete para pagar en un café o en una tienda era insultar al camarero o al vendedor. El hombre que aspiraba a cambiar un billete era un troglodita, un ser abominable, que en pago a su descaro se exponía a ser saludado con un pescozón o un puntapié. El oro y la plata andaban fugitivos y errantes; huían del bolsillo con la misma tenacidad con que el papel se afianzaba en ellos. Se llamaba a los billetes papeles mojados, con gran detrimento de las nobles firmas que los adornan; se les tomaba con desconfianza, o se les rechazaba como si fueran áspides mordedores o aceros envenenados.

Todas estas felicidades se aumentaban con la emisión ingeniosa de billetes falsos, que llevaron al Saladero a ciertos hábiles artífices de la calle de Atocha y produjeron gran consternación en la plaza. Colas, billetes imposibles de cambiar, billetes falsos, carestía, descuentos onerosos, casas en quiebra, pobreza. Esta ha sido la segunda plaga del año de gracia de 1865.

Pasaron meses; pasó enero con sus gatos, febrero con sus máscaras, marzo con su abstinencia de carne, y llegó, por fin, abril con sus flores. Los árboles del Prado reverdecían; los jardinillos de la plazuela de Oriente se cubrían de flores para solaz de los enamorados nocturnos; cesaron las lluvias per-



LibrosEnRed

tinaces; cesó el frío; cesaron todas las inclemencias que de la Naturaleza dependían y Madrid era un paraíso sin culebra; el paseo de la Castellana se llenaba de gente; la Patti cantaba en el Teatro Real; los músicos se volvían locos; devotos los asistentes a los espectáculos de Semana Santa. Todo era felicidad y bienaventuranza; hasta llegó el caso de no cuidarse nadie de los polizontes secretos, ni de los billetes de Banco. En Madrid se paseaba alegremente, se amaba a la intemperie; abríanse las flores; vestíanse de galas los Santos, organizábanse cofradías; divertíase cada cual según sus gustos, disfrutando todos del buen tiempo, de la estación florida; en una palabra: éramos felices, o creíamos serlo, que viene a ser lo mismo.

Mas de pronto una noche aciaga turbóse la tranquilidad pública de un modo lamentable. Los estudiantes, esos pícaros estudiantes, aficionados a dar serenatas a los maestros que les han enseñado, tuvieron la culpa de todo. No sabemos qué delito cometieron el rector y un catedrático de la Universidad para atraerse las iras del Gobierno. Es lo cierto que la calle de Santa Clara estaba atestada de gente ansiosa de oír la serenata, cuando la multitud se dispersó por la calle del Arenal e invadió la Puerta del Sol. Dos noches después se tocó la verdadera serenata, consistente en pitos y otros instrumentos discordantes; diseminóse la tropa por la población; la caballería salió de sus cuarteles; sonaron tiros; corrió todo el que pudo; abriéronse paso los de a caballo repartiendo cintarazos a diestra y siniestra; aquí caía un ciudadano; perniquebrábase aquí una vieja; más allá era atropellado un académico; gruñía el ciego en su rincón y juraba el tendero cerrando las puertas del edificio; caían a pedazos los cristales de una botica, y a otro lado caía de un balazo un muestrario de fotografías; desocupábanse los cafés y llenábase el Saladero; las mujeres buscaban a sus maridos, y los maridos corrían a través de mil peligros hacia sus hogares; disparaban piedras los chicos y balas los veteranos; caían algunos inocentes heridos y otros morían atravesados por una bala; fue una pequeña San Barthélemy, y una función de desagravios en honor de alguna cartera susceptible. Hubo asedios heroicos como el de la calle de los Negros, y víctimas cruelmente inmoladas como el joven Nava. Esta noche tuvo su santo como la de San Barthélemy; se llamó, usque in eternum, "Noche de San Daniel". La Universidad fue teatro de escenas tumultuosas, aunque no sangrientas, porque los estudiantes (siempre esos niños mal educados) dieron en obsequiar a su nuevo rector con otra serenata discordante; pero afortunadamente la bayoneta veterana no penetró allí. Guardia, cargas de caballería, balas perdidas, bayonetazos. ¡Qué horrorosa plaga! Madrid no la olvidará mientras exista.

Entró el verano con sus perros rabiosos. La hidrofobia se apoderó de la raza burocrática y de la raza canina. Vínose abajo, con gran estrépito, el



LibrosEnRed

castillo de naipes edificado por Narváez. González Brabo fue silbado en la Plaza de Toros.

Lloraron en tierra extraña su desventura los caídos, y alzaron la frente con orgullo los elegidos. La tierra cubrió los restos del antiguo ministerio y entró en Loja un filósofo desengañado.

González Brabo vio a un hombre barbudo y tembló como la hoja en el árbol.

Los teatros de invierno se cerraron; la Patti lanzó su último gorgorito y voló hacia otros climas; los Campos Elíseos se abrieron al público; comenzó la gente a rodar por la montaña rusa, y en el teatro de Rossini resonó la primera nota de El Profeta. Tamberlick hacía de Arnoldo y de Juan de Leyde a la perfección; a la caída de la tarde, un centenar de coches conducía alegres parejas a la mansión elísea; Leonard saltaba en el circo del Príncipe Alfonso y mister Batly introducía su blanda cabeza en las bocas de sus animales domésticos; los hermanos Foucart y el imposible Pietrópolis hacían prodigios gimnásticos todas las noches que el hábil maestro Arbau no hacía resonar su orquesta en el Hipódromo; el paseo de Recoletos era un jardín de delicias, un edén de flores de todas clases, lo mismo que el salón de conciertos de los Campos, que ofrecía un aspecto mágico y oriental; un ballenato desventurado se ostentaba en el desierto barracón; un elefante luchaba con un bicho en la Plaza de Toros.

Los espectáculos abundaban en todo Madrid y se vacilaba en preferir los espectáculos gratis, que eran los más divertidos; todos los que no habían abandonado la capital se entregaban a las delicias del calor con un sibaritismo verdaderamente tropical. ¡Qué días! ¡Qué felicidad! ¡Cuántas delicias! ¡Oír buena música! ¡Ver buenas caras y buenos fuegos artificiales! ¿Qué hay comparable a esto? Es preciso confesar que Madrid era, entonces, un edén de felicidades.

Mas de pronto (tristeza causa el recordarlo) principian a correr rumores siniestros: se dice que hay cólera en Valencia, que es probable que venga a Madrid; después se asegura que en el barrio de Lavapiés ha habido un caso, que ha habido dos, tres, etc. Ya principiaba el otoño, y el cólera hacía lentos estragos en Madrid; aumentaba paulatinamente, se acercaba al centro; ya la cosa iba un poco seria; en fin, se desarrolla el cólera; comienza el pánico; sale a escape la gente; quédase triste y desamparada la población, y por todas partes se oían pésames, lamentos y quejas; las cajas de muertos se aparecían en donde quiera, tan abundantes como las camillas. Estábamos en plena epidemia.

La caridad se manifestó dignamente y el socorro de los sanos contribuía a mitigar el dolor de los atacados. Era esto en tiempo en que, casi, casi,



LibrosEnRed

estaba Italia a punto de ser reconocida, y Ulloa y Tagliacarne a punto de ser cambiados respetuosamente.

Al fin, Dios se compadeció de nosotros y nos quitó el mal, que, según las sibilas neas, se nos había propinado donosamente por nuestras culpas; fueron enterrados los muertos; abriéronse de nuevo los teatros; volvió la calma a los corazones, y la gente fugitiva tornó a sus hogares. Epidemias, defunciones, lutos, emigraciones, paralización del comercio, miseria. Plaga no menos funesta que las anteriores. Esta es la cuarta, si no nos equivocamos en la cuenta.

También se nos ocurre recordar algo del movimiento literario de nuestra patria en el año que hoy concluye. No sabemos de ninguna obra notable, ni en nuestros teatros se ha representado comedia alguna digna de llamar la atención. Aquí no se escriben libros de filosofía, ni de ciencias, ni de crítica; esto es cosa muy ardua. En cambio, se publican sendas novelas que honrarían a Walter Scott y a Manzoni, y a cada momento nos vemos asediados por prospectos ingeniosos, tan bien escritos como las novelas que pregonan y sazonados con toda la sal de las baraturas editoriales, para que sea más fácil el negocio, que es el quid divinum alumbrador de semejantes producciones. ¡Cuánta novela, gran Dios, cuánta novela! No hay esquina donde no se anuncie en letras gordas una, recientemente salida del cacumen de un escritor y dada a la estampa por las prensas del más artificioso de los editores. Las primeras entregas se deslizan por debajo de las puertas y vienen a sorprendernos en nuestras casas, ofreciéndonos, al par que su desabrido contenido, un trocito de literatura suplicativa en que nos pide nuestra suscripción un amable repartidor.

Lo que nos sorprende es que haya quien lea estas novelas, y que son leídas y muy leídas se deduce de que se hacen muchas ediciones de ellas, y se agotan, y no queda un ejemplar en las librerías. Este es un fenómeno que no hemos podido explicarnos todavía.

En el teatro ha pasado una cosa idéntica. El año cómico (ciertamente el que acaba de pasar es el año más cómico que hemos visto) ha sido infecundo; no ha dado a la literatura patria ni una comedia, ni un drama digno depasar a la posteridad. Los hermanos Catalina dirigían con acierto el Príncipe, en la segunda mitad de la temporada anterior, y en unión de Matilde y de Mariano Fernández, proporcionaban al público horas de agradable solaz; recordamos, sin embargo, que las piezas en que más se distinguían eran en las del repertorio antiguo y en algunas felices traducciones de don Ventura de la Vega y de Coll; Mari Hernández la Gallega, La Farsa y Batalla de Damas, eran las obras favoritas de aquel teatro; en clase de obras originales nos dio algunas, entre las cuales descuellan Mañana, de Coupigny, y



LibrosEnRed

el Toisón roto, de Hurtado. Variedades no salió del repertorio de Romea; Sullivan, Bruno el tejedor, El hombre de mundo, La mujer de un artista, El qué dirán y El qué se me da a mí salieron de nuevo a la escena, donde el talento de Romea apareció otra vez dominando tan difíciles papeles de un modo maravilloso.

Más tarde, vino la Civili al coliseo de la calle de la Magdalena, y nos dio, al comenzar la temporada, La Dama de las Camelias, María Giovanna y Adriana Lecouvreur. La gran artista se hizo aplaudir con furor en estas tres piezas; el público, acostumbrado a la dicción italiana, comprendió perfectamente las peripecias de los dramas y penetraba todas las delicadezas del diálogo; los triunfos se sucedían y el teatro estaba lleno todas las noches.

Mas de pronto comenzó la señorita Civili a familiarizarse con nuestra lengua, y después de leer en público una oda al Dos de Mayo, contrató una pequeña troupe de actores españoles, y nos dio un ridículo sainete titulado La casa de campo, en que se nos aparecía rival de la Zapatero la misma heroína de la tragedia italiana y de los dramas franceses; la misma que había sido Francesca de Rímini y Margarita Gautier. La atriz fue aplaudida con entusiasmo, y animada con el triunfo, emprendió trabajos más difíciles. Hoy ya es una artista española y nos da en Variedades La hija del Almogávar.

Confesamos que nos parece que vale mucho más la señorita Civili representando en italiano que en español. No es tan fácil cambiar bruscamente de escuela y perder completamente el estilo y la expresión que se ha aprendido desde la niñez.

Inaugurada la presente temporada en los días en que el cólera comenzaba a hacer estragos, nos ofreció el Príncipe El Alcalde de Zalamea, admirable obra de Calderón, que interpretaron con gran inteligencia los primeros actores de España.

Nuestros lectores conocen perfectamente la compañía que actuaba en este teatro, y nos abstenemos, por tanto, de hablar de ella. Las obras nuevas valen muy poco, a pesar de que algunas hayan sido apadrinadas por la gacetilla, y nos atrevemos a asegurar que el año cómico que acaba de pasar es de lo más desastroso que hemos visto; el año literario, en general, ha sido deplorable. Malas novelas, malos dramas, malas comedias, escritores envanecidos, críticos bonachones, entregas suplicatorias, periódicos satíricos vergonzantes. He aquí la quinta plaga del año.

La escena lírica anda también de mal talante; el Teatro Real se encuentra en un estado lastimoso; hay allí tiples insoportables, tenores invisibles y bajos muy encopetados, lo cual no impide que una magnífica orquesta con excelente cuerpo de coros les acompañe.



LibrosEnRed

Pero no nos anticipemos; recordemos que al final de la temporada anterior, en los tiempos de monsieur Bagier, cantaba la Patti La Sonámbula, El Barbero y Lucía, con éxito extraordinario; recordamos la Lucrecia de la Penco, la Grossi y Selva, y el Fausto de Mario y Selva; por último, se nos dio a conocer El Profeta, una de las mejores obras de Meyerbeer.

Mas los Campos Elíseos recogieron la herencia del teatro de Oriente y El Profeta continuó en los Campos seguido de Guglielmo Tell, Macbeth, Romeo y Julieta, Martha, Poliuto y la inolvidable Muta di Portici.

En el día conocemos L'Africana, pero no tenemos artistas como aquéllos; poco nos importa que la Rey Balla cante bien y Bonnehée arranque aplausos en La Favorita. Eso no basta; El Saltimbanco y Hernani no se olvidarán tan pronto, y, las más de las noches, asistimos con miedo al teatro, creyendo escuchar una grita espantosa.

Allí chillan las primas donnas, vociferan los tenores y gruñen los bajos. ¿Qué hacer en tan triste situación? Ya no le queda a uno ni el recurso de distraer sus melancolías en el paraíso del Teatro Real. ¿En qué país vivimos? Silbas, malos artistas, apretones, billetes caros, espectáculos escandalosos: sexta plaga.

Es cosa de cajón que en tratándose de plagas han de ser siete. ¿Cuál es la séptima? No puede ser otra que la que se extiende por toda la nación emanada de santos focos de piedad política; no puede ser otra que la que oculta y solapada se desliza por esta sociedad, contaminando en silencio cuanto toca. ¡Epidemia fatal y nunca extinguida! Se la conjura por todos los medios conocidos y desaparece, por un momento, para volver después, más temible monstruo, fuerte e invulnerable. Se le hiere, se le mutila, y el miembro arrancado renace con más fuerza.

Tribu alborotadora y mojigata, se multiplica, ramificándose hasta los más lejanos extremos de la Península española. Husmea en el fogón de la diplomacia y escarba en el lodazal político; confecciona sus armas mortíferas con la al parecer inocente cera que desprenden las velas del altar; está en todas partes como Satanás, y en todas partes deja sentir su influencia sofocante y mortífera como la de los miasmas deletéreos; es plaga perenne, inmutable, de todos los días, de todos los meses, de todos los años; plaga perdurable, arraigada en nuestro suelo con tenacidad incontrastable, y que no será exterminada si los fumigadores modernos no inventan alguna máquina de combustión formidable, algún nuevo sistema de calefacción inquisitorial que sea en grande escala lo mismo que las que en las casas se usan para la extinción de ciertos insectos nocturnos. ¡Los neos! Esta es la séptima plaga.

Dentro de doce meses os daremos cuenta de las siete del año venidero, de las cuales algunas principian ya a hacer lentos estragos.



LibrosEnRed

# II. El mismo Madrid de la juventud, recordado cincuenta años después (1915)

Con el título de Guía Espiritual de España inauguró la Sección de Literatura del Ateneo, presidida por el ilustre poeta y cultísimo escritor don Francisco A. de Icaza, una serie de conferencias consagradas a la descripción de ciudades españolas. La primera de estas conferencias, MADRID, escrita por don Benito Pérez Galdós, fue magistralmente leída por don Serafín Álvarez Quintero, en el salón de actos del Ateneo, el día 28 de marzo de 1915.

## Madrid

¡Oh Madrid! ¡Oh Corte! ¡Oh confusión y regocijo de las Españas!...

La conferencia que me encargasteis, señorea y amigos, llega a vuestros oídos con retraso de seis u ocho lustros, porque el triste conferenciante que habéis elegido para esta solemnidad, no puede hablaros de lo que ve, sino de lo que vio, y en él se da el caso singular de que la voluntad y la inteligencia, ambas rendidas al cansancio, se inhiben totalmente, traspasando sus funciones a la memoria, tanto más lozana cuanto más vieja, y siempre atisbadora y charlatana.

Si vosotros oís mi disertación en este suntuoso recinto, erigido para mayor esplendor de la corporación insigne, yo me tomo la licencia de hablaros desde el Ateneo viejo, que es mi Ateneo, mi cuna literaria, el ambiente fecundo donde germinaron y crecieron modestamente las pobres flores que sembró en mi alma la ambición juvenil.

Aquel caserón vetusto, situado en un calle mercantil, empinada, de ruin aspecto y tránsito penoso, permanece tan claro en mi mente como en los días venturosos en que fue altar de mis ensueños, descanso de mis tardes, alegría de mis noches, y embeleso de todas mis horas.

El largo y ancho pasillo; la modesta biblioteca; el salón llamado Senado; las salas de lectura, irregulares y destartaladas; la cátedra dificultosa y entorpecida por pies derechos de madera forrados de papel; la Cacharrería y demás gabinetes interiores de tertulia, no se pueden olvidar por el que vivió largos



LibrosEnRed

años en aquel recinto, aparejado con derribo de tabiques y adherencia de feísimos pegotes, sin más luces que las de la calle y patios lóbregos.

Si en la memoria vive el local, ¿qué decir de los hombres que en un período de veinte o más años allí moraron espiritualmente, allí disertaron, desde allí dieron luz, fuerza y calor a la sociedad española, encaminándola al estado de cultura en que hoy se encuentra?

Todos los grandes cerebros españoles del siglo XIX han pasado por aquella madriguera. De oradores, no digamos; recuerdo haber visto a don Antonio Alcalá Galiano arrimado a las revistas extranjeras en el salón de lecturas; en días posteriores vi a Ríos Rosas, a Olózaga, a Cánovas...

La mágica elocuencia de Castelar troneaba en la cátedra; Moreno Nieto, Echegaray, Moret, Camús, Giner de los Ríos, Figuerola —que ocupó la Presidencia durante el período revolucionario— vuestro esclarecido presidente actual, don Rafael María de Labra, hacían del Ateneo una Universidad libre, norma, y guía de la edad presente.

No quiero hablar de los asiduos lectores, porque no acabaría; citaré tan sólo a don Justo Pelayo Cuesta, agarrado al Times todas las noches; al general de artillería don Pedro Lallave, al geólogo Villanova, a Huelín, a Tubino, a don Calixto Bernal; a los pintores Häes, Rosales, Casado del Alisal y Dióscoro Puebla; ni citaré tampoco a los que allí brillaban como tertuliantes de pasmosa erudición y gracia exquisita, como el padre Sánchez, el anciano señor Gallardo, don Félix Márquez, Fernando Fulgosio, Menéndez Rayón, el profesor señor Llorente, que daban al Ateneo un tono de amenidad familiar y discreta, que creo no haya tenido semejante en ningún otro centro científico. Y no cito a nadie más; mi memoria es muy fecunda, pero no quiero cansar a mis oyentes; sólo diré que en aquel antro, que así debo llamarlo, nació la Buena Nueva, y allí tuvo su laboriosa gestación, hasta dar al mundo hispano el fruto bendito de la democracia, del laicismo, de la tolerancia mínima, anuncio cierto de mayores conquistas para tiempos próximos. De allí salió también la energía que pudo erigir el palacio espléndido en que ahora moráis, señores ateneístas. No existiría la magnificencia de este Ateneo, decorado con todas las galas y primores del arte suntuario, si no hubiera existido antes aquel tugurio, en cuya oscuridad y pobreza laboraron con sublime apostolado los varones preclaros que os trajeron la Buena Nueva. Vosotros me oís en la grandiosa basílica del saber moderno. Yo os hablo desde las catacumbas, que es el viejo Ateneo, las sacrosantas catacumbas.

Como es mi propósito encerrar, dentro de la brevedad de esta conferencia, una total pintura del Madrid mío, inmediato precursor del vuestro,



LibrosEnRed

he comenzado por una somera y rápida conmemoración del Ateneo del pasado, y espero decir mis últimas palabras en el Ateneo del porvenir.

Huésped constante del parador literario de la calle de la Montera, mi insignificante persona carecía de representación en la docta Casa; algunas amistades hice allí; a las grandes figuras de aquel tiempo yo no me atrevía ni a dirigirles la palabra.

Difícilmente podría yo contar las innumerables personas que ya no veré más en este mundo. El último de los fenecidos es el patriarca de la Pedagogía San Francisco Giner... A los pocos que aún quedan por acá les profeso un afecto entrañable.

Mis horas matutinas las pasaba en la Universidad, a las que íbamos los estudiantes de aquella época con capa en invierno y chistera en todo tiempo. Asistía yo con intercadencia a las cátedras de la Facultad de Derecho, y con perseverancia a las de Filosofía y Letras, en las cuales brillaban por su gallarda elocuencia y profundo saber profesores como don Fernando de Castro, don Francisco de Paula Canalejas, el divino Castelar, el austero Bardón y el amenísimo y encantador Camús. Pero sin faltar absolutamente a mis deberes escolares, hacía yo frecuentes novillos, movido de un recóndito afán, que llamaré higiene o meteorización del espíritu. Ello es que no podía resistir la tentación de lanzarme a las calles en busca de una cátedra y enseñanza más amplias que las universitarias; las aulas de la vida urbana, el estudio y reconocimiento visual de las calles, callejuelas, angosturas, costanillas, plazuelas y rincones de esta urbe madrileña, que a mi parecer contenían copiosa materia filosófica, jurídica, canónica, económico-política y, sobre todo, literaria. Como para preparar el entendimiento a estas tareas con un regocijo musical, empezaba mis andanzas callejeras asistiendo con gravedad ceremoniosa al relevo de la guardia de Palacio, donde se me iba el tiempo embelesado con el militar estruendo de las charangas, tambores y clarines, el rodar de la artillería, el desfile de las tropas a pie y a caballo, y el gentío no exclusivamente popular que presenciaba tan bello espectáculo, entre cuyo bullicio descollaban las graves campanadas del reloj de Palacio. En algunos momentos se me antojaba que veía pasar una ráfaga confusa y vibrante de la historia de España.

Dejando atrás el bello espectáculo del relevo de la guardia, me gustaba correr hacia el Sacramento y penetrar en el interior de la iglesia. Me entretenía viendo altares, las rejas del coro y algunas cosas grotescas que nos ha legado el prosaico siglo XVIII; en cada una de las cuatro pechinas de los arcos que sostiene la cúpula hay un santo monumental, pintado al fresco.



LibrosEnRed

Son San Bernardo, San Benito y dos santas, respectivamente, de los dos fundadores. Debajo de cada figura hay una cuarteta, en caracteres enormes que fácilmente se leen desde la cancela.

La que esta debajo de San Bernardo dice así:

Lácteos virgíneos candores

gustó Bernardo. ¡Oh portento!

Ya no es extraño lo dulce

pues tan melifluo fue el premio.

Ésta y las demás endechas deben de ser obra de alguna monjita bernarda, que se dedicó a versificar con candor angelical en la decadencia de la Mística y de la Poesía.

Del Sacramento solía precipitarme por la angosta calle donde vivió el maestro López de Hoyos, que enseñó Humanidades a Miguel de Cervantes. Llego a la calle de Segovia, que compite en ancianidad venerable con la Cuesta de la Vega. Sin fijar fecha, yo he visto armar sobre la sobajada calle la pasadera, de hierro que ha sido el trampolín de los suicidas.

Subo hasta Puerta Cerrada, y por la calle del Nuncio doy un vistazo a la parroquia de San Pedro y al Madrid de San Isidro. La calle del Almendro tuvo siempre para mí un encanto y un misterio indefinibles: la he conocido sin salida por la calle de Toledo. Ya estamos en San Andrés. ¡Oh venerable antigüedad! La Capilla del Obispo, con sus hermosos tapices; el palacio de los Lasso de Castilla, vivienda de Isabel la Católica, donde estuvo el balcón en que Cisneros dio a los grandes la respuesta famosa, mirando a la artillería, situada allí y sin pedir perdón por el modo de señalar.

Entro en el laberíntico barrio de Alamillos, subo por la Redondilla, dejo a un lado la calle de los Mancebos, paso a la de Don Pedro, y por la Puerta de Moros llego a la bullanguera, a la tumultuosa y vertiginosa plaza de la Cebada, que en su extremo oriental parte por gala en dos la calle de Toledo, arteria pletórica de vida, de sangre, de gracia, de alegría y, ¿por qué no decirlo?, de belleza, pues pienso yo que no hay calle en el mundo más bonita ni más pintoresca que esta de Toledo; calle sin igual por la gracia de los colorines que tremolan en ella de punta a punta, por los tenderetes donde se vende de cuanto Dios crió, por la algarabía de los pregones y la cháchara del gentío parlero. Además, es calle histórica: por ella pasaron hacia el suplicio el mártir Riego, el caballeroso y arrogante general León, el polizonte Chico, ajusticiado por el pueblo en la Fuentecilla. En ella hirvió la cólera popular en el terrible día de la degollina de los frailes, Por ella entraron con grandiosa pompa cortesana las princesas que vinie-



LibrosEnRed

ron a casarse con nuestros reyes. Por ella corrió mil veces la oleada de los motines, y el empedrado se estremeció mil veces con las cargas que dieron a la Policía las cigarreras desmandadas, las verduleras furibundas; cargas no diremos con arma blanca, sino con las uñas y las lenguas, que ponían en grave conflicto a los agentes de la autoridad. Toda la calle es roja, no precisamente por el matadero ni por la sangre revolucionaria, sino por la pintura exterior de las ochenta y ocho tabernas (las he contado) que existen desde la plaza de la Cebada hasta la Puerta de Toledo.

Es, además, esta hermosa vía el centro comercial más importante del Madrid antiguo y moderno. Se ha dicho, y vosotros lo habréis oído mil veces, que en Madrid no hay dinero más que en la calle de Toledo y sus aledaños; el dinero que existe en los demás barrios de esta presumida capital se reduce a un solo billete de mil pesetas, que pasa rápidamente de mano en mano y cambia de dueño en cada minuto. En la calle de Toledo y las inmediatas, las dos Cavas, Colegiata, Concepción Jerónima y otras, descargan diariamente miles de carros y rinden sus cuentas miles de trajineros, de ordinarios, que de toda España traen sinfín de provisiones en cestones, sacos y pellejos con que abastecen a la Villa del Oso y del Madroño. Entiendo que el oso es el Madrid que vive desde la plaza Mayor para arriba, y el madroño lo que llamamos barrios bajos. En éstos, el que os habla, fugitivo de la Universidad, ha hecho un año y otro, con buenas notas, cursos de Literatura práctica y aun de Psicología experimental, entablando íntimo trato con personas o figuras imaginarias, ora en la calle del Almendro, ora en la Cava de San Miguel, ya en el café del Gallo y la inmediata Escalerilla, ya en las calles del Amparo, en la Cava Baja, del Mediodía Grande, Humilladero, Irlandeses, Calatravas y otras muchas.

Los cursos de Derecho mercantil comparado los he hecho en la plaza de la Cebada, café de Naranjeros y los gané pisando tronchos de berza y cáscaras de fruta. Descansaba yo de este trabajo contemplando la gótica portada de La Latina, lindísimo monumento, que andando los años me ha sido destruido por aleve mano municipal, y no sé dónde han ido a parar aquellas piedras venerables.

Mis pasos automáticos de estudiante, tan aplicado como inquieto, me llevan al Rastro. ¡Oh, el Rastro! Academia de los libres estudios, que comprenden el conocimiento del despojo social, del último giro de la vida evolucionando hacia la muerte; bazar con toques y vislumbres de basurero empujado por las escobas y recogido por manos míseras y allegadoras, que seleccionan, limpian, ordenan y clasifican los abandonados desechos para imprimirles nueva utilidad y vida nueva. ¡Oh, qué estudio tan provechoso, y cuánto goza el espíritu descubriendo en el examen y el ir y venir de tales trebejos el prin-



LibrosEnRed

cipio de que, si nada muere en la Naturaleza, nada muere tampoco en la industria! Cuando veáis que algo acaba decid que algo comienza.

Mis estudios del Rastro no hubieran sido completos sin añadir a la teoría la práctica. No una vez, sino muchas, visité, revolví y escudriñé el gran establecimiento de trapería que ocupa uno de los más amplios locales de la Ribera de Curtidores. Es sencillamente grandioso. Causa admiración y maravilla ver los enormes cargamentos de trapos que centenares de mujeres escogen y reparten en las cuatro categorías de lana, algodón, hilo y seda para ser reexpedidos a donde otras manos labren con ellos nuevas industrias. Vierais en otra zona del Rastro, o las Américas, enormes carros de cuernos que pasarán a ser botones, peines y diferentes objetos de celuloide. Además de estas industrias, cuya materia prima sale del Rastro, hay otras que allí mismo se desarrollan. En no sé qué república de las Américas vi grandes almacenes de puertas y ventanas procedentes de derribos, que se utilizaban luego en nuevas construcciones. De esta república pasé a otra en que me vi sorprendido por un escuadrón de caballería, apestando a pintura reciente: era una fábrica de caballos de cartón, deleite de los chiquillos; también vi muchedumbre de "peponas" en cueros, muy encarnadas y rollizas. No quiero llevaros conmigo a los talleres de curtidos, desagradables y malolientes, como toda industria que se elabora con los despojos del matadero; pero sí me acompañaréis a la más peregrina industria que existe en aquellos lugares: la fábrica de cuerdas de guitarra y violín. Estas se hacen, como sabéis, con tripas de cabra y es de ver al jayán que corta las tripas en delgados hilos y luego los estira y los tuerce. Contemplando aquellos trabajos una y otra vez, me lancé a un estudio extravagante que arrancaba de la brutalidad del matarife y concluía en el taller de Stradivarius. ¡Extraña concomitancia de las tripas de un rumiante y el pentagrama donde Beethoven escribió el delicioso andante con variaciones de la Sonata de Kreutzer!

También en aquella demarcación madrileña del Rastro, Inclusa y Embajadores, entretuve mis ocios cultivando trato con personas residentes en calles donde moraba el encanto y el misterio de seres imaginarios. Citaré las calles de Rodas, Pasión, Abades, Juanelo, Carnero y otras muchas más que mis amigos conocen.

Ronda de Embajadores, Lavapiés, las Peñuelas. Continuando por aquí mis estudios, celebro una conferencia histórica con el famoso Cojo de las Peñuelas, figura imponente de la Milicia Nacional en los tiempos revolucionarios, y disertamos sobre uno de los temas más oscuros de la historia contemporánea: la muerte alevosa que dieron al general Prim en la calle del Turco media docena de hombres atacados de exaltación patriotera. De este mismo asunto terrorista platiqué días antes con Balbona, que antaño



LibrosEnRed

despachaba en la calle de Toledo los mejores vinos de Méntrida y de Valdepeñas, y años adelante me ilustró sobre lo mismo, con notas muy eruditas, un mi amigo que en nuestros días ha tenido un acreditado despacho de carnes en la calle de la Ruda.

Pero cierro bruscamente la espita de estos recuerdos lúgubres, y conduzco a mi memoria por derroteros más encaminados al placentero fin de esta conferencia. Déjenme huronear en la vida familiar de la gente del bronce de estos barrios, que he conocido muy de cerca. En mis tiempos de estudiante aplicado, y ansioso de conocimientos demográficos, me hice amigo del administrador de casas de corredor de estos arrabales con objeto de acompañarle los domingos cuando iba a la cobranza de los míseros alquileres que se exigen a los inquilinos por el reducido espacio de sus viviendas. ¡Oh, qué escenas vi! ¡Qué protestas escuché! ¡Qué repulsas airadas, cuánto dolor silencioso, cuántos gemidos iracundos y qué lastimado quedó mi corazón ante aquel hierro candente que la rigurosa propiedad aplicaba en las carnes desnudas de las clases menesterosas! Hubiera yo querido ser el "buen casero" de la Petra y la Juana, para redimir a todos aquellos infelices del duro tributo del pago de alquileres.

Una tarde, al salir cansado y muy soñoliento de una de aquellas casas en que sometí a tan duras pruebas mis humanitarios sentimientos, encontré junto a la puerta de la calle a un señor que charlaba jovialmente con una vendedora de gallinejas. El lenguaje de ambos me cautivó: era en la boca del caballero una prosa urbana, graciosa, con ligeras inflexiones picantes, y en la boca de la tía Chiripa un enjuagatorio y escupitajo de sílabas esquinadas mezcladas con guindillas. Agregáronse a la vendedora algunas vejanconas de aspecto famélico y chiquillos desvergonzados; y el caballero, cogiéndome del brazo, me llevó consigo, diciéndome:

—Ven conmigo, petimetre; acompáñame un rato; voy a visitar a una tal doña María Estropajo, criada de servir que se ha casado con su amo. Si te guata estudiar a esta gente, en esa familia encontrarás tipos muy donosos, créeme. Ayer estaba yo en su casa, cuando entraron los padres de doña María, que son completamente cerriles. El padre se llegó a su yerno, y, abrazándole, le dijo: "Ven acá, so burro, hijo mío."

Soltó el caballero la risa apretándome la mano; la suya era fría como mármol... Sentí estremecimiento en todos mis huesos, y, como suele decirse en los cuentos de ensoñación, desperté, encontrándome sentado en un banco de la plaza de Lavapiés.

No era la primera vez que, trotando por aquellos arrabales, había yo tenido la visión del prodigioso sainetero madrileño don Ramón de la Cruz, que ha



LibrosEnRed

perpetuado la vida de los tiempos majos en sus obras inmortales. Era mi pesadilla: yo le consideraba, no como pintor, sino como creador de la pintoresca humanidad que puebla la zona baja de Madrid, y cuando mis estudios me llevaban a intimar espiritualmente con entes imaginarios de aquel vecindario, evocaba el castizo ingenio de don Ramón para que me asistiese y amparase, prestándome algunos adarmes de su peregrina realidad y de su saladísimo desenfado.

Desde las Vistillas al Hospital, desde las Injurias a las Peñuelas, a los Pozos de la Nieve y desde San Cayetano a San Sebastián, lo que me daba más quebraderos de cabeza era el dominio del lenguaje malo, chulesco o como se le quiera llamar. La característica del léxico popular de Madrid ha sido la invención continua de voces y modismos. He observado que en la época chulesca la inventiva es más fecunda y el léxico más rico que en el período de la majeza; dijérase que la primera época es castiza y tiende a la conservación de las formas verbales; la segunda, decadentista, con tendencia al desenfreno del individualismo aplicado al lenguaje. Las modas de hablar cunden prodigiosamente, y luego viene una tercera época, cuya característica es la mutilación de las palabras más usuales; el estilo telegráfico, la economía de saliva. La época intermedia es, a mi juicio, la mejor, la más galana y expresiva.

Ante la parroquia de San Sebastián contemplo un rato la imagen de mi amigo el santo mártir acribillado de saetas, que desde su hornacina parece invitar a sus fieles madrileños a entrar en la iglesia. Obedezco, que es muy de mi gusto escudriñar los templos madrileños, y me voy derecho a echar un vistazo a Nuestra Señora de la Novena, objeto de ral peculiar veneración, como Patrona que es del Teatro y especial guardiana de los que viven de la Farándula. Preciosa estaba la Virgen, ornado su altar de ramos de flores (con que la ofrendan las cómicas, en agradecimiento de los aplausos que han recibido); a su lado estaban los simpáticos actores de San Ginés y San Juan Bueno, que subieron al cielo después de pisar los escenarios, saboreando el aplauso y soportando las veleidades del público y el escalpelo de los críticos...

Por el patio, que fue cementerio y hoy es un mercado de flores, salgo a la calle de las Huertas y me encamino al barrio que llaman de Comediantes por la proximidad del Corral de la Pacheca; paso por lo que fue residencia del Consejo de la Mesta y me detengo delante de la casa del Nuevo Rezado, que ha venido a ser Academia de la Historia; tuerzo a la izquierda para visitar las dos calles que llevan los nombres más excelsos de nuestra literatura, que antaño se llamaban de Francos la una y de Cantarranas la otra; en la primera vivieron Lope de Vega y Cervantes, el primero en casa propia, que



LibrosEnRed

todavía existe, morada risueña y coquetona de un prócer de las letras; el segundo, en casa de alquiler, que desconocemos, porque fue derribada en tiempo de Fernando VII, dejando su sitio al vulgarísimo edificio de cuatro pisos que hoy lleva el número 2, y sobre, su puerta una lápida con el busto de Cervantes y una inscripción, que es, en realidad, como epitafio de un sepulcro vacío.

Si contrastan las dos viviendas, la una real y permanente, la otra figurada y sobrepuesta, no es menor el contraste entre la vida de uno y otro ingenio, Lope gozó hasta su muerte de galardón público, que mereció su numen fecundísimo, su invención inagotable, la galanura de sus versos; conoció y saboreó la gloria hasta saciarse de ella, y pudo vislumbrar los reflejos de su fama en la posteridad; vivió aplaudido y celebrado por sus coetáneos, festejado del vulgo, bienquisto de la nobleza; disfrutó plenamente de cuantos placeres ofrece la existencia humana al que sabe buscarlos; ortodoxo, correctísimo y dogmático intachable, fue un amoral decidido en la incierta religión de las costumbres de aquel tiempo; se divirtió, gozó y triunfó cuanto quiso, con indecible donaire y sutileza, pues nadie le igualó en urbanidad, en gracia y elegancia.

Cervantes, por el contrario, poco tuvo que agradecer al Destino y menos a sus contemporáneos. Mutilado en Lepanto, cautivo en Argel, desdichado en Sevilla, en la Mancha, en Madrid, en Valladolid, y aun en Esquivias, fue siempre pobre, y su jerarquía social no fue más allá de la que goza un triste ejecutor del Fisco. Desestimado de los poetas, no le valió su soberanía incontestable de la prosa para alcanzar el aura popular. No pudo embriagarse de gloria; sí lo hizo de amargores y desengaños, y aunque éstos engendraron en su espíritu la suprema creación del Quijote, no llegó a gustar la vanagloria de esta paternidad sino a medias, como barrunto de la excelsitud que la posteridad había de dar a su nombre.

Con más fervor que en la calle de Francos evocamos la sombra de Cervantes en la próxima calle de Cantarranas, ante el convento de las Trinitarias, donde el príncipe de nuestras letras tuvo su sepultura, por demás ancha y perpetua, como que es la fosa común. La humanitaria fundación de San Pedro Nolasco, que sacó a Cervantes del cautiverio de Argel, acogió los pobres huesos del que fue cautivo y mártir de su asenderada existencia, y si no le dio enterramiento aislado, con el debido epitafio, fue porque tales honores no se concedían entonces sino a personas de altísimo linaje y fuero social o político. El Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, que murió en olor de gloria póstuma, yace en la fosa común de San Sebastián; y si Calderón de la Barca gozó el privilegio de dormir el sueño eterno en cama propia fue debido a su calidad de "presbítero, natural de Madrid".



LibrosEnRed

Volviendo a las Trinitarias, me atrevo a sostener que no hay en Madrid un convento más simpático que este de la calle de Cantarranas. La verja, de torneados barrotes de madera, da ingreso a la iglesia que rara vez encontraréis abierta. Preferid para visitarla el 23 de abril, día de la solemnidad religiosa que allí celebran las monjitas académicas. No habéis visto un recinto más apacible ni de más dulce y poética ensoñación. En el centro de la iglesia se eleva un túmulo muy elegante, donde campea un ejemplar lujosamente encuadernado del inmortal Quijote. La misa no se parece a ninguna otra misa; danle gravedad los curas en el altar; tras la verja del coro préstame dulce poesía los cánticos de las invisibles religiosas. El público es escaso; sólo van los académicos y las personas por ellos invitadas. Terminado el acto pasamos al locutorio, donde toda la comunidad, presidida por la priora, recibe a los señores académicos y se entablan con ellos, a través de las rejas, pláticas donosas y gratas, ajustadas a lo que el lugar exige y a la condición de las personas que allí cambian exquisitas demostraciones de acatamiento. Antes de presenciar aquella hermosa escena la santa casa me había parecido (y perdónenme sus nobles moradoras) un convento de muñecas, por lo lindo, callado, chiquito, bien apañadito e infantil; pero después del agradable rato del locutorio, mis impresiones variaron totalmente. Los académicos mezclaban en la conversación temas religiosos, y las damas de la Redención de Cautivos devolvían los conceptos, dándoles un gallardo giro literario y académico. Allí se habló del nuevo Diccionario, de los premios que se adjudicarían en las sesiones de Pascua, de la función solemne que las monjitas preparaban en la festividad de Pentecostés, de las sensibles vacantes ocurridas en la docta corporación por fallecimiento de ilustres personalidades, de la nueva efigie de San Pedro Nolasco que pensaban inaugurar las monjitas en el próximo enero, y de otros mil deliciosos asuntos tocantes a la vida conventual y al vivir académico...

Encantado me dejó el buen tono, entreverado de la rigidez académica y del donaire dulcemente mundano de las esposas del Señor.

¡Adiós, Cervantes mío; buen coro de divinas pastoras guardan tus amados huesos!

Me voy, me voy; es tarde señores míos, y temeroso de fatigaros quiero llegar con el pie ligero al término de mi conferencia... Corro hacia el Prado. Saludo al Botánico sombrero en mano; para saludar al inmenso Museo necesito quitarme el cráneo, la masa encefálica. Neptuno, Dos de Mayo, fuente de Apolo, no puedo detenerme más; me urge ofrecer mis respetos a la diosa Cibeles, a quien profeso particular afecto y veneración. ¡Oh deidad tutelar de Madrid; tu hermosura no desmerece con los años! Cuando estabas en tu emplazamiento primitivo, un día de diciembre de 1808 ¿te acuer-



LibrosEnRed

das?, pasó junto a ti Napoleón I, que con brillantísimo séquito venía de Chamartín de la Rosa para visitar a su hermano José. El capitán del siglo se fijó en ti, pasmado de tu belleza, y te piropeó de lo lindo... Desde entonces acá ¡cuántos requiebros y chicoleos habrás oído, reina honoraria de Madrid! Desde hace poco tiempo has cambiado de sitio y estás muy bien azuzando a tus leones para que te suban por la calle de Alcalá. Me parece muy bien. Es la caída de la tarde: la calle está intransitable: tranvías, automóviles y coches suben y bajan; por las dos aceras veo dos hinchados ríos de transeúntes... Estoy fatigadísimo: he recorrido en poco tiempo todo el Madrid del sur de punta a punta. ¿Quieres llevarme contigo?... ¿Dices que sí? Pues me subo de un brinco a la zaga de tu carro. ¡Hala, leoncitos!

Subimos como exhalación. Hermosa, hermosísima es la calle de Alcalá; sus deformidades la embellecen más. Sus jorobas son un nuevo encanto. No hay en el mundo calle más alegre. Todo en ella sonríe. La calle de Alcalá es un florido sumidero donde los madrileños arrojan, paseo arriba, paseo abajo, todas las desdichas nacionales. Los buenos burgueses, al regresar de la Castellana o el Retiro, vienen, gozosos, saludando a los conocidos, recreándose en el ambiente placentero que les rodea; mas cuando tuercen hacia las calles laterales, camino de sus viviendas, fruncen el ceño; sus miradas se abaten al suelo... Es que salen a su encuentro, aguándoles la fiesta, los cuidados que dejaron en sus casas.

Continuando su veloz carrera hacia arriba la divinidad marmórea se vuelve hacia mí, y con gracioso desgaire me pregunta:

—¿Adónde te llevo, hijo?

—Hágame el favor, señora mía, de llevarme al Ateneo viejo, calle de la Montera... No, no; me he equivocado: al Ateneo nuevo, calle del Prado.

La gallarda divinidad tutelar de Madrid dirigió sus fogosos leones por la calle de Sevilla, siguió a todo galope por la del Príncipe; la muchedumbre nos abría paso saludándonos con gran alborozo; al llegar frente al teatro Español, era tan nutrida la caterva de chiquillos que nos precedía chillando y brincando, que la diosa tuvo que parar un momento... Entonces advertí que los "golfillos" se habían familiarizado con los leones, tirándoles de las barbas y acariciándoles las melenas. Los nobles animales apartaban suavemente con hocicadas a la turba angelical. Un momento después parábamos frente a una puerta monumental, en la cual vi muchedumbre de señores mayores y jóvenes impacientes que, al saludarme, se quejaron amablemente de mi tardanza, dándome al propio tiempo la bienvenida. Bajé del carro, saludé cortésmente a la diosa, la cual con su cortejo delantero y lateral de bulliciosos rapaces, siguió velozmente hacia el Prado.



LibrosEnRed

Al entrar en el Ateneo, me causó tal maravilla la hermosura del edificio, que se me vinieron a las mientes los versos cervantinos

¡Vive Dios, que me espanta esta grandeza

y que diera un millón por describilla!...

Algo más hablé con los que me acompañaban hacia el espléndido salón de actos, pero sólo debo consignar estas lacónicas palabras, que ponen fin a mi conferencia:

—Señores y amigos: he dicho.



LibrosEnRed

# III. El primer cuento desarrollado en Madrid (1865)

## Una industria que vive de la muerte: episodio musical del cólera

### I

Un hombre célebre dijo en cierta ocasión que la música era el ruido que menos le molestaba. Aunque nos tache de profanos algún melómano, no nos atrevemos a condenar esta aseveración como un desatino, porque no creemos que nos perjudique la música uniéndola al ruido, ni que sea señal de poca cultura el confundir el arte divino con su salvaje compañero; mejor dicho, con su engendrador. Ese hombre célebre que de tal modo hirió la susceptibilidad de los músicos, prefería sin duda la Naturaleza al arte, y tal vez encontraba en el ruido más expresión de lo bello que en las hábiles combinaciones del contrapuntista y en los ritmos del confeccionador de melodías.

Efectivamente, en el arte mismo no hay tanta música como en el ruido, si a la atención escrutadora del amante de óperas y conciertos se sustituye la imaginación del amante de la Naturaleza, que busca, contemplándola, una fórmula de sentimiento de belleza; si al criterio de los pases de tonos y de los acordes compactos, de los andantes tristes y los alegres expresivos con que juzga y siente el primero frente a la orquesta, se sustituye la exaltación de espíritu, el estado de abatimiento o de inquietud en que se encuentra el segundo frente a la Naturaleza.

Suponiendo al espíritu en un estado de conmoción profunda, basta que resuenen algunas notas en el arpa invisible del ruido, para que produzcan mayores efectos que la música mejor organizada.

Un melancólico vaga entre las sombras de la noche por un campo, por una playa o por las calles de una población, y a su oído llegan confusos rumores producidos por el aire, el mar, las aguas de una fuente, cualquier cosa; su fantasía determina al instante aquel rumor, lo regulariza y le da un ritmo; al fin, lo que no es otra cosa que un ruido, toma la forma de la música más bella y expresa aún más de lo que este arte pudiera expresar; se reviste de mil accidentes y llega hasta conmover las fibras más ocultas del corazón;



LibrosEnRed

despierta mil imágenes y, extendiendo su dominio, consigue hasta fascinar la vista, en virtud de ese misterioso eslabonamiento que de las ilusiones acústicas nos lleva siempre a las ilusiones ópticas.

Díganlo si no los innumerables poetas cuya musa ha cantado estrofas admirables, engañada por esta superchería del ruido, que, émulo constante de su hermana la música, suele disfrazarse con sus atavíos, favorecido por la sombra, la luna, el silencio y la calma, cómplices de toda alucinación, perpetuos explotadores de la credulidad de nuestro espíritu."

Figuraos un amante trasnochador, uno de esos amantes que protege la luna en su casta mirada y envuelve la noche en su oscuridad misteriosa; uno de esos amantes que como Fausto, Romeo o Mario se presentan en un jardín en completa vegetación amorosa, hasta que una mano diabólica viene a sembrar perniciosa cizaña junto a ellos o a arrancarlos de raíz. Este amante espera oculto entre las flores la llegada de su felicidad, y ya se comprenderá que su imaginación está exaltada por sueños de dicha y que en la oscuridad percibe visiones de amor que van pasando ante sus ojos, arrastradas por una onda de voluptuosidad.

El oído está atento como si quisiera escuchar el silencio. De pronto una música divina resuena en derredor; una ráfaga de viento ha pasado sobre las flores conmoviéndolas suavemente. Diríase que los dedos invisibles de un hada han rozado las cuerdas de un laúd; cada hoja lanza un suspiro; y multitud de notas se reúnen estremecidas y tímidas para proferir una queja tan apagada y tenue, que parece lamentarse de resonar.

El hombre que espera su felicidad escucha esta armonía sumergido en éxtasis profundo, y siente dilatarse su espíritu como el soñador de visiones celestiales, el ascético que, en medio de la enajenación producida por las mordeduras de su cilicio y las páginas de su Meditación sobre la otra vida, escucha coros celestiales, y ve penetrar en su celda, precedida de ángeles músicos, a la Virgen María, que viene a confortarle. Pero algo bello, puro e inmaculado se presenta ante el hombre que espera su felicidad en Julieta, Margarita o Corette, y ahora las hojas suenan, mas no impelidas por el viento, sino apartadas por una mano delicada.

Rumores de otra especie se unen a los que antes resonaron. Cerremos los ojos y escuchemos. ¡Cuánta armonía! En la música de ritmos y tonos no hay nada comparable a este concierto de los ruidos, en que una simple ráfaga de viento reúne la mal articulada sílaba del lenguaje amoroso a la oscilación sonora de la flor que se mece; la exclamación ahogada de sorpresa o alegría al tenue susurro de dos ramas que se azotan; el monosílabo de pasión al chasquido del tallo que es pisado; ráfaga traviesa que con delica-



LibrosEnRed

deza suma toma el suspiro de los labios de la druida de aquel bosque para confundirlo con el rumor de la flor que se desbarata; rumor debilísimo, casi imperceptible, producido por el suave choque de las hojas que se atropellan cayendo.

Decid, músicos, si hay algo en vuestras sinfonías pastorales y en vuestros epitalamios instrumentales que no sea un remedo pálido de esa tierna y sencilla estrofa cantada por el viento.

¿Y qué diremos de la seda? De ese tejido armonioso, cuyas hebras menudas y rígidas producen cierto ruido argentino, como el que produciría una cabellera de cristal agitada por el viento; ruido que conmueve el sistema nervioso, como el contacto de un cuerpo áspero y frío, e impresiona nuestro tímpano de la misma manera que si algo se rasgara en nuestro cerebro. La seda hace en el salón el mismo efecto que el aire en el jardín. Si a la imaginación del galán que vegeta en los jardines, sustituimos la del galán que completa el ajuar de un lujoso y perfumado gabinete, tendremos el mismo prodigioso efecto; este hombre espera a la débil claridad de una discreta lámpara la llegada de su felicidad, y tras un largo rato de excitación, llega a sus oídos un sonido metálico; un traje de seda que se desliza sobre una alfombra y ondula vibrando en cada mueble notas acompasadas. Esta música resuena en la imaginación del hombre que espera su felicidad con un eco celeste; le conmueve, le fascina y se siente aletargado, como el sibarita que en medio de la enajenación producida por el opio, sintiera resonar las faldas de la odalisca y la viera penetrar en su cámara saturada de calor y perfume. En efecto, algo parecido a la odalisca, algo bello y lúbrico a la vez se presenta a los ojos del hombre que espera impaciente y exaltado en el gabinete. Es Manon Lescaut, Margarita Gautier o Marion Delorme. Dejemos a los dos amantes; cerremos los ojos y escuchemos. ¿Hay algo en la música de ritmos y tonos comparable a este concierto de una falda que se pliega, de una silla que cae, de un soplo que mata una luz, y una llama que se apaga aleteando? Decid, señores músicos, todos los detalles de tocador de vuestras traviatas, ¿no son un reflejo pálido de esta estrofa cantada por un jirón de seda, un mueble y una luz?

Otro ejemplo, para concluir. Os desveláis a medianoche; entre el silencio sentís dos ruidos secos, precisos, en el techo de vuestra habitación: chas, chas; dos zapatos femeniles acaban de caer sobre el piso del cuarto segundo; una beldad se mete en la cama, y sus zapatos arrojados por su mano hieren el piso sucesivamente; una sirena se sumerge en la onda dejando olvidadas dos notas en el espacio. ¿Qué efecto os producirán estas dos notas? ¿Qué imágenes presentarán a vuestro espíritu exaltado? ¿No seréis capaces de continuar lo comenzado por aquellas dos corcheas, y arreglar en un instante, guiados



LibrosEnRed

por ellas, un admirable dúo en que la sirena del piso segundo no tenga la peor parte? Preguntad a esos envanecidos músicos si han escrito alguna vez algo que se parezca a este dúo cantado... por dos zapatos.

Ella es como Dios: está en todas partes; así como Dios no está sólo en los altares, ella no está solamente en las cuerdas del arpa y en los agujeros de la flauta. Siempre se la encuentra hablando por lo bajo, murmurando penas o alegrías, ya escondida bajo las hojas, ya correteando entre las aguas, ora acurrucada entre las sábanas de un lecho, ora rasgueando las rígidas hebras de un pedazo de seda.

Ciertas perspectivas sublimes de la Naturaleza elevan el alma hacia Dios, y ciertos rumores elevan la imaginación hacia la música. El alma vuela a la contemplación del Creador y la imaginación penetra en el foco de la armonía. El lenguaje misterioso que el ruido habla a la imaginación concluye por trastornar a la loca de la casa, que no tarda en desarrollar lo rudimentario y dar amplia y determinada forma al sonido incompleto, nota perdida de la gran sinfonía del espacio.

Al que me explique las reglas del contrapunto de esta clase de música, le contaré una curiosa historia que comienza con unos acordes de esta naturaleza; acordes lúgubres y horrorosos, de tan sombrío tinte y efecto tan espeluznante, que infundirían espanto al pecho del más animoso. Las salmodias que acompañan las exequias y entierros no tienen tan fúnebre colorido, y si en un certamen de entonaciones sepulcrales presentáramos esta música pavorosa que durante cierta noche de consternación aterró a cuantos la escucharon, de seguro perderíais vosotros en la contienda, señores sochantres, por más que inflarais vuestros amoratados carrillos, soplando la pita de vuestro grasiento fagot, por más que aullárais un dies irae con esas gargantas encallecidas en la modulación de las estrofas de la muerte.

## II

Figuraos un sonido seco, agudo, discordante, producido al parecer por un hierro que cae acompasadamente sobre otro hierro; un sonido que no produce vibraciones ni eco claro determinado, en medio del silencio de una noche, durante la cual se adormece triste una población aterrada por una gran calamidad.

El cólera habita en nuestro barrio, y el barrio entero batalla con él sumergido en el silencio y en la oscuridad. Parece que el sueño. eterno a que tantos se entregan, ejerce letal contagio sobre los que velan en el insomnio a la vida. Todo calla en el barrio: se padece sin ruido, se muere sin ruido; se cura en



LibrosEnRed

silencio; enmudece el dolor, el llanto, la desesperación; la plegaria se piensa solamente, y la esperanza no sale del corazón a los labios; el remedio no se pregunta, ya se sabe; el síntoma no se consulta, ya se prevé. Todo, desde la locuaz aprensión hasta el charlatán que cura sin diploma, calla esa noche. Pero se mueve, en cambio, todo; cuando hay silencio, es mucha la actividad. El paciente se contrae en su lecho; se enrosca como para quebrarse y concluir de una vez; la naturaleza quiere hacerse pedazos y se sacude en movimientos convulsivos; el aprensivo corre de aquí para allí, como si errante pudiera evitar que el cólera le encontrase; el hermano, la esposa, el hijo del que ha muerto o del que va a morir, entran y salen de habitación en habitación, acumulando medicinas oportunas y recursos desesperados; el cura no se detiene junto al lecho del difunto; sale después de murmurar la oración y se dirige a otro, y después a otro, y a muchos en la noche; el médico entra, pulsa, mira, escribe tres líneas, y hace un gesto de esperanza o de duda; baja y sube de nuevo; y en la noche entra, pulsa, escribe, espera y duda infinitas veces. Todo el barrio se mueve; pero calla a la vez. Mil emociones se chocan; mil dolores son ahogados; lazos de amor y familia se quiebran; mil almas vuelan; pero todo esto se verifica en silencio, en medio de una calma horrorosa, en medio de un movimiento automático y vertiginoso. Todo el barrio se mueve; pero calla a la vez. Sólo un ser (¡fatal excepción!) descansa y ronca en esta noche de muerte: es la partera. En tales noches no nace nadie.

Pues bien: en medio de esta callada agitación se escucha un sonido seco, agudo, monótono, acompasado, producido por un hierro que percute sobre otro hierro. Al instante comprenderéis que una mano diabólica se ocupa en clavar las tablas de un ataúd; es la mano del fabricante de cajas de difuntos que explota laboriosamente una industria que vive de la muerte; es el trabajo que busca la riqueza en el cólera, y cada vibración de aquel hierro indica un poco de oro conquistado a la miseria. Del seno pestilente de una epidemia nace una industria, y multitud de artesanos ganan el sustento.

¡Industria fatal, que florece al abrigo de la muerte!

Mientras esa industria adquiere pasmoso desarrollo, el lúgubre martilleo que muestra su actividad nos horroriza; cada movimiento de ese péndulo fúnebre indica un paso hacia la otra vida; cada ataúd fabricado indica un aliento extinguido; cada obra concluida es una muerte.

Esos golpes traen a nuestra mente extrañas imágenes, y entre ellas, nuestra propia imagen el día en que aquel martillo nos labre el mueble fatal: vemos reunirse las mal pulidas tablas, tomar forma de trapecio, las vemos alargarse, según nuestra talla, y estrecharse de un extremo presentando una forma repugnante; vemos que se desarrolla una tela negra, se repliega y las envuelve; vemos unos galones amarillos adaptarse a las aristas; vemos



LibrosEnRed

una articulación y una tapa que cubre el interior y una llave dispuesta a encerrarnos en aquel recinto por una eternidad; vemos la tumba en toda su repugnancia subterránea; sentimos el peso de la tierra; nos estremece el roce de esa fría tela de raso que nos adorna interiormente, y el peso de una mano tremenda, de una losa de mármol cuya inscripción llama al transeúnte; adivinamos sobre todo esto la corona de tristes flores que se secan adornándonos; presentimos la misa y el Réquiem; presentimos la mirada indiferente del revisador de epitafios y adivinamos la naturaleza entera sobre nosotros sin que podamos verla; sobre nosotros cae el rocío, pero no nos refresca; sale la luna, pero no nos ilumina; sobre nosotros llora alguien, pero no sabemos quién es; vemos la muerte, en fin, representada en su parte de tierra, descomposición, lágrimas, exequias; representada en lo que tiene de este mundo. Nuestra imaginación llega a este punto por el ataúd, y llega al ataúd por ese pavoroso sonido metálico, agudo, penetrante, monótono, que turba el silencio del barrio. ¡Qué horrorosas notas! Decid, señores músicos, Palestrina, Haendel, Mendelssohn: ¿cuándo habéis llevado la imaginación hasta ese punto? ¿Hay en vuestras cinco miserables líneas nada comparable a ese dies irae cantado por un martillo?

## III

Entremos de lleno en nuestro cuento.

No hay calle en la villa donde no se encuentre una tienda con un letrero que dice: "Cajas y hábitos para difuntos". Podemos referir nuestro cuento a cada una de esas tiendas y nuestro personaje puede ser cada uno de los que explotan la industria funeraria.

Penetremos en el taller: un hombre robusto y fornido, que debe de ser el dueño del establecimiento, se ocupa en clavar unas tablas largas y estrechas de un extremo; su mano no descansa un momento; su rostro está pálido, sin duda porque aquel trabajo le induce a tristes meditaciones; su voz, trémula por el afán de concluir tareas interminables, interpela bruscamente a los oficiales que en torno suyo la prestan ardorosa colaboración.

Dos muchachas bien parecidas se entretienen sentadas en el suelo, en cortar grandes pedazos de tela negra, ya de terciopelo, de raso o de percal. Tres chicos enredan en el suelo, y el más pequeño se cubre con un retazo de paño negro, ahuecando su tierna voz de una manera encantadora, para asustar a sus dos hermanos, que al verle se mueren de risa.



LibrosEnRed

Ya juegan al escondite, y el más travieso se oculta en una caja concluida, cuyo recinto repite con eco extraño sus infantiles risotadas. Los niños chillan, revoloteando en torno a aquellos aparatos de muerte con la misma alegría que si estuvieran en el más bello jardín. Esto no es extraño, porque lo mismo revolotea la mariposa junto al rosal que junto al ciprés, y los mismos nidos fabrica el pájaro en el balcón cubierto de enredaderas que en los detalles góticos de un panteón.

De pronto el padre descarga con más fuerza su martillo, levanta la frente inundada de sudor y exclama con dureza, dirigiéndose a las muchachas, que se distraen con el juego de los niños.

—Trabajad, holgazanas; ¿he de llevar yo esta vida de perros para manteneros, mientras vosotras os cruzáis de brazos para ver enredar a esos chicos? Llevadlos fuera; que la hermana más pequeña deje el sueño; trabajad todas; ayudad a vuestro padre, que en ocho días no ha descansado un solo momento.

—Pero, señor, ¿por qué os desveláis de esa manera? ¿No hemos sacado un premio en la lotería, no tenemos lo suficiente para vivir con comodidad?

—¿Y porque tengo dinero he de dejar mi trabajo? Vosotras aspiráis, sin duda, a salir de la posición en que nos encontramos. Queréis ser señoritas, vestir sedas, ir a los teatros, arrastrar cola y llenaros la cabeza de perendengues... no; no dejaré mi oficio aunque herede las minas de California.

—Pero pudierais descansar, trabajar poco, despedir la mitad de los que vienen a hacernos encargos.

—No; mi deber es equipar a todos los que mueren. ¿Tengo yo la culpa de que caigan tantos pedidos sobre mi casa? ¿He de negar a mis semejantes este último mueble? Y en cuanto a la industria que ejerzo, ¿he de oponerme al desarrollo que toma estos días? Bueno fuera que no me resarciera de los perjuicios que me ha ocasionado la elección de este endiablado oficio. Ved a mis dos vecinos, carpinteros como yo, que han ganado millones en épocas en que yo he vivido de miseria. Ellos explotan la industria que vive de la vida; yo la industria que vive de la muerte. Ellos fabrican muebles de lujo y comodidades: sillones, butacas, tocadores, estantes, consolas; yo fabrico ataúdes; cuando ellos se han enriquecido, yo me he contentado con un mal vivir; ahora gano yo y ellos no ven entrar en sus tiendas ni un maravedí. Alabemos a la divina Providencia, que reparte sus bienes a todos los seres y protege todos los modos de subsistir, que hace alternar las épocas de prosperidad con las épocas de consternación, para que nosotros, los que de ésta vivimos, no nos muramos de miseria.



LibrosEnRed

Yo he leído en no sé qué libro, que Dios permite las inundaciones para que los infelices grajos no se mueran de hambre, y permite los naufragios para dar alimento a los infelices peces, que gustan de nuestra carne. ¿Qué extraño es que permita el cólera para que prospere una industria que anda de capa caída la mayor parte del año?

Las muchachas se convencieron y el padre respiró ruidosamente satisfecho de su peroración. En tanto, el barrio continuaba aterrado por el cólera, el cólera continuaba haciendo víctimas, las víctimas pidiendo ataúdes y los ataúdes resonando, heridos por aquellos malditos martillos que no dejaban de sonar nunca. Aquella percusión monótona, perenne, sigue enumerando las partidas de una funesta suma que va creciendo, siempre creciendo, sin que adivinemos su fin. Aquella nota vibrada por un hierro continúa presentando a nuestra imaginación la idea de la muerte en la parte que tiene de descomposición, de tierra, de lágrimas, de exequias; en la parte que tiene de este mundo.

Cuentan que para atormentar a un criminal a quien no se quiso arrancar la vida, se le enterró en una celda adonde no llegaba la voz de ningún ser viviente; cuidaron de que ningún rumor externo llegase a sus oídos y en el techo de la celda colocaron un reloj, cuyo péndulo marcaba con horrorosa monotonía los segundos y prolongaba un sonido seco, penetrante, acompasado siempre, por espacio de horas, días, meses y años. Ese criminal se volvió loco.

## IV

La tempestad impera en el mundo mucho menos tiempo que la calma. El reinado de la epidemia es corto si se le compara al reinado de la salud. Llega una hora en que el cielo, cargado de miasmas deletéreos, se purifica; las espesas nubes que sobre la ciudad consternada derramaban un germen mortífero, son impelidas hacia el horizonte por las auras refrigerantes; los pájaros ausentes, que una atmósfera corrompida había ahuyentado de Madrid, aparecen en bandadas; se acercan cantando a los extremos de la población; revolotean en torno a las fuentes, en torno a los árboles; invaden en un gracioso torbellino los jardines de la plaza de Oriente, y acarician y festejan a sus antiguos amigos el caballo de bronce y su jinete el Señor Don Felipe IV; se reúnen como si tomaran una consigna; se arremolinan, fluctúan, vacilan en la dirección que han de tomar, y, al fin, se esparcen, se extienden en grupos traviesos por todas las calles, saludando en un concierto de alas suavemente agitadas, de trinos sonoros, Ja convalecencia de la gran ciudad, que hace tiempo vivía en la tristeza, sin salud y sin pájaros.



LibrosEnRed

En tanto, la alegría vuelve a todos los semblantes; anímanse las reuniones públicas; despiertan los que aún viven de su sueño de abatimiento; el corazón late ensanchado y el estómago adquiere el dominio de sí mismo; las inteligencias tienden de nuevo el vuelo, dirigiéndose hacia la verdad o hacia el error; circula todo lo que está paralizado; muévese todo lo que permanecía inerte, comienza a vivir todo lo que vegetaba; se piensa, se ama, se odia, se intriga de nuevo, porque ha desaparecido la inacción que petrificaba al cuerpo y la zozobra que entorpecía el espíritu. La chismografía vuelve a lanzar sus flechas sutiles y envenenadas, y la política a tejer de nuevo sus lazos artificiosos.

El barrio descansa, al parecer, tranquilo; duerme el médico, el farmacéutico, el sacristán, el cura, el monago; sin duda ha concluido el periodo de muerte. Notamos agitación y movimiento en una casa, y preguntamos llenos de zozobra: "¿Se muere alguien aquí?", y nos contestan: "No; ha nacido un..." ¡Nacer! ¡Gracias a Dios que nace algo! Regocijémonos, porque el imperio de la muerte ha concluido y comienza el período de la felicidad. El cielo está despejado, los pájaros vuelven y los niños nacen. Estamos en plena vida; ya podemos amar, odiar, pensar, sentir; en una palabra: vivimos.

Pero, no; aún resuena el martillo; aún vemos la mano diabólica de ese artefacto de la muerte reunir las toscas tablas, alargarlas, revestirlas de paño negro, guarnecerlas con franjas amarillas, articular una tapa; aún vemos que encierran allí algo parecido a un ser humano, dan vuelta a la llave y lo introducen todo en un agujero profundo que tapan con yeso y ladrillos; aún escuchamos la voz de nuestro personaje que increpa severamente a las jóvenes que inclinan su cabezas rendidas por el cansancio y el sueño.

—Aprovechemos —dice— las últimas horas de nuestra prosperidad. Equipemos convenientemente al ultimo caso. Reniego de mi oficio. Volaron los días felices de mi industria. ¡Maldito oficio, cuán corto es tu reinado! Ayudadme, porque siento alguna desazón. Daos prisa, que el ataúd del señor duque de X***, que tengo entre manos, ha de ser lo más lujoso que salga de mi taller... (Este maldito dolor de estómago...) Cortad bien el terciopelo, no manchéis los galones... (De buena gana tomaba una taza de té...) Este será el último trabajo, no os quede duda, el duque es el último caso. (Siento unas náuseas...) ¡El último caso! Adiós ganancia, prosperidad, vida. (Sentiría tener que dejar esta obra maestra.) En efecto, es una lástima la pérdida de ese excelente señor..., no dirá que le alojo mal. ¡Qué admirable obra de arte! ¡Qué terciopelo! ¡Qué raso! ¡Qué galones! Este es un ataúd verdaderamente real. Los ricos hasta en la muerte han de brillar más que nosotros. (Yo no estoy bueno, no.) ¡Quién fuera rico! La cabeza me da vueltas, siento un mareo... ¡Oh! Si yo fuera rico, viviría en un palacio como ese duque, moriría en un



LibrosEnRed

magnífico lecho y me haría enterrar en un ataúd tan suntuoso como éste... (¡Qué frío sudor corre por mi frente! ¡Qué será esto?) No crea el respetable duque que le bajará de cuatro mil reales este cómodo mueble... (Todo mi cuerpo se enfría, y me abandonan las fuerzas, ¿qué será esto?) Sí; ¡cuatro mil reales! ¡Oh cólera, cólera, a buen precio me has de pagar tu última víctima! ¡Cuatro mil reales! Es una suma regular para concluir, pero aquí acaban los días felices de mi industria; adiós ganancia, prosperidad, vida... (Pero; ¿qué es esto?, yo me siento desfallecer...) hijas, venid...

Cesó de clavar, y cayó al suelo después de vacilar un instante. El horrible martillo calló. La gente se agolpa a la puerta de la tienda, atraída por los gritos dolorosos de las muchachas, alármase el barrio, encáranse los vecinos.

—¡Qué ha sucedido?

—Nada de particular. Le ha dado el cólera al fabricante de ataúdes de nuestra parroquia.

—¡Miren qué casualidad! ¡Después de haber equipado a tantos! Ya no oiremos sus espantosos martillazos. ¡Dios le perdone un pecado por cada ataúd que fabricó!

Los vecinos se meten en sus casas y los curiosos siguen su camino.

## V

Al siguiente día, la animación y la alegría reina en todos los talleres de la vida. El lujo reaparece en la tienda del joyero, del tejedor, y del ebanista. Ostentan las flores artificiales su eterna frescura plantadas en un capote o en un sombrero, y los diamantes resplandecen sobre el fondo rojo de un estuche, cuyas dos tapas se abren como dos mandíbulas hambrientas. Desenvuélvense en los escaparates de la calle de Espoz y Mina pabellones de encaje, y blondas extendidas como una red, dispuesta a coger traviesos antojos femeniles, y en otra parte se amontonan profusamente corbatas, hebillas, alfileres, cinturones, peinetas y todos los detalles de tocador que, aunque parecen a primera vista insignificantes, sirven para dar a una belleza un toque delicado que decide de una gran victoria amorosa, o de una conquista de voluntades masculinas.

En el taller del carpintero vemos levantarse de nuevo radiante de luz al astro de los salones, el espejo; circundado de oropeles, extiende su tersa superficie, fiel modelo de perpetua atención y discreto olvido que observa sin recordar reflejando cuantos cuadros alegres o tristes, escandalosos o ejemplares se componen ante su vista; vemos cubrir el descarnado costillaje del sillón y



LibrosEnRed

el sofá con muelles cojines que se hinchan para sostener nuestros cuerpos y calentarlos; vemos la consola extender su plancha de mármol para sustentar los jarros de porcelana, los vasos de cristal y los relojes de bronce; la reaparición de todas estas piezas elaboradas continuamente para satisfacer el capricho, la vanidad o la moda, son otros tantos síntomas de vida que anuncia la salud de la gran ciudad. Y este desarrollo, este despertar de las industrias que se alimentan de nuestra vida, se hace al compás alegre de martillos sonoros, cuyo timbre no nos horroriza, ni trae a nuestra mente otras imágenes que las de una felicidad que sustituye a la desgracia y las de la paz bulliciosa que sucede a la calma sombría y aterradora de los períodos de muerte.

El arte fatal que acumuló riquezas en los días de consternación, ha muerto. Entre fragmentos de ataúdes rudimentarios y jirones de paño negro está el cadáver del artesano que era su personificación, y en su mano estrecha aún el martillo que contó los segundos de reinado de su ángel tutelar, el cólera. Ya no escuchamos el ruido espantoso de su hierro, ni tampoco él eco de Bu voz interpelando rudamente a sus hijas y a sus compañeros de labor.

Su maldito oficio le abandona. Los oficiales han huido despavoridos del taller fatal, y en la casa no hay un ataúd donde enterrar aquel pobre cuerpo que el día anterior se agitaba en una afanosa tarea. Las hijas se dirigen llorosas al taller vecino, donde reina la alegría y se respira una atmósfera de felicidad. Entran y suplican al dueño de la tienda que labre para su padre el triste mueble que éste hizo para todos y no para sí, pero su voz no es escuchada; el trabajo que se alimenta de la vida no abandona un momento su actividad incesante, y el ruido alegre de sus herramientas de la prosperidad no permiten que sean escuchados los lamentos de la desgracia. En vano se pide a la industria vivificadora que sirva a la industria fúnebre, cuyo reinado sobre la gran ciudad ha concluido. La vida no quiere encargarse de equipar a la muerte.

Las hijas del difunto vuelven al taller, donde entre despojos se extiende el cadáver del industrial de ayer, e intentan construir lo que la mano pródiga de su padre ofreció a los muertos de la vecindad; pero es en vano. La madera, al parecer petrificada, se niega a admitir entre sus fibras el clavo tenaz; éste resiste el golpe del martillo, y se retuerce, y se contrae antes que penetrar en la madera; la tela huye de la mano que intenta asirla, y se resbala, replegándose. El hierro, la madera, el tejido, se rebelan contra la muerte, y no quieren continuar a su servicio.

Mas no es justo que el padre de los ataúdes no tenga siquiera un miserable cajón donde ser sepultado. La Providencia Divina le ofrece uno, el más bello de todos, el que construyó para el duque su vecino, a quien él llamaba el último caso. El enfermo se ha salvado, y sus hijos que intentaban quemar el féretro, lo regalan a su constructor, al saber que éste no tuvo la precau-



LibrosEnRed

ción de hacer el suyo. Está sin estrenar; su terciopelo se conserva limpio y terso y sus galones brillantes dispuestos a reflejar en lúgubres cambiantes las antorchas de un funeral.

El autor es depositado en su obra maestra, en aquel perfecto y acabado mueble que, según él, estaba destinado a contener el último caso. Parecía que lo ocupaba con satisfacción. El oficio que vivió de la muerte expiró al renacer el trabajo próspero, y fue enterrado en su última obra.

Al cruzar el lujoso féretro las calles del barrio, el pueblo exclama alegre: Ahí va el último caso. Mas esta alegría del pueblo no era impío sarcasmo. Aquel hombre era la personificación del cólera, y el cólera había muerto. Justo era que los vivos se alegraran.

## VI

Los que le acompañaban aseguran que dentro del ataúd resonaba un golpe seco, agudo, monótono, producido, al parecer, por un hierro que percutía sobre otro hierro, como si el muerto remachara por dentro los clavos con el martillo que nadie había podido separar de su mano. Aseguran que, aun encerrado en el nicho, se oía la misma percusión, y los habitantes del barrio, que durante las sombrías noches del cólera se desvelaban al rumor de aquella sinfonía pavorosa, sienten aún las mismas notas agudas, discordantes, precisas, que turbaron el silencio de aquellas noches, y las oyen siempre, procedentes del mismo taller, que hoy está cerrado, como si algo invisible viniera por las noches a agitar allí la herramienta fatal.

¡Ruido extraño, cuya expresión sobrepuja en expresión al del arte de ritmos y compases! ¿Cuándo han podido esos envanecidos músicos crear notas de tan maravilloso efecto?

En nosotros han producido éste. El cólera se nos ha presentado por su lado musical. Todo lo creado tiene su armonía. Se ha estudiado el cólera en su influencia climatérica; se le ha estudiado económicamente, se le ha estudiado en su terror, en su contagio, en su historia. ¿Por qué no se le ha de estudiar en su música? El ataúd es su caja sonora y el martillo su plectro. Algunos han visto el cólera de cerca, otros lo han sufrido, otros lo temen y otros lo palpan. ¿Por qué no ha de haber quien lo oiga? Sí, lo ha oído quien tiene la manía de atender siempre a la parte musical de las cosas.

Madrid, 20 de noviembre de 1865.



LibrosEnRed

# IV. Al comenzar la producción novelística (1870)

## Observaciones sobre la novela contemporánea en España

Con motivo de los Proverbios, de don Ventura Ruiz Aguilera.

Causas que han impedido el desarrollo de la novela española

El gran defecto de la mayor parte de nuestros novelistas es el haber utilizado elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de los que la sociedad nacional y coetánea les ofrece con extraordinaria abundancia. Por eso no tenemos novela; la mayor parte de las obras que con pretensiones de tales alimentan la curiosidad insaciable de un público frívolo en demasía, tienen una vida efímera, determinada sólo por la primera lectura de unos cuantos millares de personas, que únicamente buscan en el libro una distracción fugaz o un pasajero deleite. Es imposible que en país alguno ni en ninguna época se haga un ensayo más triste y de peor éxito, que el que los españoles hacen de algunos años a esta parte para tener novelas. En vano algunos editores diligentes han acometido la empresa con ardor, empleando en ella todos los recursos de la industria librera; en vano las revistas y las publicaciones periódicas más acreditadas han tratado de estimular a la juventud prefiriendo algunas obras muy débiles de escritores nuestros, a las extranjeras, relativamente muy buenas; en vano la Academia ofrece un premio pecuniario y honorífico a una buena novela de costumbres. Todo es inútil. Los editores han inundado el país de un fárrago de obrillas, notables sólo por los colorines de sus lujosas cubiertas; la prensa tiene que recurrir de nuevo a su sistema de traducciones, y raras veces llega al recinto de la Academia un manuscrito de mediano precio, pudiendo asegurarse que no pecan de severos los inmortales de la calle de Valverde al escatimar el premio mayor con una prudencia casi sistemática.

Este fenómeno es singular, atendiendo a lo que la poesía lírica ha producido en este siglo y al brillante período del teatro contemporáneo. Pero tal vez se encuentre una explicación satisfactoria fijándose en la especialísima índole de la novela de costumbres, y relacionándola con nuestro carácter y nuestra educación literaria.



LibrosEnRed

Las personas dadas a la investigación explican esto diciendo: los españoles somos poco observadores, y carecemos, por tanto, de la principal virtud para la creación de la novela moderna. La fantasía andaluza y castellana, que ha creado la más rica poesía popular que existe en la civilización cristiana, la literatura mística, y el gran teatro del siglo XVII, es completamente incapaz para el caso. Hemos hecho algo en la novela romántica, que ya está mandada recoger, y en la legendaria y maravillosa, cuyo prestigio desciende ya notablemente; pero la novela de verdad y de caracteres, espejo fiel de la sociedad en que vivimos, nos está vedada. El lirismo nos corroe, digámoslo así, como un mal crónico e interno, que ya casi forma parte de nuestro organismo. Somos en todo unos soñadores que no sabemos descender de las regiones del más sublime extravío, y, en literatura como en política, nos vamos por esas nubes montados en nuestros hipogrifos, como si no estuviéramos en el siglo XIX y en un rincón de esta vieja Europa, que ya se va aficionando mucho a la realidad.

Cierto es esto; somos unos idealistas desaforados, y más nos agrada imaginar que observar. Bien se está viendo que no hay gente menos práctica en toda especie de asuntos que esta buena gente española, que tanto ha dado que hacer al mundo en tiempos lejanos, y en las letras no es en donde menos se reneja esta disposición especial de nuestros espíritus. Sin embargo, puede asegurarse que en este punto la citada disposición es más bien accidental, hija sin duda de condiciones del tiempo, que innata y característica. Examinando la facultad de observación en nuestros escritores, veremos que Cervantes, la más grande personalidad producida por esta tierra, la poseía en tan alto grado, que de seguro no se hallará en antiguos ni en modernos quien le aventaje, ni aun le iguale. Y en otra manifestación del arte, ¿qué fue Velázquez sino el más grande de los observadores, el pintor que mejor ha visto y ha expresado mejor la Naturaleza? La aptitud existe en nuestra raza; pero, sin duda, esta degeneración lamentable en que vivimos, nos la eclipsa y sofoca. Hay que buscar la causa del abatimiento de las letras y de la pobreza de nuestra novela en las condiciones externas con que nos vemos afectados, en el modo de ser de esta sociedad, tal vez en el decaimiento del espíritu nacional o en las continuas crisis que atravesamos, y que no nos han dado punto de reposo. La novela es producto legítimo de la paz; al contrario de la literatura heroica y patriotera, no se cría sino en los períodos de serenidad, y en nuestros tiempos rara es la pluma que no se ejercita en las contiendas políticas. No se espere hoy de los grandes ingenios otra cosa que diatribas muy bellas. Hay además el gran inconveniente de las circunstancias tristísimas de la literatura considerada como profesión. Domina en nuestros pobres literatos un pesimismo horrible. Hablarles de escribir obras serias y concienzudas, de puro interés literario, es hablarles del otro mundo; todos ellos andan a salto de mata, de periódico en periódico, en busca del necesario sustento, que encuentran rara vez; y la



LibrosEnRed

mayor recompensa y el mejor término de sus fatigas es penetrar en una oficina, panteón de toda gloria española. Todos reposan su cabeza cargada de laureles sobre un expediente, y el infeliz que no acepta esta solución y se empeña en ser literato a secas, viviendo de su pluma, bien podría ser canonizado como uno de los más dignos mártires que han probado las amarguras de la vida en este valle de lágrimas.

Entre tanto, por más que digan, aquí se lee mucho, y se lee de todo: política, literatura, poesía, artes, ciencias y, sobre todo, novela. Pero esta gente que lee, estos españoles que gustan de comprar una novela y la devoran de cabo a rabo, estimando de todo corazón al ingenio que tal cosa produjo, se abastece en un mercado especial. El pedido de este lector especialísimo es lo que determina la índole de la novela. El la pide a su gusto, la ensaya, da el patrón y la medida, y es preciso servirle. Aquí tenemos explicado el fenómeno, es decir, la sustitución de la novela nacional de pura observación, por esa obra convencional y sin carácter, género que cultiva cualquiera, peste nacida en Francia, y que se ha difundido con la penosa rapidez de todos los males contagiosos. El público ha dicho: "Quiero traidores pálidos y de mirada siniestra, modistas angelicales, meretrices con aureola, duquesas averiadas, jorobados románticos, adulterios, extremos de amor y odio", y le han dado todo esto. Se lo han dado sin esfuerzo, porque estas máquinas se forjan con asombrosa facilidad por cualquiera que haya leído una novela de Dumas y otra de Soulié. El escritor no se molesta en hacer otra cosa mejor, porque sabe que no se la han de pagar; y ésta es la causa única de que no tengamos novela. El género literario en que se ocupan con algún resultado nuestros desdichados literatos, y el que sostiene algunas pequeñas industrias editoriales, es el de la novela de impresiones y movimiento, cuya lectura ejerce una influencia tan marcada en la juventud del día, reflejándose en nuestra educación y dejando en nosotros una huella que tal vez dura toda la vida.

La verdad es que existe un mundo de novela. En todas las imaginaciones hay el recuerdo, la visión de una sociedad que hemos conocido en nuestras lecturas; y tan familiarizados estamos con ese mundo imaginario que se nos presenta casi siempre con todo el color y la fijeza de la realidad, por más que las innumerables figuras que lo constituyen no hayan existido jamás en la vida, ni los sucesos tengan semejanza ninguna con los que ocurren normalmente entre nosotros. Así es que, cuando vemos un acontecimiento extraordinariamente anómalo y singular, decimos que parece cosa de novela; y cuando tropezamos con algún individuo extremadamente raro, le llamamos héroe de novela, y nos reímos de él porque se nos presenta con toda la extrañeza e inusitada forma con que le hemos visto en aquellos extravagantes libros. En cambio, cuando leemos las admirables obras de



LibrosEnRed

arte que produjo Cervantes y hoy hace Carlos Dickens, decimos: "¡Qué verdadero es esto! Parece cosa de la vida. Tal o cual personaje parece que lo hemos conocido." Los apasionados de Velázquez se han familiarizado de tal modo con los seres creados por aquel grande artista, que creen haberlos conocido y tratado, y se les antoja que van Esopo, Menipo y el Bobo de Coria andando por esas calles, mano a mano con todo el mundo.

## La novela de impresiones y la novela de salón

En la novela de impresiones y movimiento, destinada sólo a la distracción y deleite de cierta clase de personas, se ha hecho aquí cuanto había que hacer: inundar la Península de una plaga desastrosa, haciendo esas emisiones de papel impreso, que son hoy la gran conquista del comercio editorial. La entrega, que bajo el punto económico es una maravilla, es cosa terrible para el arte. Es como la aplicación del periódico a toda clase de manifestaciones literarias, y expresa una tendencia de nuestro siglo, la tendencia a aceptar para todo el sistema inglés de los muchos pocos, que aquella buena gente sabe aplicar a todo. Comoquiera que sea, los recursos de publicidad aumentan considerablemente con la entrega. El libro, dividido de este modo, penetra hoja por hoja en todos los hogares, y es accesible a las fortunas más modestas. No vituperamos todavía este sistema, porque el mal no está en él. Como excelente medio de propagación, la entrega ha podido difundir lo malo; pero, en igualdad de condiciones, puede extender lo bueno y darle una extraordinaria circulación con la rapidez y la ubicuidad del periódico.

No ha absorbido todo el público la clase de novelas de que hemos hablado. Siempre hay un pequeño número de lectores para los ensayos que en otros géneros se han hecho. También aquí se ha intentado crear la novela de salón; pero es una planta ésta difícil de aclimatar. Verdad es que, por lo general, valen poco las producciones de esta clase, que no son sino imitaciones muy pálidas y muy mal hechas de literatura francesa de boudoir. A esto contribuye en gran parte el afrancesamiento de nuestra alta sociedad, que ha perdido todos sus rasgos característicos. Ya desde principios del siglo pasado, la reforma de la etiqueta, la vanidad de los Borbones, la irrupción de la moda francesa, comenzaron a desnaturalizar nuestra aristocracia. En el presente siglo aún existía un resto de aquellas costumbres caballerescas de la antigua nobleza; la parte principal del reinado de Fernando VII fomentó en ella su innata afición a los toros y a los frailes, al paso que le hacía perder sus cualidades seculares de noble orgullo y exagerado pundonor. Y, por fin, la mayor cultura de la presente época, la educación literaria recibida por casi todos



LibrosEnRed

los jóvenes de alta alcurnia, ha modificado completamente la clase, alejándola de aquel vicioso y rancio españolismo que fue una degeneración de la primitiva caballerosidad castellana. Hoy la aristocracia no es aventurera, ni petulante, ni idólatra de los toros, ni mojigata. Es una clase perfectamente reconciliada con el espíritu moderno, que ayuda a impulsar más bien que a entorpecer el movimiento de la civilización, y vive tranquila y pacífica, en medio de una sociedad que ya no domina ni dirige, contenta de su papel, contribuyendo a la vida colectiva con lo que su influencia y su poder le permite, alternando con todos nosotros durante el día, y retirándose por la noche allá al recinto de sus salones, donde penetran ya toda clase de mortales. Por lo demás, los amantes de lo pintoresco y lo característico encontrarán a esta aristocracia un poco vulgar; la adopción del ritual francés para todas sus ceremonias, el continuo uso de aquella lengua y de sus fórmulas de cortesía, la afición, mejor dicho, el delirio de los viajes elegantes ha rematado esta obra de nivelación, asimilando a todos los nobles de la tierra. Por eso la novela de salón, de una tendencia puramente elegante y de sport, es entre nosotros una flor exótica y de efímera existencia. Además, el círculo de la alta sociedad es estrecho; nos interesa poco lo que hace esa buena gente allá en sus encantados retiros; es verdad que la pasión suele presentarse en ella con bríos extraordinarios, dando origen a sucesos de gran interés y novedad. Es verdad que hay allá arriba vicios trascendentales (vulgarmente) que no son distintos de los vicios de aquí abajo (aunque no mayores como se cree), y que son un gran elemento de arte ridiculizados o corregidos con habilidad; pero, o nuestros novelistas no saben tratar el asunto, o no han tenido el acierto de ser un poco más generales, poniendo en contacto y en relación íntima como están en la vida, todas las clases sociales. La novela, el más complejo, el más múltiple de los géneros literarios, necesita un círculo más vasto que el que le ofrece una sola jerarquía, ya muy poco caracterizada; se asfixia encerrada en la perfumada atmósfera de los salones, y necesita otra amplísima y dilatada, donde respire y se agite todo el cuerpo social.

## La novela de costumbres populares. Dificultades de la novela madrileña

La novela popular es la que únicamente la sido cultivada con algún provecho, sin duda por las tradiciones de nuestra novela picaresca, cuyos caracteres y estilo están grabados en la mente de todos. Es más fácil retratar el pueblo, porque su colorido es más vivo, su carácter más acertado, sus costumbres más singulares, y su habla más propia para dar gracia y variedad al estilo. En el



LibrosEnRed

pueblo urbano, muy modificado ya por la influencia de la clase media, sobre todo en las grandes ciudades, la dificultad es mayor. Los nuevos elementos injeridos en la sociedad por las reformas políticas, la pasmosa propagación de ciertas ideas que van penetrando en las últimas jerarquías, la facilidad con que un pueblo dócil y de vivísima imaginación como el nuestro, acepta ciertas costumbres, hacen que sea más difícil y complicada la tarea de retratarlo. El pueblo de Madrid es hoy muy poco conocido; se le estudia poco, y, sin duda, el que quisiera expresarlo con fidelidad y gracia, hallaría enormes inconvenientes y necesitaría un estudio directo y al natural, sumamente enojoso. Se equivoca el que cree encontrar a ese pueblo en las obras de Mesonero Romanos. El buen Curioso Parlante se quejaba de que hubiesen desaparecido las manolas, los chisperos, los covachuelistas, los lechuguinos, los antiguos barberos; él fue un pintor concienzudo de los nuevos tipos que produjo la transformación de nuestra sociedad hace treinta años; y tal vez estaría muy lejos de creer el ilustre madrileño que bien pronto desaparecería también aquella falange de personajes que él vio nacer y que observó con singular maestría. Ya todo es nuevo, y la sociedad de Mesonero nos parece tan antigua como las antiguas fábulas picarescas, como la categoría de los rufianes, buscones, necios, corchetes, gariteros, hidalguillos y toda la gentuza que inmortalizó Quevedo.

## La novela de costumbres campesinas

En la novela de costumbres campesinas, Fernán Caballero y Pereda han hecho obritas inimitables. El primero ha pintado la buena gente de los pueblos de Andalucía con suma gracia y sencillez, retratando la natural viveza y espontaneidad de aquella noble raza. Sólo se bastardea y malogra su ingenio cuando quiere salir del breve círculo del hogar campestre. Fernán Caballero cae por tierra desde que quiere elevarse un poco, y nada hay más pobre que su criterio, ni más triste que su filosofía, afectada de una mojigatería lamentable. Pereda es un pintor muy diestro; sus Escenas montañesas son pequeñas obras maestras, a que está reservada la inmortalidad. ¡Lástima que sea demasiado local y no procure mostrarse en esfera más ancha! El realismo bucólico y la extraña poesía de que sabe revestir a sus interesantes patanes, no pueden realizar por completo la aspiración literaria de hoy. Es aquello muy particular, y expresa una sola faz de nuestro pueblo. En un horizonte más vasto, aquel ingenio tan observador y perspicaz haría cosas inimitables, satisfaciendo esa secreta aspiración de toda gran sociedad a manifestarse en forma artística, produciendo una expresión o remedo de sí mismo.



LibrosEnRed

## La clase media, gran modelo de la novela moderna

Pero la clase media, la más olvidada por nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable. Ella es hoy la base del orden social; ella asume por su iniciativa y por su inteligencia la soberanía de las naciones, y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios, su noble e insaciable aspiración, su afán de reformas, su actividad pasmosa. La novela moderna de costumbres ha de ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase, de la incesante agitación que la elabora, de ese empeño que manifiesta por encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas que preocupan a todos, y conocer el origen y el remedio de ciertos males que turban las familias. La grande aspiración del arte literario en nuestro tiempo es dar forma a todo esto.

Hay quien dice que la clase media en España no tiene los caracteres y el distintivo necesarios para determinar la aparición de la novela de costumbres. Dicen que nuestra sociedad no tiene hoy la vitalidad necesaria para servir de modelo a un gran teatro como el del siglo XVII, ni es suficientemente original para engendrar un período literario como el de la moderna novela inglesa. Esto no es exacto. La sociedad actual, representada en la clase media, aparte de los elementos artísticos que necesariamente ofrece siempre lo inmutable del corazón humano, y los ordinarios sucesos de la vida, tiene también en el momento actual, y según la especial manera de ser con que la conocemos, grandes condiciones de originalidad, de colorido, de forma.

Basta mirar con alguna atención el mundo que nos rodea para comprender esta verdad. Esa clase es la que determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades; ella determina el movimiento comercial, una de las grandes manifestaciones de nuestra siglo, y la que posee la clave de los intereses, elemento poderoso de la vida actual, que da origen en las relaciones humanas a tantos dramas y tan raras peripecias. En la vida exterior se muestra con estos caracteres marcadísimos, por ser ella el alma de la política y el comercio, elementos de progreso que, no por serlo en sumo grado, han dejado de fomentar dos grandes vicios en la sociedad; la ambición desmedida y el positivismo. Al mismo tiempo, en la vida doméstica, ¡qué vasto cuadro ofrece esta clase, constantemente preocupada por la organización de la familia! Descuella en primer lugar el problema religioso, que perturba los hogares y ofrece contradicciones que asustan, porque mientras en una parte la falta de creencias afloja o rompe los lazos morales y civiles que forman la familia, en otras produce los mismos efectos el fanatismo y las costumbres devotas.



LibrosEnRed

Al mismo tiempo se observan con pavor los estragos del vicio esencialmente desorganizador de la familia, el adulterio, y se duda si esto ha de ser remediado por la solución religiosa, la moral pura o simplemente por una reforma civil. Sabemos que no es el novelista el que ha de decidir directamente estas graves cuestiones, pero sí tiene la misión de reflejar esta perturbación honda, esta lucha incesante de principios y hechos que constituye el maravilloso drama de la vida actual.

## Los cuadros de costumbres como precedente. Los "proverbios", de Ruiz de Aguilera

No ha aparecido aún en España la gran novela de costumbres, la "obra vasta y compleja que ha de venir necesariamente como expresión artística de aquella vida. Sin duda, las circunstancias de estos días no le son favorables, como antes he dicho, por ser un producto natural y espontáneo de los tiempos serenos; pero es inevitable su aparición, y hoy tenemos síntomas y datos infalibles para presumir que sea en un plazo no muy lejano. La aspiración de la sociedad actual a exteriorizarse, se manifiesta ya con alguna energía en el sinnúmero de cuadros de costumbres que han visto la luz en los últimos años. De este modo se inician los grandes períodos de la literatura novelesca, que no llega a producir sus grandes y más preciados frutos sino después de una lenta y laboriosa prueba. De estos cuadros de costumbres, que apenas tienen acción, sino únicamente ligeros bosquejos de una figura, nace paulatinamente el cuento, que es aquel mismo cuadro con un poco de movimiento, formando un organismo dramático pequeño, pero completo en su brevedad. Los cuentos breves y compendiosos, frecuentemente cómicos, patéticos alguna vez, representan el primer albor de la gran novela, que se forma de aquéllos, apropiándose sus elementos, y fundiéndolos todos para formar un cuerpo multiforme y vario, pero completo, organizado y uno, como la misma sociedad. En España, la producción de esas pequeñas obras es inmensa. La prensa literaria se alimenta de eso, y menudean las colecciones de cuentos, de artículos, de cuadros sociales. Hay mucho de vulgar y mediano en estas composiciones; pero el que siga con interés el movimiento literario habrá tenido ocasión de observar lo que hay de bueno entre la muchedumbre de obritas de este género. Las que más boga han alcanzado son los Proverbios ejemplares, de don Ventura Ruiz Aguilera, colección de pequeñas novelas, muy apreciables y bellas particularmente, además del mérito y la importancia que tienen en su conjunto como pintura general de nuestra sociedad. Estos cuentos, en que se desarrolla el sentido moral de un adagio popular, son



LibrosEnRed

tan breves y conceptuosos, que jamás cansa su lectura; son cuadros hechos a cuatro rasgos, y ocupando sólo el espacio necesario para sus escasas figuras; no hay en ellos digresiones ni superfluidades, porque su índole exige la forma más concreta, pudiendo decirse, por la intención que encierran y lo sencillo de su organismo, que son verdaderos apólogos. Algunos, sobre todo los cómicos, no son otra cosa que epigramas en gran escala. Mas no por ser breves los cuentos que la forman deja de ser menos vasto el mundo que vive y se agita en esta colección de proverbios. Allí estamos todos nosotros con nuestras flaquezas y nuestras virtudes retratados con fidelidad, y puestos en movimiento en una serie de sucesos que no son ni más ni menos que estos que nos están pasando ordinariamente en uno y otro día en el curso de nuestra agitada vida. La índole de la obra no permitía utilizar demasiado el elemento patético, siendo casi siempre lo cómico el principal recurso que el autor emplea para su fin. El Castigat ridendo es el principio que se ha tenido en cuenta, aunque suele haber mucha seriedad en todas las soluciones. Por lo general, domina en todos ellos una calmando espíritu imperturbable, y su lectura produce el efecto de una conversación discreta y sana con personas de extremada bondad, porque la filosofía que encierran no tiene la severidad agresiva del moralista dogmático, ni ese pesimismo doloroso de nuestros escépticos de hoy, que no saben enseñar verdad alguna que no sea muy amarga, y nos quitan una esperanza y un consuelo en cada lección que nos dan. A una gran viveza de color en los retratos se une un tacto especial para escoger sólo las figuras necesarias, las más características, sin usar segundos términos ni cosa alguna que esté de más; así es que los personajes se graban en la memoria del lector con gran viveza. Los hechos son los más naturales de la vida, verificándose siempre con la más estricta lógica, cualidad que, unida al interés, constituye el secreto de la buena novela. Ya estamos cansados de las situaciones difíciles, penosas y molestas, que suelen hacer efecto en el teatro, pero que son intolerables en el libro, donde el campo es más vasto, la ficción más fácil y por consiguiente menos llevaderas las licencias de esta naturaleza. Ya hemos dicho cuán serena y dulce es la filosofía que inspiran estos sencillos cuentos; pues esta serenidad, esta apacible calma del justo se refleja en la naturalidad del relato, en la sencillez de la invención, en el fácil artificio del diálogo.

En cuanto al estilo, los Proverbios encierran un preciosísimo tesoro de locuciones populares que vemos con disgusto desaparecer poco a poco de nuestro lenguaje literario. Conviene que el movimiento y las transformaciones de una lengua, indicados por el movimiento de la vida de los pueblos, no sea tal que haga poner en olvido ciertos modos de decir que constituyen uno de los principales tesoros de nuestra lengua. En esto el señor Aguilera ha sabido sacar partido del inmenso caudal de frases, dichos, refranes y modismos que



LibrosEnRed

posee, poniéndolos en boca del pueblo con mucho donaire y oportunidad; y si estas novelitas no tuvieran el encanto de su sencillo e ingenioso artificio y la exactitud y gracia de las pinturas, sería suficiente motivo para darles valor la circunstancia de ser un archivo de curiosidades lingüísticas que nos interesan y seducen, no sólo por ser bellas y pintorescas, sino por ser raras y estar exhumadas con una solicitud digna de imitación.

## Los tipos, los vicios y las virtudes de la sociedad moderna en los "proverbios"

Ya hemos dicho que el mundo de los Proverbios, lo mismo el de los Ejemplares, que el de los Cómicos, publicados recientemente, es el que formamos todos nosotros en la vida ordinaria y real. De la clase media han salido todos aquellos caballeros y señoras, y aunque también vemos alguna gente del pueblo y tal cual aristócrata, considerada en conjunto la colección, estos tipos parecen como de segundo término, o completamente ripiosos, si nos es permitido decirlo. En aquella sociedad imaginaria, domina la clase que domina en la real, y el punto de vista para tan vasto cuadro ha sido el de este círculo en que todos vivimos, círculo formado por nuestros amigos, nuestros conocidos, una multitud de personas que vemos perfectamente y no conocemos, otras tantas de quienes oímos contar pestes, muchas de quienes se cuentan maravillas, otras de que nos reímos con buenas ganas, la muchedumbre de los que quieren engañarnos, la falange de los que señalamos con el dedo como una notabilidad social, la jerarquía de los extravagantes, la familia de los tontos, en fin, la serie inacabable de los fulanos, la figura del prójimo personificado, el fellow de los ingleses. Todos son individuos y a todos los vemos por esas calles con sus levitas y sus sombreros, tan lejos de pensar que son un gran elemento de arte y unos modelos de gran precio.

Los vicios y virtudes fundamentales que engendran los caracteres y determinan los sucesos son también estos de por acá. Nada de abstracciones, nada de teorías; aquí sólo se trata de referir y de expresar, no de desarrollar tesis morales más o menos raras y empingorotadas; sólo se trata de decir lo que somos unos y otros, los buenos y los malos, diciéndolo siempre con arte. Si nos corregimos, bien; si no, el arte ha cumplido su misión, y siempre tendremos delante aquel espejo eterno reflejador y guardador de nuestra fealdad.

Los vicios, decíamos, son de los que andan sueltos por estas tierras, hallándose por lo general en gran predicamento y teniendo mucho dominio entre nosotros. La vanidad, por ejemplo, tiene en los Proverbios un punto impor-



LibrosEnRed

tante como en la vida; aquí se halla en todas partes, todos la tenemos en mayor o menor grado, y casi puede asegurarse que este vicio es uno de los que más participación tiene en el movimiento moderno. Este gran siglo en que hemos nacido nos ha traído tantas cosas buenas, que se le puede perdonar todo. El nos ha traído la participación de todos en la vida pública, ha reconstituido el ser humano con la noción de la dignidad, del mérito personal, y, como ha traído la justicia de la gloria, como nos da a todos la seguridad de que si valemos hemos de ser apreciados, como nos abre el camino y nos paga con la estimación general, si la merecemos, de aquí el que todos queramos ser algo superior a los demás, distinguirnos de cualquier modo. Si no podemos hacerlo con buenas y grandiosas acciones, lo hacemos con un título, con un nombre, con una cinta u otra fórmula convencional.

Somos muy vanidosos, pero este vicio es una pequeña sombra proyectada por las grandes excelencias de nuestra época. Todos los grandes progresos traen su cortejo de pequeñas flaquezas. La participación de todos en la vida pública, la seguridad que tiene el individuo de influir personalmente en la suerte de la sociedad, esto que es la mayor de las conquistas, ¡no ha de ser causa de que todos nos creamos ya con un pie en el templo de la fama, y de que tengamos ambición, a veces infundada, y de que procuremos, en cuanto nos sea posible, intervenir más que los demás, hacer prevalecer nuestra opinión y rodear de todo el prestigio posible a nuestra querida persona?

Esto es un pequeño mal que va fatalmente unido al resultado de un inmenso bien. Vaya otro ejemplo. El gran progreso de la industria ha hecho que una infinidad de productos de arte, objetos bellos y de valor que estaban reservados a las clases altas y poderosas le sean hoy accesibles a todas las clases; y si los objetos de gran valor intrínseco no pueden boy ser adquiridos por las personas de modesta fortuna, en cambio la facilidad de la producción, el acierto con que se aplica el arte a la industria, ha dado origen a las cosas elegantes que están al alcance de todos. Pues bien: no es extraño que esta maravilla realizada en nuestro siglo haya fomentado el vicio de la presunción, y que este mal se haya propagado, causando muchos grandes disturbios en el seno de la familia. La vanidad en las mujeres, el lujo en el vestir es hoy uno de los males de que más se preocupa la categoría de los maridos trabajadores y modestos. Pero no disertemos más, y volvamos a los Proverbios, en cuya primera página está la familia de Lozano, que es uno de esos pobres maridos que están dados al demonio por las vanidades de su mujer. Verdad es que él es un infeliz como muchos que conocemos. Está dominado por ella, y apenas puede levantar el gallo en la casa, porqué la señora es una ortiga; y tan amante de lo elegante y lo lujoso, que pone a su esposo al borde del abismo, y da origen a muy graves disturbios.



LibrosEnRed

En este proverbio, titulado Al freír será el reír, el cuadro es animado y vivísimo; la señora aquélla, el bueno de Lozano, la hija y las tres jóvenes modestas que trabajan en una buhardilla y son el polo opuesto de la consabida Doña Isabel, forman un hermoso y artístico grupo. Otra presuntuosa de gran calibre, aunque de diversa índole, es Julia, jovencita soltera, nacida en un pueblo y educada en Salamanca. Todo su empeño consiste en olvidar que es lugareña, y darse un aire de dama que deprime y hiere la delicadeza de los pobres charros, sus compatriotas. Además es envidiosa y embustera, es decir, lo último que puede ser una mujer, lo cual, unido a una singular belleza, forman esos demonios con faldas que ya han martirizado y consumido bastante a la desdichada humanidad. Este es el proverbio A moro muerto gran lanzada. Pero en materia de presunción la más cómica y la más interesante, por ser la más general, es la de Próspero (proverbio cómico ¿De dónde le vino al garbanzo el pico?). Este caballerito es un tipo madrileño de los que con más abundancia tenemos aquí; es el politicastro ramplón y vanidoso que se encarama y se hace persona notable por la sola fuerza de la osadía y la falta absoluta de vergüenza. Esta polilla se ha generalizado mucho, aunque ya casi puede decirse que va siendo extirpada por el desprecio general. Todo el mundo conoce a esos individuos que por medio de la adulación y de la injuria, ejercidas en el rincón de un periódico, llegan a ocupar altos puestos y a influir en los destinos de un país demasiado generoso y benévolo con ellos. Pues el tal Próspero es uno de esos entes que encontramos a cada paso en la carrera de San Jerónimo, y que a nuestro paso nos saludan con una sonrisa de protección, o se pavonean muy orondos, volviendo la cara para evitar nuestra presencia. Y ¿qué hemos de decir de otro vanidoso descomunal, de Don Ciriaco Salido, estimable indiano que va a su pueblo a avergonzar a sus paisanos y darse tanto lustre como si se trajera en el baúl todas las cosas que había producido Cuba desde la conquista? Este otro tipo de presunción (proverbio cómico Cada cuba huele al vino que tiene), es muy distinto; es el buen paleto montañés que ha puesto una taberna en la Habana y ha traído unos ahorrillos que le permiten aspirar a la mano de la chica más encopetada del pueblo, mirar con desdén a todo el mundo y cometer las más extravagantes groserías, que a él le parecen donaires y agudezas. También es digno de llamar la atención otro pequeño vanidoso, pero inocente y sencillo, el desdichado Ricardillo de Herir por los mismos filos, que es víctima de esa encantadora presunción de las madres, que a veces por querer que sus hijos vayan como unos príncipes y lleven lo más raro y sobresaliente, hacen de ellos unos estupendos mamarrachos, de que se ríe todo el mundo. Pero entre todas esas figuras descuella el barón de la Esperanza, insigne personaje de la más cómica gravedad que puede existir en la tierra.



LibrosEnRed

Puede ser clasificado en la familia de los tontos rematados, de esos que no tienen atadero, y de tal modo se las componen en sus relaciones sociales, que son despreciados hasta por las personas de menos cultura. El barón de la Esperanza (Mi marido es tamborilero...) es un tipo que abunda en Madrid casi más que el del politicastro a lo Próspero; es la última expresión de la vagancia vergonzante. Como su orgullo es atroz, su entendimiento escaso y su hambre mucha, discurre los medios más extraños para salir de tan aflictivo estado, tratando al fin de embaucar a una honrada familia de la calle de Toledo, familia comerciante, cuyo jefe es Don Pablo No, el más astuto de los tenderos de ultramarinos. Pero el hambriento barón, que anda a caza de una dote, encuentra en su proyectado suegro toda la tenacidad negativa que su lacónico apellido indica. Todos los incidentes de este cuento, uno de los mejores de la colección, son muy chistosos, porque las innumerables trampas del barón y las simplezas de su criado gallego, con honores de intendente, ponen al hombre en frecuentes y grandes apuros.

Hay, sin embargo, en esta larga serie de los tontos, quien eclipsa al de la Esperanza, y es un tal González, que es héroe del proverbio Perro flaco todo es pulgas. El optimismo de este desventurado raya en lo sublime; es de estos que tienen una excesiva confianza en la bondad del prójimo; y como no hacen cosa alguna que no sea una sandez, resulta que no salen jamás de un mal vivir. Son engañados y explotados por cuantos los tratan, sin que puedan curarles jamás de su necia sencillez las continuas lecciones que reciben. Por otro estilo, aunque mentecato estupendo también, es el joven Agapito de Hasta los gatos quieren zapatos, el cual vive dominado por las ideas de falsa galantería, y se ha empeñado en ser un don Juan. La criatura intenta seducir a una mujer casada. ¡Oh desgraciada juventud! Precisamente este empeño lo tienen casi todos los chicuelos, imberbes, entecos y ridículos, los menos favorecidos por la Naturaleza y más dominados por ese vicio cardinal de nuestra época a que nos venimos refiriendo; y como complemento de esta caricatura, está el marido feroz, atrabiliario y agitado continuamente por celos indiscretos como el Francisco de Antojarse los dedos huéspedes, que es un hombre insoportable.

Este artículo se hace ya demasiado largo y detenemos nuestra excursión por esa variada sociedad que encierra el libro. Si la siguiéramos encontraríamos también personas y tipos más serios que los que hemos descrito ligeramente. Los proverbios El beso de Judas y Al que al cielo escupe, etc., son un poco patéticos, encerrando rasgos de delicadeza de la más esmerada ejecución. Hay otros patéticos también, pero muy compendiosos, como Hacer de tripas corazón y Tres al saco, etc., que no son más que un ligero dibujo, pero con una intención moral de alta trascendencia.



LibrosEnRed

# Acerca del Autor

## Benito Pérez Galdós



Nació en Las Palmas de Gran Canaria, en 1843. Desde niño fue aficionado a la música, al dibujo y a la literatura.

Sus primeras obras revelan una marcada influencia romántica. Pero su creación posterior responde claramente al Realismo. Sostenía que la literatura debía describir la vida y los procesos sociales de su tiempo histórico. La fuente de inspiración para "los temas" de la novela debía encontrarse, según él, en la clase media urbana y sus problemáticas: el progreso social, los dilemas morales, la modificación de las costumbres.

El corazón de su obra se divide en los *Episodios nacionales* (historización novelada del siglo XIX español) y la serie Novelas contemporáneas (en la que se incluyen las más célebres: *Marianela*, *Misericordia*, *Fortunata y Jacinta*, *Nazarín*). Escribió además artículos, narrativa breve y obras dramáticas. Muchos críticos lo presentan como el mayor novelista español después de Cervantes.

# Editorial LibrosEnRed

**LibrosEnRed** es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.